

Segunda Pandemia. La peste negra y sus continuaciones

Esta pandemia se inició a mediados del siglo XIV y es conocida como peste negra o muerte negra, que se explica con más detalle en el Apéndice. Se inició durante la década de 1320 en las provincias situadas junto a Mongolia y desierto de Gobi, donde existía, y aún existen, focos endémicos de peste. Diversas fuentes árabes informan que hacia el año 1331 una gran parte de China era víctima de la epidemia, calculándose una mortandad de 13 millones de habitantes. Rápidamente se propagó por la India, Persia, Siria, Egipto y norte africano. Las caravanas de la ruta de la seda transfirieron la infección bordeando el mar Caspio y en 1345 la peste tocó Crimea y Sarai, sobre el bajo Volga, y Astrakán (Azerbaijan) en 1346.

En aquel momento, en la península de Crimea, el ejército mongol asediaba la factoría genovesa de Kaffa (del tártaro Kefe), la antigua Teodosia. Gabriel de Mussis, un italiano de Piacenza y cronista de la época, contó que la peste destruyó al ejército mongol, que catapultaba dentro de la ciudad sitiada los cadáveres apestados de sus soldados. Los genoveses, temerosos del peligro que se cernía sobre ellos, la guerra y la peste, decidieron abandonar su puesto comercial y regresar por mar a su país. Pero parece ser que la tripulación de algunos de estos barcos se contagiaron de la enfermedad y la transportaron a Europa: primero Sicilia, en el año 1346, y al año siguiente Constantinopla, Grecia, Malta, Chipre y Marsella. En el año 1348 se propagó por Andalucía, Castilla, Corona de Aragón, Navarra, Provenza y Lenguadoc en Francia, norte de Italia y resto de este país. Y también El Cairo, Antioquía y Túnez. En 1349 alcanzó París y llegó por el norte a Bélgica y a la ciudad de Londres, donde murió en un solo año la cuarta parte de su población. Poco después afectó toda la Europa Central, devastando ciudades como Viena y Frankfurt, infestando a continuación Polonia, Noruega y Rusia, donde apareció en el año 1350.

A partir de aquel momento, y entre los años 1350 a 1500, se produjeron muy diversas epidemias de peste, dieciocho “a gran escala”, aunque ninguna de ellas alcanzó la devastación extrema de la “peste negra”, suavizadas quizás por la inmunidad que la población sobreviviente adquirió de ella o tal vez por la amortiguación de la virulencia del germen infectante¹.

A continuación se relacionarán las epidemias de peste más representativas de cada siglo, año y localidad, marcándose con un asterisco aquel episodio que será descrito brevemente en este mismo capítulo. Y con dos asteriscos se ha distinguido aquel brote que por su enorme trascendencia será detallado con más profundidad en el Apéndice de dedicado a las Grandes Epidemias de la historia.

¹ Según el médico francés Raymond Chalin de Vinario (ca. 1350-1382), originario de Avignon y conocido también como Raymond Chalmel de Viviers (escribió su obra en 1363 pero pasó desapercibida y olvidada, hasta que fue redescubierta y publicada en 1552), “*en 1348 enfermaron las 2/3 partes de la población y murieron todos; en 1361 enfermaron la mitad y sobrevivieron algunos. En 1371 enfermaron 1/10 parte y muchos curaron; y en 1382 enfermaron 1/20 parte y curó la mayoría*”.

Siglo XIV

1348**; 1358, Saboya, Provenza, Delfinado, Cataluña, Castilla; 1359, Inglaterra, Irlanda, Flandes, Alemania, Hungría, Dinamarca; 1360-1363 (llamada “segunda epidemia”), Francia, Italia, Inglaterra², Países Bajos (40.000 muertos en Brujas), Suecia, Noruega, Alemania y Polonia; 1365, Países Bajos (7.000 muertos en Brujas); 1370-1374 (llamada “tercera epidemia”), Francia, norte de Italia, Irlanda, sur de Inglaterra, Alemania y Holanda; 1382-1384, Francia, norte de Italia, Inglaterra, Irlanda, centro de Europa, regiones del mar Báltico y del río Rhin y Polonia; 1390-1391, Burgundia, Lorena, norte de Inglaterra, Escocia y norte de Italia; 1399-1400, epidemia general en Italia y norte de Europa (12.000 muertos en Yprés).

En la segunda mitad del siglo XIV se produjeron diversos brotes de distinta gravedad en la Península Ibérica, los cuales fueron reflejados en las obras de los doctores Antonio Hernández Morejón³, Joaquín de Villalba y Jaime Ferrán⁴: 1350, Gibraltar (murió el rey Alfonso XI de Castilla y de León); 1362, Valencia, Barcelona⁵; 1363, Andalucía; 1371, Barcelona; 1374-1376, Barcelona y Sevilla; 1379, Granada, Murcia; 1380, Castilla, Cataluña, Valencia, Aragón, Portugal; 1383, Sevilla; 1384, Navarra, Aragón, Castilla, Córdoba, Mallorca y Lisboa; 1387, provincia de Zamora, Galicia; 1394, Valencia (12.000 muertos), Játiva, Alcoy, Murcia; 1396, Barcelona⁶; 1398, Córdoba; 1399-1402, Andalucía.

² Entre 1350-1500 fueron abandonadas alrededor de 1.300 poblaciones en Inglaterra, sobre todo debido a migraciones que se dirigían hacia los centros urbanos diezmados por la peste.

³ *Historia Bibliográfica de la Medicina Española*, 1842-1852.

⁴ Probablemente se produjeron más brotes epidémicos, pero no quedaron debidamente registrados en los archivos de la época.

⁵ En catalán, la peste recibía el nombre de “glànola”.

⁶ El rey Martí l’Humà tuvo que trasladarse a Persignan para escapar de la epidemia.

La peste negra del siglo XIV

En el capítulo dedicado a los remedios contra la peste se explicaba que el rey francés Philippe VI encargó a los médicos de la Facultad de París que formaran comisiones para deliberar sobre las causas que originaban esta epidemia y regularan las disposiciones necesarias para preservar la vida en tiempos de peste.

Sobre el agente universal, parecía claro que se trataba de la disposición de los tres planetas superiores, Saturno, Júpiter y Marte. Sin embargo, en las conclusiones aparecidas en su obra *Compendium de epidemia* (1348) también aparecía un “agente paciente, particular”, definido así: *“Nosotros, miembros del Colegio de Médicos de París, después de madurar distintas consideraciones y opiniones sobre la presente mortandad, habiéndonos instruido en las obras de nuestros viejos maestros para intentar conocer las causas de esta pestilencia de acuerdo con las reglas y principios de la astrología y las ciencias naturales, declaramos lo que sigue: es conocido que en la India, en la vecindad con el Gran Mar, las constelaciones que combaten los rayos del sol y la calidez del fuego divino ejercen su poder especialmente contra ese mar, y luchan violentamente contra sus aguas. Por tanto, los vapores envuelven el sol con frecuencia y convierten su luz en oscuridad.*

Estos vapores se levantan y caen de forma alternativa, cada veintiocho días; pero al final, el sol y el fuego actúan con tanto poder sobre el mar, que atraen grandes porciones de él hacia sí mismos, de manera que las aguas del océano se convierten en vapor; y algunas de ellas son tan corruptas que incluso mueren los peces que albergan. Estos vapores corruptos, que no pueden consumir el calor del sol ni pueden originar agua sana, granizo, rocío o nieve, se esparcieron a través del aire por muchos lugares de la tierra, que quedaron envueltos en una especie de neblina.

Fue el caso de toda Arabia y de una parte de la India; de Creta y de las llanuras y valles de Macedonia; de Hungría, Albania y Sicilia, y lo mismo de Cerdeña, donde no quedó nadie con vida. Y lo mismo seguirá sucediendo mientras el sol permanezca en el signo de Leo, pues todas las islas y países vecinos recibirán a través de los vientos esta agua de mar corrupta que proviene de la India”.

La acción de ciertos fenómenos geológicos producidos en el interior de la tierra, la causa de segundo orden expuesta por los maestros parisinos, no figuraba en la obra de Galeno ni de Avicena. Pero es evidente que los terremotos producidos en diversas partes del mundo poco antes de declararse la peste negra, y especialmente el que sufrió el centro de Europa el día 25 de enero de 1348 no podían pasar desapercibidos para algunos tratadistas.

Incluso el naturalista alemán Konrad von Megenberg, autor de la extensa enciclopedia *Das Buch der Nature*, arremetía con buenos argumentos contra la hipótesis astrológica en el capítulo dedicado a los terremotos, *Von dem Erdbeben*, y consideraba que esta epidemia, de la cual fue testigo ocular, fue el resultado y consecuencia del movimiento sísmico de 1348⁷. Para este autor, la conjunción planetaria ocurrida en 1345 nada tuvo que ver con la infección, puesto que *“Saturno, al estar detenido en su mansión durante tres años cada treinta, debería provocar brotes pestíferos cada treinta años. Además, ninguna conjunción planetaria dura más de dos años y esta epidemia ha durado más de cinco. La experiencia nos demuestra claramente, por otra parte, que no todas las conjunciones han acarreado tal calamidad a los hombres. Asimismo, se comprueba fácilmente que a pesar de que todos los movimientos de los cuerpos siderales se ven sometidos a un orden estricto, el de la epidemia es totalmente impredecible y ataca sin orden ni concierto en todos los puntos cardinales, de forma caótica.*

⁷ Otra obra que seguía la misma idea fue *Utrum Mortalitas*, de autor alemán anónimo.

Konrad von Megenberg explicaba el origen de la epidemia de la forma siguiente: “*los vapores nocivos subterráneos, al verse fuertemente retenidos en las regiones orientales, se liberan por el terremoto, se filtran y se escapan de las entrañas de la tierra para, finalmente, mezclarse con el aire y provocar su corrupción, que es la causa inmediata de la peste*”.

Casi quinientos años más tarde, el doctor Justus Hecker⁸ escribió un magnífico artículo sobre la peste del siglo XIV en el que abordaba los posibles orígenes de la epidemia, aunque se mostraba cauto respecto a ellos. Cabe recordar que en su época aún no se habían realizado los grandes descubrimientos de Yersin ni Simond y por tanto persistía el gran misterio. Como veremos a continuación, Hecker destacaba que durante los años previos a la gran epidemia se produjeron en China toda una serie de enormes catástrofes naturales que propiciaron un aumento espectacular de la pestilencia en el aire (teoría miasmática) que fue transportada a Europa quince años después. Hecker explicaba que la primera incidencia se produjo en China en el año 1333, cuando una gran sequía acompañada de una severa hambruna⁹ afectó las regiones bañadas por los ríos Yangtsé Kiang y Hoai.

A esta sequía siguieron violentas tormentas de lluvia en los alrededores de Kinsai (la actual Hangzhou, provincia de Zhejiang), en aquel momento la capital del imperio. A causa de las inundaciones, según la tradición, murieron más de 400.000 personas. El macizo de Tchi cheou (Chizhou, provincia de Anhui) se derrumbó y en su lugar fue formada una nueva y vasta serie de montañas. Al año siguiente se produjeron inundaciones en los alrededores de Canton; y en Tche, tras una gran sequía, sufrieron una epidemia de peste, a causa de la cual se cree que murieron cinco millones de personas. Pocos meses después tuvo lugar un terremoto cerca de Kinsai, lo que provocó la caída de las montañas de Ki-ming-chan y la formación de un nuevo lago de más de un centenar de leguas de circunferencia, que sirvió de tumba a miles de personas. En Houkouang y Honan (actual provincia de Henan, centro este de China), una sequía se mantuvo durante cinco meses e innumerables enjambres de langostas destruyeron la vegetación, a lo cual siguió el hambre y la pestilencia, como ya empezaba a ser habitual.

En 1336 volvieron a producirse inundaciones en China y muchos fenómenos atmosféricos poco comunes. De acuerdo con los anales chinos, en 1337 murieron de hambre cerca de cuatro millones de personas en las regiones vecinas de Kiang, reportándose diluvios, enjambres de langostas y terremotos durante seis días, que causaron una terrible devastación. En 1338 se produjo en Kinsai un nuevo temblor de tierra que duró diez días y desde entonces, hasta 1342, tuvieron lugar en China nuevas inundaciones, terremotos y hambrunas.

En 1343 se derrumbó la montaña china de Hong-tchang, provocando una gran destrucción en la zona. En Pient-tcheou (Pingzhou) y Leang-tcheou (Liangzhou), tras tres meses de lluvias seguidas por inundaciones nunca vistas, quedaron destruidas siete ciudades. En 1344 se desbordó el mar en Ven-tcheou (Wenzhou) y en los tres años siguientes en Kitcheou (Qizhou), y de forma consecutiva en Canton. Las inundaciones y hambrunas se repitieron hasta 1347, “*cuando las fuerzas de los elementos se calmaron en China*”.

⁸ Justus Friedrich Karl Hecker, médico alemán y profesor de Historia de la Medicina, trató especialmente sobre las enfermedades en relación a la historia del hombre, y sus trabajos aparecieron en enciclopedias y periódicos de la época. Sus artículos más interesantes versaron sobre la muerte negra del siglo XIV (*Der schwarze Tod im vierzehnten Jahrhundert*, aparecido en el año 1832), la *choreomania* (manía de la danza), el *sudor anglicus* o *pestis sudorosa* (enfermedad del “sudor inglés”), la mortalidad infantil o la viruela.

⁹ Durante la década de 1320, el norte y el centro de China sufrió una gran sequía y se cree que provocó la muerte por hambre a más de siete millones de personas.

Según Hecker, *“aunque la credibilidad de las antiguas historias no satisfagan a los estudiosos físicos, deben ser reseñadas a la hora de considerar estos eventos; pues justamente en esa época los terremotos fueron más frecuentes que en toda la historia. En miles de lugares fueron formados abismos por los que exhalaban vapores nocivos.*

Las consecuencias de innumerables inundaciones tuvieron el mismo efecto. Numerosos distritos atravesados por ríos se convirtieron en zonas pantanosas; los vapores venenosos aparecían por todos lados y se incrementaba el olor putrefacto de las langostas, que nunca antes habían oscurecido el sol y ahora formaban enjambres cada vez más gruesos y no había manera de retirar sus cadáveres, que se repartían por diversos países europeos. Es probable, por otro lado, que la atmósfera contuviera extraños e imperceptibles elementos que no podían ser descompuestos ni separados”¹⁰.

En Europa también se produjeron hechos anormales y catastróficos. En el año 1333 tuvo lugar la erupción del volcán Etna y tres años más tarde fueron registradas en invierno, en el norte de Francia, frecuentes tormentas acompañadas de truenos. En 1337 un gran enjambre de langostas visitó Franconia (sur de Alemania), lo cual se repitió en los siguientes años¹¹.

En 1338 Francia sufrió un descenso alarmante de las cosechas y en 1342 tuvo lugar una gran inundación del río Rin que afectó también diversas regiones francesas. Se dijo que aquel desbordamiento no podía ser atribuido únicamente a la lluvia, y en muchos lugares, incluso en las cimas de las montañas, brotaron fuentes que expulsaban agua por todos lados y hubo regiones enteras que quedaron anegadas de una manera inexplicable.

El orden de las estaciones pareció haberse invertido: lluvias, inundaciones y descensos en las cosechas, especialmente en Italia y países vecinos, fueron norma general, sobre todo en 1347, cuando las fuertes lluvias persistieron a lo largo de cuatro meses y destruyeron las semillas. Durante la primavera de ese año, en Florencia tuvieron que repartirse los recursos y el pan entre los más pobres, creándose muchas panaderías que produjeron hasta 94.000 panes diarios, cada uno de ellos de doce onzas de peso (340 gramos).

Hecker añadía que *“los naturalistas no descubrieron elementos extraños en la atmósfera que, nacidos en el viento, fueran desperdigados por toda la tierra y extendieran la enfermedad, como sucedió en el año 1348, cuando se produjo en Chipre un terremoto acompañado por un gran huracán que dejó la isla convertida en un desierto.*

Otro gran corrimiento de tierras tuvo lugar el 25 de enero de 1348, sacudiendo Grecia, Italia y países vecinos. Nápoles, Roma, Pisa, Bolonia, Padua y Venecia sufrieron considerablemente. Ciudades enteras fueron engullidas y castillos, casas e iglesias fueron derribadas y centenares de personas quedaron enterradas entre las ruinas.

¹⁰ Es incuestionable que durante esta época la actividad sísmica se incrementó de manera notoria. Nada tuvieron que ver con la epidemia de peste las pretendidas exhalaciones de vapores putrefactos, nocivos y venenosos. Pero en cambio, la experiencia moderna ha demostrado que los trastornos ecológicos que provocan las sequías, inundaciones o terremotos pueden jugar un papel fundamental en el inicio de la enfermedad en el hombre, pues estas alteraciones violentas expulsan de su nicho natural y de sus hábitats cotidianos a las comunidades de roedores salvajes, que se trasladan, y con ellas *Yersinia pestis*, a los asentamientos humanos en busca de alimento y protección.

Jean-Noël Biraben ya notó que las pestilencias de Barcelona en 1410, 1413 y 1448, y la de Angers en 1485, fueron precedidas de terremotos.

¹¹ Galeazzo di Santa Sofia, italiano nacido de Padua, profesor de anatomía y médico del duque Albert IV de Austria, consideraba que la causa de la peste era la combinación de influencias astrales y terrestres, junto a la putrefacción de las langostas que habían perecido en el mar y eran devueltas a tierra por la marea.

En Carintia (sur de Austria) quedaron demolidas treinta poblaciones junto a todas sus iglesias, y fueron retirados más de mil cadáveres. Villach quedó completamente destruida y muy pocos de sus habitantes pudieron sobrevivir. Cuando la tierra cesó de temblar se observaron montañas que habían modificado su forma y muchas aldeas quedaron en ruinas. Durante ese terremoto¹², el vino y los barriles presentaban un color turbio, un estado que podía ser considerado como una prueba de que habían empezado los cambios que provocaban descomposición en la atmósfera”.

Sobre este terremoto también reportó noticias Henry Knighton¹³ en su *Crónica*, cuando escribió que “*los terremotos destruyeron varias ciudades en Corinto y Aquea, que quedaron cubiertas por completo, y diversos castillos y poblaciones fueron engullidas por la tierra. Las montañas en Chipre quedaron niveladas, de modo que los cursos de los ríos fueron alterados y muchas ciudades fueron inundadas y desaparecieron muchas aldeas y murieron a miles. Lo mismo sucedió en Nápoles mientras un fraile predicaba allí. La ciudad fue destruida completamente por un terremoto y una tempestad, y la tierra se abrió repentinamente igual que una piedra lanzada al agua. Igual que aquel fraile, todos murieron, excepto uno de su comunidad, que pudo escapar refugiándose en un jardín fuera de la ciudad. Y todo fue debido al terremoto”.*

Sin embargo, Alfonso de Córdoba, probablemente un judío converso, autor que escribió en Montpellier la *Epistola et regimen Alphonstii Cordubensis de pestilentia* (1348), también consideraba la hipótesis sísmica, igual que Konrad von Megenberg, pero no la creía suficiente. Para él, la peste habría sido provocada por procesos naturales como eclipses, conjunciones y temblores, pero una epidemia producida por tales factores sólo debería haberse prolongado durante un año: “*Y debió haberse propagado sólo por el sur de Italia y una parte de aquellas comarcas ultramarinas situadas en oposición a esta península, cosa que no fue así ni en el espacio ni el tiempo”.* Por tanto, tomando en cuenta su enorme extensión espacial y temporal, el autor concluyó que la epidemia fue causada artificialmente, “*a humana manu facta, por pérfidas maquinaciones de los enemigos de la cristiandad”*, lo cual justificó, sin duda, las matanzas de judíos.

También aparecieron grandes y extraordinarios meteoritos que fueron observados con horror supersticioso. En agosto de 1348 fue vista en París una bola de fuego en la puesta de sol, y el 20 de diciembre del mismo año fue observado durante una hora un pilar de fuego sobre el palacio de los papas en Avignon.

Sobre la visión en París, Jean de Venette¹⁴ escribía que “*en el mes de agosto de 1348, después de las Vesperas, cuando el sol comenzaba a ponerse, una estrella grande y muy brillante apareció sobre París, hacia el oeste. No parecía estar muy alta sobre nuestro hemisferio, como lo están las estrellas generalmente, sino que se apreciaba muy cercana. Mientras el sol desaparecía y la noche llegaba, no nos pareció ni a mí ni a los otros frailes que mirábamos el espectáculo que la estrella fuera a moverse de sitio.*

¹² En 1360 volvió a producirse un gran terremoto en Europa, que afectó Alemania, Suiza, Francia, Polonia, Inglaterra, Dinamarca y países nórdicos. Según el historiador francés del siglo XVII François Eudes de Mézeray, “*un temblor de tierra universal, desde Francia a los países septentrionales, destruyó las ciudades enteramente, arrancó los árboles y las montañas y llenó los campos de abismos tan profundos, que parecía que el infierno hubiera querido engullir al género humano”.*

¹³ Henry Knighton fue un canónigo agustino e historiador, muerto alrededor de 1396 y adscrito a la abadía de *St. Mary of the Meadows*, en Leicester (Inglaterra).

¹⁴ Jean de Venette, cronista y prior del Convento de la Orden del Carmelo. Fue el autor de la obra *Chronica latina*, que cubría los años 1340 a 1368, donde trataba sobre distintos hechos de los que fue, en gran parte, testigo ocular, como la peste de 1348.

Sin embargo, cuando se presentó la noche, esta estrella grande, para asombro de todos nosotros, se partió en muy diversos rayos, lanzándolos sobre París hacia el este, y desapareciendo a continuación por completo. Si se trataba o no de un cometa, o si estaba o no compuesto de exhalaciones de aire que fueron convertidas en vapor, es algo que deben resolver los astrónomos. Es posible, sin embargo, que se tratara de un presagio de la asombrosa peste que estaba por llegar, y que de hecho afectó muy pronto París, Francia y el resto de países.

Hecker añadía que “los poderes de la naturaleza no parecieron actuar de una forma aislada y nunca habían afectado una extensión tan enorme. Cinco siglos después de esta gran desolación, es necesario mencionarlos para explicar científicamente las influencias que llevaron el terrible veneno en los cuerpos de hombres y animales, excesivos para la comprensión humana. El principio de las conmociones terrestres en China convulsionó la tierra entera. La naturaleza de la primera peste de China es desconocida, pero es sabido que siempre que esta aparece en Europa, tiene su origen en Asia o Egipto.

Desde China, la ruta de las caravanas llevaron la peste al norte del mar Caspio, a través de Asia Central, hasta Tauris (Quersoneso Táurico, Crimea). Entonces, los barcos estuvieron listos para transportar las mercancías a Constantinopla, la capital del comercio y centro de conexiones entre Asia, Europa y África. Otras caravanas marcharon desde la India a Asia Menor y contagiaron las ciudades del sur del mar Caspio, llegando a Bagdad a través de Arabia y Egipto.

En todas estas direcciones el contagio hizo su camino y sin duda alguna Constantinopla y los puertos de Asia Menor deben ser considerados como focos de infección desde donde esta se extendió hacia los puertos e islas más alejados. De Constantinopla, la epidemia fue llevada a la costa norte del mar Negro, tras haber despoblado las ciudades entre esas rutas de comercio. A principios de 1347 apareció en varias islas mediterráneas, particularmente Chipre, Sicilia, Cerdeña, Córcega y Mallorca. Y de ahí, se extendió por toda Europa”.

Parece ser que, como aseguraba Hecker, la gran epidemia de mediados del siglo XIV, conocida como peste negra o muerte negra, se inició durante la década de 1320 en las provincias situadas junto a Mongolia y desierto de Gobi. La causa no fue debida, ahora lo sabemos con certeza, ni a las catástrofes naturales ni a las “putrefacciones del aire” ni a los “vapores corruptos”. Simplemente sucedió que en aquellas regiones existían, y siguen existiendo, como se ha visto anteriormente, focos endémicos de peste. La costumbre mongol de vestirse con pieles de marta, armiño o zorro pudo facilitar el contagio, que se propagó tanto al este como al oeste transportado por las numerosas caravanas que servían de enlaces comerciales.

Diversas fuentes árabes informan que hacia el año 1331 una gran parte de China era víctima de la enfermedad, y entre 1331-1333 se produjo una gran mortandad, alrededor de 13 millones de habitantes, aproximadamente el 65% de su población¹⁵.

En 1334, la peste se declaró en la provincia china de Hubei, donde se dice que murió el 90% de la población, medio millón de personas. De allí se expandió rápidamente a las provincias vecinas, Jiangxi, Shanxi, Hunan, Guangdong, Guangxi, Henan y Suiyuan (una

¹⁵ Se cree que en el año 1200 la China contaba con 123 millones de habitantes, aproximadamente el doble que en Europa. Pero en 1393 la cifra podría haberse reducido a la mitad, aunque algunos autores opinan que sería excesivo y probablemente el país estaría habitado por unos 90 millones de personas, un 25% menos que sesenta años atrás.

antigua provincia en la frontera con Mongolia)¹⁶. En su marcha hacia el oeste, la India quedó casi despoblada y más tarde alcanzó Persia, Siria, Egipto y el norte africano.

El viajero y geógrafo musulmán Ibn Battuta¹⁷ había tenido noticias de la peste que causaba estragos en el sur de la India hacia el año 1335, cuando contaba que *“con el fin de combatir al jerife insurgente, el sultán Muhammad ibn Tughluk, de camino a la provincia de Ma’bar¹⁸, atravesó la región de Tiling¹⁹ y se detuvo en su capital, Badrakut²⁰, a tres meses de marcha de Ma’bar. Fue entonces cuando la peste se declaró en su ejército, que quedó absolutamente devastado. Los soldados, esclavos y sirvientes murieron en gran cantidad, igual que los principales emires, como el gobernador Dawlat Shah o el emir Abdallah al-Harawi. Cuando el monarca comprendió la calamidad que había afligido a sus tropas, decidió volver a Daulatabad²¹”*.

Pero la provincia se había revuelto contra él, la anarquía dominaba aquellas regiones y poco faltó para que él mismo perdiera todo el control. Sin embargo, la Providencia había decretado que su suerte se mantendría intacta, a pesar que también enfermó (se desconoce la dolencia) y corrió el rumor que había muerto de peste, lo cual provocó más desórdenes y turbulencias en su reino”.

Se tienen noticias que la peste afectó muy gravemente diversas comunidades de cristianos nestorianos que habitaban los alrededores del lago Issyk-kul, situado en las estribaciones nororientales de la cordillera de Tian Shan, al noreste de Kirguizistan, fronterizo con China. Este era un lugar habitado desde tiempos remotos y uno de los puntos claves de la ruta de la seda. En 1885, el orientalista ruso de origen judío Daniel Chwolson descubrió un cementerio, todavía visible, en el que encontró 330 lápidas con los nombres de más de 650 personas enterradas entre 1186-1349. En 106 de ellas la muerte estaba fechada entre los años 1338-1339 y se supone que la causa, en gran parte, fue debida a esta enfermedad.

Más tarde, alrededor de 1345, Ibn Battuta llegó a la ciudad de Madura (actual Madurai, estado de Tamil Nadu, sur de la India), en aquel momento una gran ciudad de anchas avenidas que probablemente sufría un brote pestoso: *“encontré la ciudad asolada por una enfermedad contagiosa, de la cual se moría en poco tiempo. Los afectados fallecían entre el segundo o tercer día, y el más afortunado lo hacía al cuarto. Cuando yo salía a la calle, no veía más que enfermos y muertos. Un día compré una esclava porque me aseguraron que estaba absolutamente sana; sin embargo, murió al día siguiente*.

Otro día, una mujer viuda que había sido la esposa de uno de los visires del sultán Ahsan Shahn vino a verme, acompañada de su hijo de ocho años, un niño lleno de vida, educado e inteligente. Ella se lamentaba de su indigencia y yo le di, igual que a su hijo, una cantidad de dinero. A simple vista, los dos gozaban de buena salud, pero al día siguiente

¹⁶ Durante los años 1353-1354 se produjeron brotes epidémicos en distintas áreas del imperio chino y mongol, estimándose que causaron la muerte a dos tercios de la población china, unos 25.000.000 de personas.

¹⁷ Abu Abdullah Muhammad Ibn Batuta, nacido en Tánger (Marruecos), fue educado siguiendo los preceptos de la religión musulmana (sunnita) y por eso, al cumplir 21 años, inició el viaje de peregrinación a La Meca (hajj); un viaje que duró casi 25 años y en el que recorrió prácticamente todo el mundo islámico, desde Tombuctú al oeste, a China al este, y desde el río Volga, al norte, hasta Tanzania al sur.

¹⁸ Costa de Coromandel, sudeste de la India.

¹⁹ Región de Telangana, en el estado de Andhra Pradesh.

²⁰ Probablemente la actual Bidar, ciudad cercana a Hyderabad, en el extremo norte del estado de Karnataka.

²¹ La antigua Deogiri, conocida como “Ciudad de la Prosperidad”, capital de la dinastía Tughluk desde 1327, en el estado de Maharashtra.

volvió la mujer para pedirme una mortaja, pues su hijo había muerto de forma súbita. Tres semanas después, cuando murió el sultán Ghiyath ad-Din al-Damaghani, hice acto de presencia en la sala de audiencias del palacio. En aquel momento había centenares de sirvientas encargadas de preparar el arroz que se repartiría a los asistentes durante el funeral, y puedo asegurar que ninguna de ellas hacía buena cara, pues al contrario, se notaba que estaban enfermas y se caían al suelo, exponiéndose al sol ardiente”.

Las caravanas de la ruta de la seda transfirieron la infección bordeando el mar Caspio y en 1346 la epidemia afectó Sarai Batu (capital de la Horda de Oro, antiguo estado mongol), en el bajo Volga, Astrakán y Crimea, donde murieron 85.000 personas en poco tiempo. El historiador y geógrafo árabe Ibn al-Wardí, muerto en 1348, reportaba que los mercantes que llegaban a Siria procedentes de Crimea aseguraban que la peste se había iniciado en la “Tierra de la oscuridad” hacía al menos quince años y que entre octubre y noviembre de 1346 devastaba la tierra de los uzbekos.

Ibn Khatima, autor árabe mencionado en el capítulo dedicado a los remedios contra la peste, también escribió sobre el origen de la epidemia: *“ha habido divergencias sobre el principio de este evento y el lugar de su aparición. Gentes de confianza me han contado que, según comerciantes cristianos llegados a Almería, su origen estuvo en al-Khita²², en lengua persa; es decir, la China, como he sabido por otros viajeros provenientes de Samarcanda, gentes sinceras y de confianza. China está en el extremo de la tierra del lado de Oriente, y desde allí se propagó por sus alrededores, extendiéndose por el Irak persa y las tierras turcas. Otros me han contado que han oído de algunos cristianos que se inició en Abisinia y de allí se extendió hacia otros países hasta llegar a Egipto y Siria”.*

Ibn Khaldun, otro autor árabe citado anteriormente, contaba en la introducción a su obra *Muqaddima* o Prolegómenos, que *“a mediados del siglo VIII²³, una peste terrible (denominada “tā’ūn” en árabe) se abatió sobre los pueblos de Oriente y Occidente; maltrató cruelmente las naciones y mató una gran parte de esta generación, arrebatando y destruyendo las más hermosas obras de la civilización. La peste apareció cuando los imperios vivían una época de decadencia y se acercaban al fin de su existencia. La peste destrozó sus fuerzas, amortiguó su vigor, debilitó su poder, al punto que quedaron amenazados por una destrucción completa. El cultivo de la tierra se detuvo por falta de hombres; las ciudades quedaron despobladas, los edificios abandonados cayeron en ruinas, los caminos se borraron, los monumentos desaparecieron; las naciones y las tribus perdieron sus fuerzas y todo el país cultivado cambió de aspecto. Debo suponer que las regiones de Oriente sufrieron los mismos males que azotaron el Occidente; esta calamidad debió ejercer una devastación proporcional a la extensión de los países y al número de sus habitantes. Me parece que la voz de la naturaleza ordenó al mundo rebajarse y humillarse y éste se apresuró a obedecer: Dios es el heredero de la tierra y de todo lo que contiene”.*

Desde el año 1343, el ejército mongol al mando de Yanibeg (o Jannibeg), kan de la Horda de Oro, convertida al Islam en 1313, asediaba la factorías genovesas de Tana (actual Azov, muy cerca de la desembocadura del río Tanais, hoy río Don) y Kaffa²⁴ (del tártaro Kefe, la antigua Teodosia y actual Feodosyia, en la península de Crimea).

²² Se refería a los Khitan o Khitai, un pueblo nómada localizado originalmente en Mongolia y Manchuria.

²³ El año primero del mundo islámico lo marca la Hégira, cuando se produjo el traslado o emigración de Mahoma de la Meca a Medina, ocurrida en el año 622 de la era cristiana. Por tanto, cuando se inició la epidemia de peste en el norte africano, en 1348, los musulmanes lo dataron en el año 749.

²⁴ Kaffa, una primitiva y pequeña población pesquera, fue escogida por los genoveses, en 1266, como asentamiento principal en su comercio con Oriente. Ochenta años después se había convertido en una gran ciudad por la que transitaban diariamente 70.000-80.000 personas y podían oírse una docena de lenguas

Gabriel de Mussis, un italiano de Piacenza y cronista de la época²⁵, contó que en 1346 (probablemente a principios de 1347) la peste destruía el ejército mongol²⁶, que decidió catapultar dentro de la ciudad sitiada los cadáveres apestandos de sus soldados. De Mussis contaba que “*los cuerpos quedaron desparramados por todos lados y los cristianos no pudieron eliminarlos ni protegerse contra este peligro aunque llevaran a multitud de muertos y los lanzaran al mar. Pronto, el aire entero quedó infectado, el agua se envenenó y la peste creció de tal manera que sólo uno entre mil podría salvarse*”²⁷.

Los genoveses, temerosos del peligro que se cernía sobre ellos, guerra y peste, decidieron abandonar su puesto comercial y regresar por mar a su país. Pero parece ser que la tripulación de uno de aquellos galeones, según Michele de Piazza huyeron doce en total (otras fuentes varían de dos a doce galeras), contagió de la enfermedad y la transportó a Europa²⁸, mostrándose por primera vez en Messina (Sicilia) en el mes de octubre de 1347.

A partir de aquel momento tuvo lugar la gran “peste negra”, el inicio de la segunda pandemia, que entre 1347-1353 provocó una formidable depresión demográfica y modificó, en algunos casos profundamente, los comportamientos sociales.

Se ha comentado anteriormente que la epidemia fue llamada “peste negra” porque tiene como síntomas característicos la aparición de pústulas o bubas de sangre, de color negro azulado, o hemorragias cutáneas, numerosas en el caso de la peste septicémica. Sin embargo, este término, aplicado habitualmente a la epidemia de 1348, no se popularizó hasta finales del siglo XVIII.

El origen de la expresión continúa siendo un pequeño misterio, aunque es cierto que la locución latina *atra mors*, de la cual parece derivar, y que significa “muerte negra”²⁹ o “muerte terrible”, aparece en las obras de Lucrecio, Virgilio y Séneca en relación a las descripciones de diversas clases de pestilencias. De ahí rápidamente pasó a llamarse *atra pestis*, o peste negra.

Sin embargo, parece ser que el primero en utilizarla, refiriéndose de forma específica a la gran pestilencia de mediados del siglo XIV, fue el historiador danés, de origen holandés, Johannes Isaksen Pontanus (*Rerum historia danicarum*, 1631), llamándola *den sort Død* (la muerte negra). En sueco fue llamada *swarta döden*; en islandés, *svatur daudi*; en alemán, *schwarzer Tod*; en holandés, *zwarte Dood*; en inglés, *black death*; en italiano *mortalega grande*. En castellano se utiliza con mayor frecuencia el término peste negra³⁰, igual que en francés, *peste noire*.

distintas en sus mercados, con un puerto capaz de acoger más de doscientas embarcaciones.

²⁵ Antiguamente se pensaba que de Mussis había viajado en uno de los barcos genoveses que trajeron la peste a Europa, pero actualmente se cree que el autor residía en Piacenza cuando se produjo el asedio de Kaffa.

²⁶ Nicephorus Gregoras, historiador bizantino que trató sobre la peste en Constantinopla, probablemente iniciada a finales de mayo de 1347, explicaba en su *Historia Romana* que esta provino de “*Scitia, de la laguna Maeotis y de las bocas del Tanais*”; es decir, de la península de Crimea.

²⁷ Es seguro que los cadáveres lanzados no fueron los causantes de la epidemia. Con toda certeza, aparte de los mongoles apestandos, en Kaffa también entrarían ratas y sus pulgas parásitas.

²⁸ Dada la magnitud que el comercio había alcanzado en el Mediterráneo, probablemente esta no fue la única vía de contagio de la peste en Europa. Se cree que en noviembre de 1347 podía haber más de veinte embarcaciones en el sudeste del continente capaces de extender la epidemia a cualquier puerto marítimo.

²⁹ En 1350, el astrólogo belga Simon de Corvinus utilizó el término “*mors nigra*”, muerte negra, en un poema escrito en latín.

³⁰ En castellano era también muy frecuente llamarla “el mal que corre”, “el mal de secas”, “la pestilencia” o “la mortandad”.

En el norte de Europa, la epidemia de peste rápidamente se designó con la palabra “plaga” (*plague* en inglés), que proviene de la expresión latina *plaga*, que significa golpe, llaga, herida. El rey de Suecia y Noruega Magnus Ericsson ya utilizó este término en una carta real escrita en septiembre de 1349.

a) La llegada de la peste negra a Asia Menor y al mundo islámico

Desde las tierras de la Horda de Oro, y secundariamente de Kaffa, la peste siguió dos rutas: por tierra hacia el sur y por mar a lo largo del Mediterráneo. Y de acuerdo con algún cronista ruso, a través de los territorios de la Horda de Oro la epidemia se extendió por el sur de Rusia y devastó las regiones transcaucásicas, donde se reportaron noticias sobre una pestilencia grave en Azerbaijan entre 1346-1347 (en Tabriz, Irán, en 1346).

En Constantinopla, la peste empezó a causar estragos a principios de julio de 1347, aunque su presencia ya fue detectada en la primera mitad de mayo, probablemente transportada por genoveses procedentes de Kaffa, que hicieron una primera escala en Pera, puerto marítimo de la capital bizantina, otro centro comercial genovés. El teólogo, traductor y canciller bizantino Demetrios Kydones, conocido como Demetrius Cydonius, testimonio de la epidemia, dejó escrito que “*cada día se vacía la gran ciudad y cada día nuestra misión consiste en enterrar a nuestros amigos. Los hombres se huyen mutuamente por miedo a contagiarse de la enfermedad por sus vecinos y familiares*”.

En septiembre adquirió carácter de vasta epidemia, afectando simultáneamente grandes partes de la ciudad y alcanzando su momento álgido a finales de otoño, durante los meses de noviembre y diciembre.

El emperador bizantino Ioannes VI Cantacuzenos se retiró a un monasterio en 1355 y allí escribió *Historiarium*, una historia sobre el Imperio que abarcaba los años 1320-1350. En ella describió la peste que ocurrió en Constantinopla, principalmente los síntomas: “*Habiendo llegado la Emperatriz (Irene Asanina) a Bizancio, encontró a su hijo pequeño Andronikos muerto por causa de la peste. Esta enfermedad, que se inició entre los escitas hiperbóreos (sur de Rusia), atacó casi todos los puertos de mar y mató a la mayoría de la gente. No devastó únicamente el Ponto, la Tracia y Macedonia, sino también Grecia, Italia y todas las islas, Egipto, Libia, Judea y Siria, y se extendió por casi todo el mundo.*

Esta enfermedad era tan incurable que apenas nadie conseguía salvarse, ni los más fuertes podían resistirla. Tanto los cuerpos robustos como los más débiles sufrían las mismas consecuencias y los más poderosos morían igual que los más pobres. Si alguien padecía una enfermedad anterior a esta siempre sucumbía y las artes médicas eran totalmente insuficientes. El proceso infectivo no seguía el mismo curso en todas las personas y se daba el caso que algunos morían en el mismo día de contraerlo, o incluso en la misma hora. Aquellos que resistieron dos o tres días presentaban al principio una fiebre muy violenta y la afeción podía atacarles la cabeza: enmudecían, se volvían insensibles a todo lo que sucedía y quedaban sumidos en un profundo sueño. Si de vez en cuando conseguían recuperar el conocimiento, intentaban hablar, pero les costaba mover la lengua y sólo atinaban a pronunciar sonidos inarticulados, pues los nervios de la parte trasera de la cabeza ya estaban muertos; y ellos morían al poco tiempo.

En otros casos, la enfermedad no atacaba la cabeza, sino los pulmones, que se inflamaban rápidamente y les provocaba agudos dolores de pecho. Enseguida escupían esputos cubiertos de sangre y su aliento hedía de manera repugnante. La garganta y la lengua les quemaba y estas quedaban negras y congestionadas por la sangre. Tanto daba que bebieran mucho o poco; sufrían insomnio, quedaban absolutamente debilitados y ya no se reponían. Se formaban abscesos en la parte superior e inferior de los brazos, a veces en

los maxilares y también en otras partes del cuerpo. En algunos casos eran grandes y en otros pequeños. Les aparecían ampollas negruzcas y algunos morían con el cuerpo cubierto de manchas oscuras por todo el cuerpo. A veces eran escasas pero muy visibles y en otras ocasiones, densas y oscuras. Todos los que presentaban estos síntomas morían sin excepción³¹.

No existía ayuda para nadie: si alguien encontraba un remedio para sí mismo, era veneno para el vecino, y algunos, intentado socorrer a sus allegados o amigos, se contagiaron con la enfermedad, la cual provocó una gran destrucción y muchas casas quedaron abandonadas, muriendo los animales domésticos igual que sus propietarios. Lo más terrible fue el desánimo que causaba, pues el que enfermaba no tenía esperanza de recuperación, y este desespero se añadía a la postración que causaba la infección, agravándose su estado y muriendo al cabo de poco tiempo. No hay palabras para expresar la esencia de la enfermedad: todo lo más que puede decirse es que no había nada comparable con la naturaleza del hombre a no ser que la pestilencia fuera enviada por Dios para restaurar la castidad. Muchos enfermos, tanto los que morían como los que se sanaban, quisieron recuperar las buenas intenciones en su pensamiento y corregir su mal comportamiento, y durante aquel tiempo se abstuvieron de todo vicio y vivieron de manera virtuosa. Muchos de ellos repartieron sus propiedades entre los pobres, incluso antes que la peste los hubiera atacado. Y si desarrollaban la enfermedad, mostraban el mayor arrepentimiento por sus culpas y afrontaban el juicio divino con las mejores expectativas de salvación, pues estaban convencidos que el alma sí podía sanar”.

La peste llegó a Trebisonda en septiembre, pero no es seguro que el contagio se produjera por barcos italianos sino a través de refugiados del Cáucaso que huían de la enfermedad. Una vez alcanzados los bordes del Asia Menor en la primavera de 1347, la muerte negra empezó a penetrar por la región a finales de verano y en 1349 ya se conocía incluso en las zonas montañosas de la meseta de Anatolia. A principios del otoño de 1347, dos meses después de haberse iniciado la epidemia en Constantinopla, se produjo un brote pestoso en el gran puerto egipcio de Alejandría, la ciudad comercial más importante de esta parte del mundo y que significó el inicio del contagio por todo el norte africano.

³¹ Los síntomas que explicaba Ioannes VI Cantacuzenos eran muy similares a los reportados por el médico francés Raymond Chalin de Vinario, de quien se ha tratado anteriormente. Aunque este escribió su obra *De peste* alrededor de 1382 y no pudo servir como fuente al emperador bizantino, es posible que ambos autores consultaran el mismo texto, o quizás, aunque parece improbable, que Chalin tuviera acceso a la obra de Ioannes, pues escribió que “*los síntomas previos a la enfermedad eran una lasitud extraordinaria, debilidad y languidez. Desde el primer momento, el pulso se alteraba, se concentraba, se ocultaba bajo el dedo; a veces era pleno y ondulante y de pronto se reducía y a continuación se percibía frecuente e intermitente. El cerebro recibía los primeros daños: algunos enfermos permanecían postrados, con un sueño tan profundo que no se podía despertarlos, y este no era más que un paso dulce pero seguro que la muerte sucedería a la vida. Otros, agitados por insomnios e inquietudes, caían en excesos de delirio furioso; muchos tenían el cuerpo y los sentidos embotados, la lengua enredada, que no permitía más que el tartamudeo, lo que era siempre un presagio funesto. Estos síntomas, completamente opuestos, conducían igualmente a la muerte, de la misma manera que los bubones y los antraxes que estaban rodeados por estrías negruzcas que eran llamadas “la ceinture” (el cerco).*

A esta confusión del cerebro le sucedían vómitos continuos y dolores, epistaxis (sangrado nasal), hemoptisis (expectoración de sangre), hematurias (sangre en la orina) y disenterías que mataban el enfermo al primero o segundo día. Las materias vomitadas o expulsadas en las deposiciones exhalaban un olor insoportable; los esputos, el sudor y el aliento eran muy fétidos; la orina turbia, espesa, negra y a veces roja, límpida o sedimentada. Las deposiciones negras, amarillas o cenicientas eran muy copiosas, a pesar que el vientre estaba meteorizado (vientre distendido, muy sensible a la palpación). Una tos seca acompañaba un sentimiento de sofoco general. A partir del segundo o tercer día la piel se cubría de exantemas rojos o lívidos y los tumores que se convertían en bubones o carbúnculos se manifestaban en las orejas, en las ingles o en las axilas. Entonces, pocos enfermos conseguían pasar del séptimo día”.

El cronista egipcio al-Maqrizi³² explicaba que del mar Negro había salido un barco con treinta y dos comerciantes y trescientos esclavos y parecía ser que la tripulación se contagió de peste en el puerto de origen o en Constantinopla. El caso es que cuando la nave llegó a Alejandría, tan sólo permanecían vivos cuatro mercaderes, un esclavo y cuarenta marineros, todos los cuales murieron poco después.

Al-Maqrizi escribió sobre la peste en la capital egipcia, y tenía todos los síntomas de la variedad pulmonar: *“Las noticias dicen que la peste llegó a El Cairo desde Siria y que esta, en Damasco, fue menos mortal que en Trípoli, Hama y Alepo. Desde octubre de 1348 la muerte golpeaba con intensidad y 1.200 personas morían diariamente, de manera que el pueblo cesó de solicitar permisos a la administración para enterrar los cadáveres y muchos de ellos fueron abandonados en calles y jardines. En el Nuevo y el Viejo Cairo la peste afectó primero a las mujeres y a los niños, y después a los comerciantes, aumentando el número de fallecidos. La intensidad de la enfermedad se incrementó en el mes de noviembre en el Nuevo Cairo y fue extremadamente grave durante el Ramadán (diciembre), que coincidió con la llegada del invierno. La peste seguía con tanta furia que era imposible saber cuántos morían.*

En enero de 1349 se desarrollaron nuevos síntomas de la enfermedad. Una persona caía enferma con fiebre interna, le seguía una necesidad incontenible de vomitar, entonces escupía sangre y moría. Aquellos que vivían con él en su casa también enfermaban y en una o dos noches, uno tras otro, también fallecían. Todos vivían con la abrumadora preocupación que la muerte estaba cercana; la gente se preparaba para morir y distribuía limosnas a los pobres, se reconciliaba con los demás y multiplicaba sus actos de devoción.

Nadie tuvo tiempo de consultar a los doctores ni beber jarabes medicinales u otros medicamentos, pues morían con gran rapidez. A principios de enero, los cuerpos estaban apilados en las calles y mercados y los responsables de la ciudad contrataron brigadas de enterradores. Algunas gentes piadosas permanecieron en las plazas de oración para recitar oraciones fúnebres a los muertos. La situación empeoró más allá de lo razonable y no parecía que hubiera solución posible. Casi la totalidad de la guardia real desapareció y en los cuarteles de la ciudadela del Sultán apenas quedaban soldados.

Las estadísticas recogidas en los funerales de El Cairo durante noviembre y diciembre informaban que se habían producido 900.000 muertes³³. Se habían dispuesto 1.400 camillas para transportar a los fallecidos, pero muy pronto no fueron suficientes y empezaron a trasladarse a los muertos en cajas, en puertas que se arrancaban de los comercios o en tablas planas, en cada una de las cuales podían apilarse dos o tres cuerpos. La gente empezó a buscar lectores del Corán para los funerales y muchos dejaron sus profesiones para recitar oraciones durante los entierros. Un grupo de gente devota apilaba sacos de tierra para cubrir las tumbas. Otros arreglaban los cadáveres y otros los transportaban. Los voluntarios recibían unos salarios muy sustanciales. Por ejemplo, un lector del Corán ganaba 10 dirhams, y cuando terminaba de leer en un funeral, empezaba a leer en otro. Un transportador de cadáveres pedía seis dirhams por adelantado e incluso a este precio era difícil encontrar alguno. Un sepulturero quería 50 dirhams por entierro; pero la mayoría de ellos murieron antes de poder gastar lo que ganaron.

³² Muhammad al-Maqrizi escribió sobre la peste de Egipto de 1348 en su obra *Guía sobre el Conocimiento de las Dinastías y Reyes (Kitab al-Suluk li Ma'rifat Duwal al-Muluk)*.

³³ Según Michael Dols, autor del libro *The Black Death in the Middle East* (1977), se estima que la población de El Cairo, en 1340, era de 500.000-600.000 habitantes. Por tanto, la mortandad reportada por al-Maqrizi es claramente una exageración. Probablemente moriría entre el 30-40% de la población.

Las celebraciones familiares y las bodas dejaron de producirse. Nadie tuvo ganas de fiestas durante el tiempo que duró la epidemia, y no fue oído a nadie que cantara. En una tentativa para revivir estas actividades, el Visir redujo a una tercera parte los impuestos para contratar cantantes. La llamada a la oración fue suspendida en muchas localidades, pues la mayoría de las mezquitas fueron cerradas, y aún en los lugares más importantes, únicamente se cantaba un almuédano al día.

Fue un hecho conocido que durante esta epidemia ningún niño sobrevivió uno o dos días después de su nacimiento y sus madres normalmente morían poco después y los seguían a la tumba. A finales de febrero, todo el Alto Egipto fue afectado por la peste, y según las informaciones que llegaban de otras regiones, leones, lobos, conejos, camellos, asnos salvajes, jabalíes y otras bestias caían muertas y presentaban costras en sus cuerpos. Y lo mismo sucedió en todo Egipto. Cuando llegó el tiempo de la cosecha, muchos granjeros habían muerto y no había manos en el campo para recoger la siembra. Los soldados y sus jóvenes esclavos o pajes fueron enviados allí y trataron de reclutar trabajadores con la promesa de pagarles la mitad de lo que ellos percibían, pero no pudieron encontrar a nadie que los ayudara en estas tareas. Ellos trillaron el grano con sus caballos, a pie, y arrancaron los granos, pero incapaces de transportar toda la cosecha recogida, tuvieron que abandonar el trabajo.

La mayoría de artesanos cesaron en su actividad y se dedicaron a preparar su muerte, mientras otros, no menos numerosos, subastaban sus pertenencias, incluso las ropas. Pero a pesar de que los precios se redujeron a una quinta parte de su valor original, no se vendía nada. Incluso los textos religiosos se ofrecían a peso y a muy bajo precio. Los trabajadores desaparecieron y no podían encontrarse ni aguadores ni lavanderas ni sirvientes. El salario mensual de un mozo de cuadra era de 30 a 80 dirhams... Esta epidemia, se dice, continuó en diversos países durante quince años”.

En abril de 1348, la peste se extendía por todo el valle del bajo Nilo y llegaba hasta Gaza, puerta de Palestina y Siria, en el actual Líbano. Poco más tarde, en julio, alcanzó Damasco, y en octubre, Alepo y Antioquía (actual Antakya, Turquía). Desde Alejandría, la peste se extendió también hacia el Alto Nilo, afectando El Cairo severamente entre los meses de octubre-diciembre del mismo año. Al mismo tiempo, el contagio llegó al complejo de monasterios coptos de Wadi Natrum, en el desierto, y a principios de 1349 infectó Asyut y poco más tarde la antigua Tebas (actual Luxor), situada 250 km. al sur de aquella.

Parece ser que los peregrinos introdujeron la peste en La Meca en el mismo año, donde murieron muchos estudiantes y habitantes en general³⁴. Entre 1348-1349 la enfermedad se extendió por los alrededores de la ciudad santa y llegó a Jeddá, en la costa del mar Rojo. En 1351 alcanzó el Yemen, parece ser que por causa de su rey y su séquito, que regresaba infectado a su país tras haber pasado un tiempo encarcelado en El Cairo.

Por el norte de África, tras Alejandría, la peste alcanzó en abril de 1348 la ciudad de Barca o Barce (actual El-Marj, Libia) y la de Túnez a finales del mismo mes, probablemente a través de un barco infectado proveniente de Sicilia. Desde allí se desplazó hacia Argelia y Marruecos (1348-1349), aunque en este último país el contagio también llegó debido a los contactos comerciales con la isla de Mallorca y parte del sureste de la península Ibérica, donde la peste se inició en los meses de marzo-abril del mismo año.

³⁴ Esta epidemia causó una fuerte discusión entre religiosos musulmanes, pues Mahoma había prometido que las ciudades sagradas de Medina y La Meca no serían atacadas nunca por una enfermedad epidémica. Medina se salvó del contagio, lo cual se interpretó como un milagro. La explicación que se dio a la devastación causada en La Meca fue que las autoridades habían permitido la presencia de judíos en la ciudad.

Ibn Battuta emprendió en 1347 el viaje de regreso a su casa en Marruecos, por lo que también fue testimonio de la epidemia que afectaba todas las regiones de Oriente Medio. De Palmira marchó a Damasco, donde veinte años atrás había dejado una esposa embarazada. En la India supo que de esta mujer nació un varón y quiso conocerlo. Sin embargo, su hijo había muerto doce años atrás y de la esposa no supo nada. En la mezquita le informaron que su padre había fallecido hacía quince años, pero su madre aún vivía.

En Damasco se quedó hasta el mes de marzo de 1348. Entonces partió hacia Alepo, en Siria, donde supo que la peste se había declarado en Gaza y que la cifra de muertos había superado el millar en un sólo día. Inmediatamente marchó a Homs (la antigua Emesa, en el oeste de Siria), donde encontró muchos apestados y supo que morían cerca de 300 personas al día. Poco después recaló nuevamente en Damasco, donde contaba que *“los habitantes habían hecho tres días de ayuno y todos fueron a la mezquita de al-Aqdam, pues Dios hizo remitir un poco la epidemia, aunque el número de muertos había llegado a los 2.400 diarios. Allí pasaron la noche del jueves al viernes rezando, alabando a Dios y haciendo promesas. Después hicieron la oración de la Aurora y salieron todos a pie, todos con el Corán en la mano, y los emires descalzos.*

*De Damasco partí hacia Ajlun (norte de Jordania) y de allí a Jerusalén, donde la peste había remitido completamente”*³⁵. En esta ciudad santa, Ibn Battuta coincidió con el predicador Izz ad-Din, que lo invitó junto a otra gente a un banquete que estaba organizando. Entonces, le preguntó el motivo por el que se ofrecía aquel festín, y el predicador respondió que *“en los días de peste hice la promesa de organizar una fiesta si la epidemia remitía y llegaba el día en que no se producía ninguna muerte. Ayer no tuve que rogar por ningún difunto, de manera que he celebrado lo prometido”*.

De Jerusalén, Ibn Battuta partió hacia Hebron, donde visitó la tumba de Abraham y de otros profetas. Poco después entró en Gaza, una ciudad desierta a causa del enorme número de víctimas que la peste había causado. Allí, el Cadi le explicó que de los ochenta notarios que trabajaban tan sólo habían sobrevivido veinte.

Ibn Battuta marchó después a Alejandría, donde la peste había disminuido en intensidad, tras haber producido 1.080 muertos en un sólo día. Se dirigió entonces a El Cairo, donde llegó a finales de septiembre de 1348. Allí le informaron de la gran mortandad que sufrió la ciudad, *“21.000 personas en un día”*. Este autor añadía que todos los sheikh que él había conocido en su anterior visita habían muerto a causa de la enfermedad.

Posteriormente visitó el Alto Egipto, embarcó hacia Jedda y luego visitó La Meca, y a partir de ahí ya se puso en marcha para regresar a su país natal. Al llegar a la ciudad de Taza (norte de Marruecos, 100 km. al este de Fez), conoció la noticia que su madre había muerto también a causa de la peste y durante un tiempo estuvo residiendo en Fez, donde llegó en noviembre de 1349. Poco después quiso visitar la tumba de su madre, por lo que, de camino hacia Al-Andalus, se dirigió a Tánger, al norte del país, donde fue informado de la muerte del rey castellano Alfonso XI, *“el tirano de los cristianos Adfounos, que había asediado la montaña, o Gibraltar, durante diez meses, pensando conquistar todos los países que quedaban en España en manos de musulmanes. Dios se lo llevó en el momento que menos esperaba, y murió de peste, una enfermedad que él temía más que cualquier otro hombre”*³⁶.

³⁵ Se estima que en Gaza murieron en total 10.000 personas; en Damasco, entre el 25%-38% de la población y en toda Siria alrededor de 400.000 personas. Se cree que en todo el Oriente Medio murió poco menos de la tercera parte de la población y en África del Norte entre el 30-40% de sus habitantes.

³⁶ El rey Alfonso XI murió de peste mientras su ejército asediaba la plaza de Gibraltar. Su muerte quedó

Ibn Khatima comentaba que la peste “finalmente atacó Italia, Francia y España, pero en la ciudad de Almería fue extremadamente maligna, permaneciendo durante once meses desde primeros de 1348 hasta principios del año siguiente. La peste apareció en Almería el primer día del mes de Rabi’ del año 749, que concuerda con el primero del mes de junio. Se inició en un barrio pobre y aislado llamado al-Hawā’im (actual barrio de San Cristóbal), sobre una pequeña montaña, al nordeste de la ciudad. La primera familia afectada por el mal se llamaba Banū Dīna y de allí la peste se propagó a las familias vecinas y después por toda la ciudad. Atacó durante la primavera y la totalidad de las dos estaciones de invierno hasta la redacción de este libro, a principios del mes de febrero, y a este día aún perdura”. Ibn Khatima escribía que en Almería³⁷ morían 70 personas diarias, aunque parece un número muy modesto si se compara con otras regiones. El autor añadía que “algunos viajeros han dado estas cifras para otros lugares, y gentes de confianza nos han dicho que en un sólo día se produjeron 1.200 muertos en Túnez, en Tlemcen un poco más de 700, y en Valencia, una ciudad cercana a nosotros, el día de la fiesta de Al’Ansara, 1.500. En la isla de Mallorca, el 24 de mayo, 1.250 víctimas. Después del fin de la epidemia se estimó que la población se redujo a un cuarto de su total, y esta proporción puede ser aplicada sobre todos los países, pequeños o grandes”.

También fueron afectadas Málaga, a finales de abril, donde llegaron a morir más de 100 personas diarias, así como Vélez, Antequera, Comares, Algeciras y Cádiz, cuyo obispo murió alrededor del 1 de junio. En Sevilla, la peste llegó en invierno de 1348, y en Granada se produjo una gran mortalidad a principios de 1349 entre la élite cultural musulmana, sobre todo los juristas versados en la fe y los hombres de ciencia, médicos incluidos. Desde allí se extendió por toda Andalucía y el sur de la Castilla cristiana. Después de Constantinopla, Ibn Khatima decía que la peste afectó “las islas cristianas bizantinas del litoral mediterráneo (Rodas, Creta y Chipre), y después Génova, la tierra de Francia, el litoral andaluz y sus campiñas, después el interior del país, Aragón, Barcelona el 2 de mayo de 1348, Valencia y otros lugares de España, que incluyen la gran mayoría del reyno de Castilla, llegando enseguida a Sevilla”.

b) La peste negra en Europa

El historiador Giovanni Villani³⁸, testigo de la epidemia de Florencia, de la cual murió, escribía en su obra *Nuova Cronica*, en el libro XIII, capítulo 84, *Di grande mortalità che ffu in Firenze, ma più grande altrove, como diremo apresso*, el recorrido que efectuó la peste hasta llegar a Europa y permanecer en ella durante seis años, hasta 1353: “la pestilencia se extendió por Turquía y Grecia, afectando primero todo el Levante, Mesopotamia, Siria, Caldea, Chipre³⁹, Creta, Rodas y todas las islas del archipiélago

relatada en las “Crónicas de Alfonso el Onceano”: “Despues de todas las batallas et conquistas que el noble Príncipe Rey don Alfonso de Castiella et de Leon ovo fecho, fuese dende, et fue cercar la villa et el castiello de Gibraltar año del Señor de mill et treientos et quarenta et nueve años, quando andaba la era de Cesar en mill et treientos et setenta et siete años (...) Et fue la voluntad de Dios que el rey adolesció, et ovo una landre. Et finó viernes de la semana sancta, que dicen de indulgencias, que fue a veinte et siete dias de Marzo en la semana sancta antes de Pascua en el año del nascimiento de nuestro Señor Jesu Christo de mill et treientos et cincuenta años”.

³⁷ Probablemente Mallorca fue el origen de este contagio, que se habría producido durante las primeras semanas de abril.

³⁸ Giovanni Villani, historiador italiano nacido en Florencia, fue autor de *Nuova Cronica*, una historia universal de Florencia. La obra fue continuada por su hermano menor Matteo, que también murió de peste (1363), y finalmente continuada y terminada por Filippo, el hijo de Matteo, que la concluyó en 1364.

³⁹ En Chipre, la mortandad fue tan alta que los cristianos asesinaban a sus esclavos musulmanes por miedo que pudieran apoderarse de la isla.

griego, extendiéndose después por las islas de Sicilia, Cerdeña, Córcega y Elba⁴⁰, y de igual manera por todas las costas de nuestro mar. De las ocho galeras genovesas que navegaban por el mar Mayor sólo llegaron cuatro de ellas, repletas de enfermos que iban falleciendo uno tras otro. El resto murió durante el trayecto de regreso. Aquellos que llegaron a Génova murieron casi todos y volvieron el aire corrupto y poco después empezó a morir la gente”. Nunca podrá saberse si la epidemia transportada por los puertos del Mediterráneo provenía directamente de Kaffa, o si a partir de allí se contaminaron otros barcos, genoveses, venecianos o de otras nacionalidades. Sea como fuera, cada puerto se convirtió en un lugar a partir del cual se contagiaba la enfermedad y el macabro periplo arribó a la isla de Sicilia en octubre de 1377, significando la puerta de entrada de la peste en Europa occidental.

El cronista franciscano Michele da Piazza, muerto en el año 1377, describió en su obra *Historia Sicula ab anno 1337 ad annum 1361* el desarrollo de la peste en Sicilia diez años después que esta hubiera afectado Messina⁴¹, donde se dijo que murió una tercera parte de la población: “*He aquí que a comienzos del mes de octubre del año de la Encarnación del Señor de 1347, doce galeras genovesas, huyendo de la cólera divina que se había abatido sobre ellas por razón de su iniquidad, arribaron al puerto de la ciudad de Messina.*

Los genoveses transportaban con ellos, impregnada en sus huesos, una enfermedad tal que todos los que hubieran hablado con uno de ellos eran alcanzados por esta enfermedad mortal: esta muerte, muerte inmediata, era absolutamente imposible de evitar. He aquí cuáles eran los síntomas de la muerte para los genoveses y las gentes de Messina que los frecuentaban: a causa de una corrupción del aliento nacía en la pierna o en el brazo una pústula con la forma de una lenteja. Ésta impregnaba y penetraba tan completamente el cuerpo que se veía acometido por violentos esputos de sangre. Las expectoraciones duraban tres días continuos y se moría a pesar de cualquier cuidado. Y como los Hermanos Menores, los Predicadores y los Hermanos de otras órdenes querían penetrar en las casas de dichos enfermos, recibir la confesión de sus pecados y darles la absolución, la mortalidad asesina, según la voluntad de la justicia divina, los infectaba tan completamente que algunos apenas sobrevivieron en sus celdas.

Los cadáveres quedaban abandonados en las casas y ningún sacerdote, ni hijo, ni padre, o familiar, osaba penetrar, a pesar de contener joyas, dinero y otros bienes preciosos sin custodia, dándose a los enterradores un salario considerable por llevar dichos cadáveres a sus tumbas.

La epidemia llegó con tal rapidez que no se tuvo tiempo de tomar medidas preventivas. Una gran muchedumbre abandonó la ciudad y marcharon al campo, al bosque. Otros buscaron refugio cerca de Santa Ágata, en Catania, y allí fue donde la reina de Sicilia se refugió con su hijo, Federico⁴². Fueron organizadas procesiones y peregrinaciones con la idea de aplacar la ira de Dios, pero nada solucionó. La peste era más terrible que nunca. No servía de nada huir porque el mal seguía a los que pretendían escapar. Algunos de

⁴⁰ En las islas de Cerdeña, Córcega y Elba la peste se presentó en el mes de diciembre.

⁴¹ También sufrieron la epidemia las ciudades sicilianas de Siracusa, Trapani, Siacca o Agrigento.

⁴² El rey Pedro II de Sicilia, esposo de Isabel de Carintia, fue sucedido por su hijo Luis de Sicilia, apodado “el niño”, de sólo cinco años de edad. La regencia estuvo a cargo de su madre y de Juan de Sicilia, marqués de Randazzo y hermano de Pedro II, que murió en 1348. Cuando ocurrió la peste de Messina, Isabel de Carintia se refugió en Catania con su otro hijo, Federico, luego rey Federico III. Más tarde, en 1355, murió de peste el hijo de Juan de Sicilia, Federico I de Atenas. Entonces, Luis de Sicilia abandonó la fortaleza de Agira y se refugió en el castillo de Aci, intentando huir de la epidemia. Sin embargo, también enfermó de peste y murió, con tan sólo diecisiete años de edad.

ellos caían a lo largo de los caminos y se desviaban de ellos para morir en los campos, bosques o junto a los ríos. Los que conseguían llegar a Catania ingresaban en el hospicio, donde expiraban. Ante el espanto de la población, el patriarca prohibió bajo pena de excomunión los entierros en la ciudad de cualquier persona procedente de Messina, y sus cuerpos eran lanzados en grandes fosas fuera de los muros de la ciudad”.

Cronología

Como se ha comentado anteriormente, en diciembre de 1347 la peste llegó a las islas de Cerdeña, Córcega y Elba, cercanas a la costa italiana de la Toscana. Después, la enfermedad cruzó el estrecho de Messina y contagió la ciudad de Reggio Calabria.

A mediados de enero del siguiente año, la peste llegó a Pisa, 60 kilómetros al este de Florencia, y las galeras venecianas, que comerciaban por todas estas regiones, transportaron la enfermedad hacia la costa dálmata, en el mar Adriático. Primero Spalato (actual Split, Croacia), en el día de Navidad de 1347⁴³ y después Ragusa (actual Dubrovnik), el 13 de enero. El 25 del mismo mes fue notada su presencia en la propia Venecia. En Marsella fue detectada el 1 de noviembre de 1347, día de Todos los Santos, y en la vecina Aix-en-Provence, el 1 de diciembre. El contagio pudo producirse probablemente por algún barco proveniente de Sicilia o Génova, y desde este gran puerto comercial del occidente Mediterráneo, la enfermedad se extendió por tierra y mar por el sudoeste y oeste europeo.

La peste apareció, además, en un momento crítico, pues numerosos países estaban enfrentados en un contexto económico, social y político particularmente degradado. Los reinos de Francia e Inglaterra estaban en guerra, la guerra de los Cien Años⁴⁴ (1337-1453); la Corona de Aragón estaba sumergida en una áspera guerra civil entre el monarca Pere III de Barcelona y IV de Aragón, llamado “el Ceremoniós” y la Unión de Aragón, que terminó en la batalla de Épila (21 de julio de 1348) con la victoria del primero; los estados italianos se enfrentaban a numerosos problemas políticos y militares que entrañaban miseria, hambre y bandidaje, todo lo cual quedaba ligado al desplazamiento masivo de tropas. Todas estas crisis, más o menos graves, y sobre todo repetidas, tuvieron naturalmente una repercusión demográfica, hasta entonces ascendente, que se había estancado a partir de la década de 1310-1320.

A principios de 1348 la peste se presentó en Avignon, en aquel momento sede de la Corte papal, así como en otras ciudades del sur de Francia, pues entre febrero y mayo se registró su presencia en Narbona, Montpellier, Carcasona y Toulouse, y entre junio y agosto quedaron infectadas Bordeaux, Lyon y París. En 1349 alcanzó el nordeste de Francia (Alsacia y Lorena), traspasó los Alpes, alcanzó Suiza y progresó hacia el oriente.

Entre febrero y mayo de 1348 la peste apareció en Roma, Florencia y Venecia, y en Cesena a primeros del mes de junio. Después se extendió por Francia, juntándose con la que se había iniciado en la Provenza y Alemania. En ese mismo año afectó la Corona de Aragón, Navarra, el noroeste de la Península Ibérica y al sur, el territorio limítrofe con el reino de Granada. En 1349 invadió Andalucía, Castilla y el centro-sur de Portugal.

⁴³ Normalmente, transcurrían unas ocho semanas desde que se producía el contagio en una zona hasta que la epidemia era reconocida como tal a gran escala; aunque en invierno, si se producía peste de la variedad pulmonar, el proceso era mucho más rápido.

⁴⁴ El canónigo agustino Henry Knighton reportaba que en el terremoto de 1348, “el Papa envió cartas intentando restaurar la paz entre los reinos, para que escaparan a la venganza de Dios, afirmando que todas esas desgracias eran debidas a los pecados de la humanidad. El rey inglés envió al conde de Lancaster y al conde de Suffolk a Calais para negociar una paz. Y los nobles franceses se alojaron en Saint-Omer”.

Desde el norte de Francia se extendió hacia la costa atlántica, atravesó el Canal de la Mancha y contagió poblaciones del sur de Inglaterra, incluso Londres, marchando al oeste hacia Irlanda. En 1349 afectó el resto de esta isla, Escocia, Alemania, Dinamarca y los Países Bajos. A partir de noviembre de ese mismo año infectó Noruega, Suecia y todo el espacio hanseático, así como el sur de Alemania, el resto de Suiza, el norte de Polonia y todas las regiones danubianas hasta la desembocadura del mar Negro. En 1350 afectó el resto de Europa Central y en 1351 invadió Polonia, las repúblicas bálticas y entró en Rusia, tres años después que la peste se hubiera iniciado en Constantinopla. En 1352 fue infectada Moscú y después se extendió por el sur hasta Kiev, en Ucrania.

Matteo Villani trató sobre los orígenes de la enfermedad y hacía un resumen de todo su progreso en Europa en el capítulo segundo de su obra, *Quanto durava il tempo della moria in catuno paese*, cuando escribió que *“la epidemia se inició en el Catai y la India y en otras provincias cercanas a aquel océano, y afectaba a los hombres de toda condición, edad y sexo, que empezaban a esputar sangre y morían casi de súbito, en dos o tres días. Y acontecía que quien servía a este enfermo, rápidamente se contagiaba de aquella corrupción malsana y moría del mismo modo. Esta pestilencia infectó a la tercera parte del mundo, que se llama Asia, y después se extendió por las naciones del mar Mayor y las costas del mar Rojo y la parte septentrional de Rusia y Grecia”*.

Villani explicaba el regreso de las galeras genovesas, que huyeron de la muerte y quisieron entregar sus mercancías en puertos comerciales, *“pero muchos de ellos no llegaron, pues gran parte murieron en el mar de aquella enfermedad. Y llegados a Sicilia se mezclaron con los paisanos y les contagiaron su enfermedad, que se extendió por toda la isla. Y llegando dicha galera a Pisa y después a Génova⁴⁵, empezó la mortalidad en aquellos lugares.*

Y en el año de Cristo de 1348 fue infectada toda Italia, salvo la ciudad de Milán y algunas zonas de los Alpes, en la frontera con Alemania, donde la enfermedad apenas inquietó. En ese mismo año atravesó las montañas y se extendió por Provenza, Saboya, Delfinado y Borgoña, y por mar a Marsella y Acquamorta, y también Cataluña, la isla de Mallorca, Castilla y Granada.

En el año 1349 había infectado todo el ponente, la costa del mar Océano de Europa, de África y de Irlanda, y la isla de Inglaterra y de Escocia, y las otras islas del ponente, y toda la tierra tuvo casi la misma mortandad, excepto en Brabante, donde hubo poca calamidad. En el 1350 afectó Alemania, Hungría, Frigia, Dinamarca, la tierra de los godos y vándalos y otros pueblos y naciones septentrionales. Y esta pestilencia, en el país donde se presentaba, duraba cinco meses, o cinco lunas, de forma continuada.

⁴⁵ Fue reportado que diversas galeras llegaron al puerto de Génova el último día de 1347, aunque parece ser que la ciudad fue infectada ocho-diez semanas antes. Se dijo que a finales de octubre arribaron a Génova tres o cuatro galeras, quizás provenientes de Sicilia, pero no les fue permitida su entrada en el puerto y marcharon al norte, probablemente a Marsella. Más tarde, a finales de diciembre, llegaron una o más embarcaciones infectadas, quizás procedentes de Messina, Constantinopla, Crimea, o cualquier otro lugar, que consiguieron atracar en Génova y propiciaron el contagio de la ciudad.

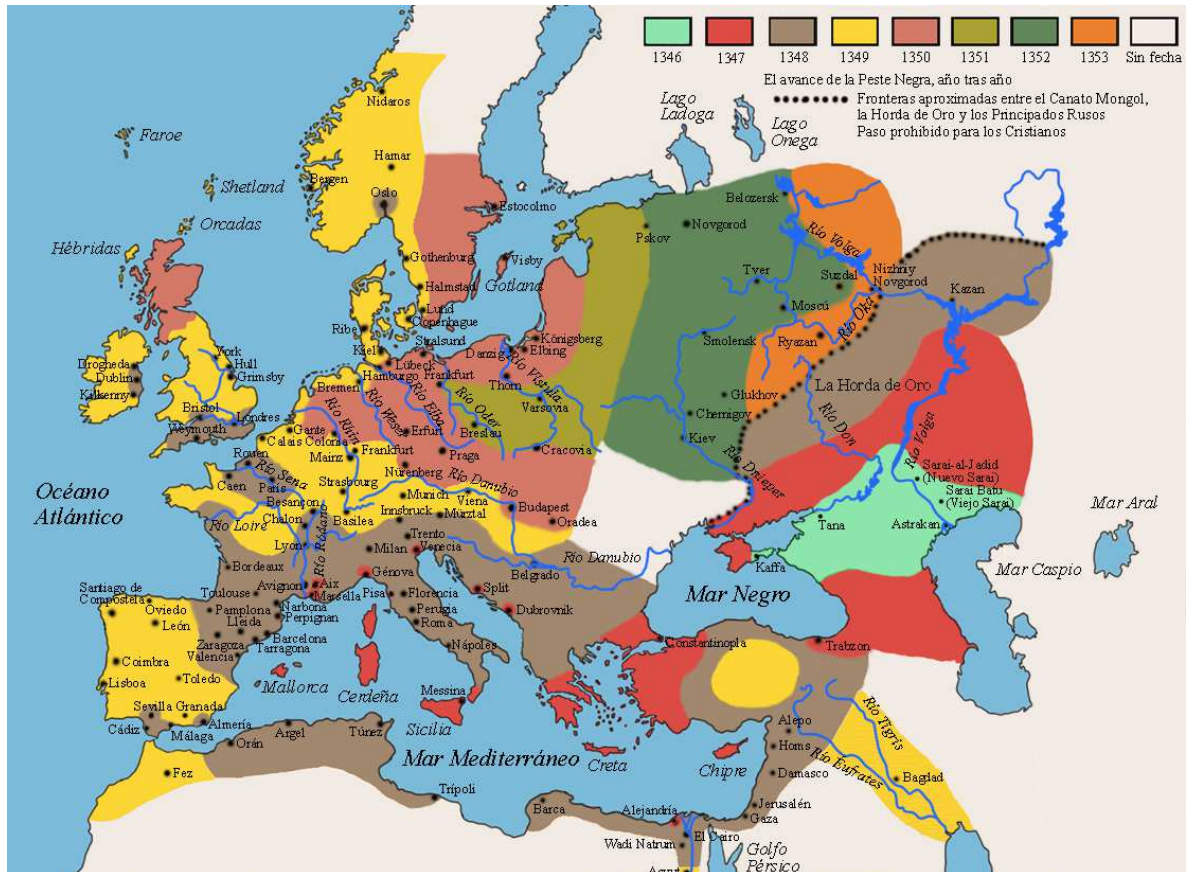


Imagen nº 1. Mapa modificado, recogido en la obra de Ole J. Benedictow. *The Black Death 1346-1353* (2004) donde se ilustra el progreso de la peste negra en Europa, norte de África, Asia Menor y los territorios orientales de la Horda de Oro.

i. La peste negra en Francia, Bélgica y Suiza

En el momento de sufrir la epidemia de peste, Francia tenía una población aproximada de 16-20 millones de habitantes, la mayor de toda Europa. Pero en 1440, casi cien años después, se había reducido a sólo 10 millones de habitantes, aproximadamente un 42% menos. El primer lugar donde se tuvo noticia de la enfermedad fue Marsella, el día 1 de noviembre de 1347. De esta ciudad, la infección pasó a primeros de diciembre a Aix-en-Provence, y a principios de enero de 1348 a Avignon. Desde Provenza la peste siguió por el sudoeste francés, hacia el Rosellón, en la frontera con Cataluña, alcanzando Arles en enero y Montpellier al mes siguiente. Y entre febrero y mayo fue reconocida en Béziers, Carcasona, Narbona y Perpignan.

En Avignon se encontraba en aquel momento la Corte papal, siendo su pontífice Clemente VI. Allí se empezó a sufrir las consecuencias de la epidemia a partir del mes de marzo de 1348, que duró entre seis y ocho semanas. El médico francés Guy de Chauliac escribió que *“la peste fue de dos clases: la primera duró dos meses con fiebres continuas y expectoraciones de sangre y la gente moría en dos días. La segunda duró el resto del tiempo, también con fiebres continuas y apostemas y carbúnculos principalmente en las axilas y las ingles, y se moría a los cinco días. Afectó a todos los países y pocos se salvaron; empezó en Oriente, y así, lanzando sus flechas contra el mundo, pasó por nuestra tierra en dirección a Occidente, y fue tan grande que apenas sobrevivió una cuarta parte de la población”*.

Según este autor, la mortandad en Avignon fue enorme, incluso entre los religiosos. La situación fue tan terrible que este médico contaba una situación parecida a la que narró Procopio ochocientos años atrás: *“el padre no visitaba al hijo, ni el hijo al padre; la caridad estaba muerta y la esperanza destruida. Los médicos no osaban visitar a los enfermos por miedo a quedar infectados. Se exponían los cadáveres a la puerta de las casas, y a veces los tiraban por las ventanas porque no tenían a nadie que los enterrara, y los enterradores fueron los primeros en caer víctimas de la peste”*.

Étienne Baluze, historiador francés conocido como Stephanus Baluzius, fue autor de una obra sobre la vida de los Papas en Avignon, *Vitae Paparum Avenionensium* (1693), en la cual describía brevemente esta epidemia en la ciudad papal: *“En el año del Señor de 1348 se difundió por casi toda la superficie del globo una horrible mortandad. No se había conocido nada semejante. Los vivos apenas eran suficientes para enterrar a los muertos. Se apoderó de todo el mundo un terror tan grande que en cuanto alguien tenía una úlcera o un pequeño bulto, generalmente en la ingle o en el sobaco, la víctima era abandonada incluso por sus familiares. Si en una casa alguien contraía la enfermedad, era probable que todos los que la habitaban allí fuesen contaminados, y que todos muriesen. Corrió el rumor de que algunos criminales, y en particular los judíos, echaban veneno en los ríos y en las fuentes. En realidad la peste provenía de las constelaciones o de la venganza divina”*.

La situación en esta ciudad fue también descrita por un religioso anónimo que tuvo acceso a la Corte papal. Según él, *“el Papa dio orden de realizar procesiones durante algunos días de la semana, al son de las letanías, y participó personalmente en algunas de ellas. Se dice que de los alrededores venían hasta 2.000 personas para participar con devoción. Muchos de los asistentes, de ambos sexos, andaban descalzos; otros vestían hábitos de penitentes y otros lloraban, se arrancaban los cabellos y se fustigaban hasta sangrar”*. Clemente VI, fiándose de los remedios terrenales y siguiendo el consejo de sus médicos, canceló las audiencias y se encerró en una estancia donde día y noche, incluso en los días calurosos, se quemaban grandes fuegos, hasta que en el mes de mayo marchó de la ciudad a un castillo aislado, en el campo. Antes de partir consagró el río Ródano y lo elevó a la dignidad de cementerio y pudieron lanzarse los cadáveres según el rito cristiano⁴⁶.

Pero no todo el mundo tenía la misma confianza en aquellas soluciones. El médico Johann von Göttingen, o Johannes de Saxonia, quien escribió en la primera mitad del siglo XV *Compendium de Epidemia*, se lamentaba que muchos apestados veían en su muerte una expiación a sus pecados y no admitían el consejos de los médicos, alegando que *“el momento de morir de cada individuo ya ha sido establecido”*. El autor añadía que *“otra razón era el deseo y esperanza de la muerte, pues recuerdo que en cierta gran pestilencia en Montpellier, muchos hombres deseaban morir y consecuentemente el Papa dio la absolución a los moribundos, de suerte que éstos esperaban ir al cielo de inmediato y por tanto no querían que los médicos les prolongaran su vida”*.

El terror que supuso el padecimiento de la población quedó magníficamente retratado en el texto de Guillaume de Machaut, el más célebre poeta y compositor francés del siglo XIV. En el año 1349 compuso una gran obra poética, del género conocido como *“textes dits”* (se alternaba textos con música), titulado *Le jugement du Roi de Navarre* (El juicio del Rey de Navarra). En la primera parte⁴⁷ se describe de manera impresionante los horrores de la

⁴⁶ Curiosamente, el Papa ordenó que al toser un apestado, las personas presentes o cercanas a él le dijeran "que Dios te bendiga", de donde proviene el conocido y actual "Jesús" que se dice a quien estornuda.

⁴⁷ En la segunda parte de la obra plantea una cuestión cortesana: el rey de Navarra, Carlos II, debe juzgar si el dolor de una dama cuyo amante muere puede ser mayor que el de un caballero traicionado por su dama.

pestilencia y de la guerra de los Cien Años. A continuación se reporta el fragmento que trata sobre la peste negra, que el autor sufrió en sus propias carnes:

*Si que ces tempestes cesserent
Mais tels bruines engendrèrent
Tels ordures et tels lumées
Qui ne furent gaires amées
Car l'air qui estoit net et pur
Fu ors et vils noirs et obscurs
Lais et puans troubles et pus
Si qu'il devint tous corrompus
Car tuit estoient mal traitie
Descouloure et deshaitie
Boces avoient et grans clos
Dont on morroit et a bries mos
Po osoient a l'air aler
Ne de pres ensamble parler
Car leurs corrompues alaines
Corrompoient les autres saines
Et s'aucuns malades estoit
S'uns siens amis le visetoit
Il estoit en pareil peril
Dont il en morut cinc cent mil
Si que li fils failloit au pere
La fille failloit a la mere
La mere au fil et a la fille
Pour doubtaunce de la morille.*

*Quant Dieus vit de sa mansion
Dou monde la corruption
Fist la mort issir de sa cage
Pleinne de forson et de rage
Sans frein sans bride sans loien
Sans foy sans amour sans moien
Si tres fiere et si orgueilleuse
Si gloute et si familleuse
Que ne se pooit saouler
Pour riens que peust engouler.*

*Et par tout le monde couroit
Tout tuoit et tout acouroit
Quantqu'il li venoit a l'encontre
Non ne pooit resister contre*

*Et briefment tant en acoura
Tant en occist et devoura
Que tous les jours a grans monciaus
Trouvoit on dames jouvenciaus
Juenes viels et de toutes guises
Gisans mors parmi les eglises
Et les gettoit on en grans fosses
Tous ensamble et tous mors de boces*

*Car on trouvoit les cimatières
Si pleines de corps et de bieres
Qu'il convint faire des nouvelles
Ci a merveilleuses nouvelles.*

*Et si ot mainte bonne ville
Qu'on n'i veoit ne filz ne fille
Femme n'homme venir n'aler
N'on n'i trouvoit a qui parler*

Entonces estas tempestades cesaron,
pero engendraron tales brumas,
tales inmundicias
y espantosas humaredas
que el aire, en vez de ser claro y puro
se hizo amarillo, sucio, negro y oscuro,
vil, apestoso, turbulento e infecto
y todo se corrompió:
las gentes se debilitaron,
extenuadas y descoloridas,
con bubones y llagas
que suponían una muerte veloz,
nadie osaba salir
ni hablar en grupo
porque los hedores corrompidos
corrompían a los otros, todavía sanos;
si se quería visitar
a un amigo enfermo
se estaba en peligro:
murieron quinientos mil,
y al padre le faltaba su hijo,
la hija a la madre,
la madre al hijo y a la hija
debido a la epidemia mortal.

Cuando Dios en su morada
vio la corrupción del mundo,
hizo salir a la muerte de su jaula,
llena de locura y de rabia,
sin freno, sin bridas, sin discernimiento,
sin fe, sin amor, sin medida,
tan altiva y orgullosa,
tan ávida y tan hambrienta
que nada de lo que engullía
consegua hacerla saciar.

Recorrió todo el mundo
matando y destrozando los corazones
de todos los que encontraba,
y nadie se le podía resistir.

En poco tiempo oprimió
tantos corazones, devorando y matando,
que todos los días, a montones,
se encontraba a mujeres, niños,
jóvenes, viejos, de toda condición,
yaciendo muertos en las iglesias;
los enterraban en grandes fosas,
todos juntos, todos apestados.

Los cementerios estaban
tan llenos de cuerpos y de carcasas
que debieron de abrir otros nuevos.
Estas son las terribles noticias.

Hubo muchas ciudades donde
no se veía a muchacho o muchacha,
mujer ni hombre ir o venir,
ni se encontraba a nadie con quien hablar;

*Pour ce qu'ils estoient tuit mort
De celle merveilleuse mort
Et ne gisoient que trois jours
Ou meins c'estoient petis sejours.*

*Et maint en y ot vraiment
Qui mourroient soudeinement
Car ceuls meismes que les portoient
Au moustier pas ne revenoient.*

*Si que tres bien me confessay
De tous les pechiez que lais ay
Et me mis en estat de grace
Pour recevoir mort en la place
S'il pleust a Notre Seigneur.
Si qu'en doubtance et en cremeur
Dedans ma maison m'enfermay
Jusques a tant que je saroie
A quel fin ce porroit venir
Si lairoie Dieu couvenir.*

*Si qu'einsi fui lonc temps en mue
Si comme un esprevier qu'on mue
Et tant qu'une fois entroy
Dont moult forment me resjoy
Cornemuses trompes naquaires
Et d'instruments plus de set paires
Eins repris tantost ma maniere
Et ouvri mes yeus et ma chiere
Devers l'air qui si dous estoit
Et si clers qu'il m'amonnestoit
Que hors ississe de prison
Ou j'avoie este la saison.*

todos habían muerto
de esta muerte horrible:
no se resistía vivo más de tres días
o menos, ¡un plazo corto!

Y eran tantos, en verdad
los que morían súbitamente,
que incluso los que les llevaban
a enterrar ya no volvían jamás.

Así pues me confesé
de todos los pecados que cometí,
y me hallo en estado de gracia
preparado para morir en cualquier hora
si nuestro Señor lo desea:
lleno de sufrimiento y de angustia,
en mi casa he enfermado,
a la espera de saber
qué es lo que será de mí
a la conveniencia de Dios.

Así estuve recluido mucho tiempo
como un gavián al que han escondido,
cuando un día escuché
algo que me alegró:
¡cornamusas, trompas, tambores,
más de siete pares de instrumentos!
Y ya he vuelto a mis costumbres
y he abierto mis ojos y mis sentidos
al aire, que ahora es tan dulce
y claro que me invita
a salir de la prisión
en la que he estado toda la estación.

Avignon era una población muy bien comunicada con el Languedoc y la Provenza, y sus vías terrestres y fluviales, estas a través del río Ródano, enlazaban el sur con el norte francés. Siguiendo hacia el oeste, a finales de abril la peste fue detectada en Toulouse y a principios de mayo en Agen, ya en Aquitania. Por el norte, y siguiendo el Ródano, la peste alcanzó Lyon⁴⁸ (277 km. al norte de Marsella y 229 km. al norte de Avignon) también a finales de abril, y a mediados de julio quedó devastada Givry, población muy cercana a Chalon-sur-Saône, junto al río Saône, situada en la antigua Burgundia (actual Borgoña), unos 120 km. al norte de Lyon.

Desde esta zona, la peste se extendió en varias direcciones: por el norte hacia Dijon, Reims y Nancy. Por el noroeste, la peste contagió Bordeaux a finales de marzo, Rouen a finales de abril y más tarde París⁴⁹; Calais en diciembre, Amiens y Valenciennes en enero de 1349. Al nordeste, hacia Besançon (noviembre), Montbéliard, Mulhouse, Colmar, Strasbourg y el resto de la Alsacia, junto al río Rhin y la región de Lorena, donde llegó en julio de 1349. Por el este, en el Delfinado y el valle de Maurienne (Saboya), en la frontera

⁴⁸ Sobre la rapidez de propagación de la peste, los historiadores acreditan que la velocidad media de esta epidemia fue prácticamente de 2 kilómetros al día. Por ejemplo, en 115 días recorrió los 229 km. que separan Lyon de Avignon. Solamente fueron necesarios 25 días para que la peste alcanzara Perpignan a partir de Narbona (58 kilómetros de distancia). Entre Marsella y París la peste viajó a una velocidad de 4 kilómetros al día; entre Pisa y Florencia (81 kilómetros) necesitó dos meses, 1,35 kilómetros al día; y entre Bristol y Londres viajó a un ritmo de 3,2 kilómetros al día.

⁴⁹ París, la ciudad más grande de Europa, empezó a notar los efectos de la peste a partir del 20 de agosto, aunque probablemente habría sufrido el contagio a finales de junio. El origen más posible estaría en Rouen, que sufría la peste desde finales de abril, o directamente desde Bordeaux.

que bordea los Alpes italianos del Piemonte, la peste empezó a causar grandes mortandades en el mes de junio, aunque el contagio se habría producido dos meses antes.

Sobre la peste en París, es interesante leer el texto del cronista Jean de Venette: *“en el año 1348 el pueblo de Francia y la práctica totalidad del mundo fueron afligidos por una catástrofe parecida a otra guerra. Pues además del hambre y las guerras que reinaban entonces, se añadió la peste y sus atribuladas particularidades. Durante todo ese año, y el siguiente, la mortalidad de hombres y mujeres, de jóvenes aún más que de viejos, en París y en el reino de Francia, y también, según se dice, en otras partes del mundo, fue tan grande que resultaba casi imposible enterrar a los muertos. La gente caía enferma y a los dos o tres días moría de forma súbita... Aquel que estaba bien un día, estaba muerto al siguiente y al otro era conducido al sepulcro. Aparecían hinchazones repentinas en las axilas y en las ingles, a veces en ambas, lo cual era un signo infalible de muerte. Esta enfermedad o pestilencia fue llamada epidemia por los médicos. Nunca nada fue oído, visto ni leído en tiempos pasados como la excepcional mortandad que se produjo entre los años 1348 y 1349. Esta peste y enfermedad vino de la asociación y del contagio, pues si un hombre sano visitaba a un enfermo, aquel raramente escapaba del riesgo de morir.*

Por otro lado, en muchas ciudades, los sacerdotes temerosos dejaron el ejercicio de su ministerio a los religiosos más atrevidos, y en muchos lugares no más de dos entre veinte consiguieron sobrevivir. La mortandad era tan elevada en el Hôtel-Dieu, que durante mucho tiempo fueron trasladados diariamente en carros, con gran dedicación, más de quinientos muertos para ser enterrados en el cementerio de los Santos Inocentes. Un número muy grande de las santas hermanas del Hôtel-Dieu (las jóvenes novicias, llamadas “filles blanches”, hijas blancas), que sin temor a morir cuidaron a los enfermos con toda dulzura y humildad, reposan en paz junto a Cristo.

Durante la epidemia, Dios, en su calidad acostumbrada por conceder su gracia, a pesar de la muerte repentina de los hombres, consiguió que casi todos aguardaran la muerte con alegría y no hubo nadie que muriera sin confesar sus pecados ni recibir el santo viático. Y a la gran ventaja de morir, el Papa Clemente VI, a través de sus confesores, dio y concedió la absolución de sus pecados a muchas ciudades y pueblos fortificados. Los hombres murieron de la manera más dispuesta y dejaron muchas herencias y ganancias terrenales a las iglesias y a las órdenes monásticas, pues en muchos casos vieron morir a sus hijos y herederos antes que ellos.

La peste permaneció en Francia durante la mayor parte de los años 1348-1349, y después cesó. Muchas aldeas y ciudades opulentas quedaron vacías y abandonadas, y muchas casas, incluyendo viviendas espléndidas, cayeron muy pronto en ruinas. Incluso sucedió en París, aunque en menor medida que en otras partes. Tras el cese de la epidemia, pestilencia o peste, los hombres y mujeres que sobrevivieron se casaron unos con otros. No hubo esterilidad entre los hombres, sino muy al contrario, una fertilidad más allá de lo corriente y se vieron mujeres embarazadas por todos lados. De forma inmediata, nacieron muchos gemelos e incluso trigéminos. Pero lo más sorprendente fue que los niños nacidos tras la peste, cuando llegaban a la época de dentición, presentaban solamente veinte o veintidós dientes, mientras que anteriormente, los hombres tenían treinta y dos en total⁵⁰.

⁵⁰ Es realmente curioso el comentario de Jean de Venette, y es de suponer que ignoraba el proceso completo de la dentición, pues hasta los 6 o 7 años, la especie humana sólo posee 20 dientes, la llamada dentición temporal o caduca, comúnmente conocida como “dientes de leche”, la cual es sustituida posteriormente por un total de 32 dientes, que constituyen la dentición definitiva o permanente. Poco más tarde, el médico italiano Giovanni Michele Savonarola, profesor en la Universidad de Padua y Ferrara, escribió *In medicinam practicam introductio*. En ella, quizás copiando a Jean de Venette, se leía que “tras la peste, el número de dientes disminuyó en los hombres y les aparecían 26-28 y no 32”.

Esta disminución me sorprendió grandemente, a no ser que fuera el resultado de la destrucción de una generación humana a causa de la peste y el reemplazo por una de nueva. ¡Ay de mí! ”.

La peste invadió la actual Bélgica desde Francia, y en alguna ocasión desde Inglaterra. Llegó al Condado de Hainaut (fronterizo con Francia) en junio de 1349 y afectó sus ciudades de Tournai y Mons en julio, igual que Lille, actualmente ciudad francesa. En el antiguo Condado de Flandes, integrado por Brujas, Gante y Bergues llegó un poco más tarde, y en Brujas fue reportada a mediados de agosto de 1349, por lo que la contaminación podría haber ocurrido a principios de junio. Gante, la ciudad medieval más grande del oeste europeo tras París y Londres, sufrió la pestilencia en el mismo verano.

La peste entró en Suiza desde Lyon y afectó Ginebra en primer lugar, en agosto de 1348. De allí marchó hacia Nyon, donde se reportó el 20 de septiembre y en Lausanne, el 10 de noviembre. Desde esta ciudad, junto al lago Lemann, se dirigió por el sudoeste, afectando Chillon en diciembre y todo el cantón de Valais, incluyendo la ciudad de Sion. Por el norte también avanzó desde Lausanne: llegó a Berna en febrero de 1349 y a Basilea a principios de mayo. Y marchando hacia el noreste, alcanzó Lucerna a finales de julio. Finalmente, la peste llegó Zurich a mediados de octubre y a Constanza, en el lago del mismo nombre, en diciembre del mismo año.

Para finalizar el artículo sobre la peste negra en Francia, es interesante el texto que aparece en la *Chronique de Saint-Aubin-de-Médoc* (Aquitania), escrita en el año 1348 por un monje agustino originario de Angers, donde puede leerse que *“los más escupían sangre, otros tenían en el cuerpo manchas rojas y oscuras, y de éstos ninguno escapaba. Otros tenían apostemas o tumores en las ingles o bajo las axilas y de éstos, algunos escapaban... y hay que saber que estos enfermos eran muy contagiosos y que casi todos los que cuidaban a los enfermos morían, así como los sacerdotes que recogían las confesiones”*.

Hay que tener en cuenta que para conocer la mortalidad aproximada que sufrió Europa durante la peste negra, son fundamentales los escritos efectuados por religiosos en los que se reporta la mortandad ocurrida en monasterios o abadías, cuyo porcentaje puede ser extrapolado al resto de población y dar una idea sobre la afectación que padeció aquella zona o región. Sin embargo, como bien apunta el historiador noruego Ole Jørgen Benedictow en su libro *The Black Death 1346-1353: The Complete History* (2004), un estudio intensivo sobre el impacto demográfico de la peste negra en Europa, es muy importante saber el momento en que el hipotético religioso fue contagiado por la enfermedad, pues ello daría información sobre el instante en que se originó el contagio en aquella comunidad: *“en el caso de las muertes habidas por los párrocos, de los que se tiene mayor información, es necesario clarificar la composición y duración usual de la cadena ordinaria de eventos en el proceso epidemiológico hasta que se produce la muerte del religioso en su parroquia. El sacerdote podría haberse contagiado directamente al ser picado por una pulga infectada en la casa del moribundo de la parroquia que hubiera visitado. Pero lo más probable, debido al poco tiempo que habría permanecido en aquella casa, sería que una o más pulgas, muchas de ellas infectadas pero sin haber desarrollado aún el bloqueo proventricular, hubieran saltado hasta sus largas y gruesas ropas y se las hubiera llevado con él hasta la parroquia.*

Estas dos posibilidades conducen a dos escenarios marcadamente distintos en el tiempo. En el primer caso, el del párroco que hubiera sido picado por una pulga, este moriría al cabo de unos ocho días (periodo de incubación más duración de la enfermedad mortal), lo cual significaría que un pequeño pero importante número de párrocos habría muerto alrededor de seis semanas después que la primera rata se hubiera infectado de peste.

La cronología sería la siguiente: un promedio de 12 días para la fase epizootica de las ratas; 3-4 días hasta que se produjera la primera transmisión infectiva a cargo de las pulgas hambrientas; 7 días de fase endémica; 5 días hasta llegar al principio de la fase epidémica; 8 días de incubación y desarrollo de la enfermedad para los primeros casos epidémicos (el moribundo que habría sido visitado por el religioso); y 8 días de incubación y muerte del párroco. Todo esto, sumado, daría un total de 43-44 días, o 6,2 semanas, desde que se iniciara el proceso epizootico hasta que muriera el sacerdote.

En el segundo caso, las pulgas requerirían un tiempo para encontrar una rata huésped en la casa del párroco, y si aún no se hubiera producido el bloqueo proventricular, se necesitarían aún unos pocos días para iniciarse el proceso epizootico. Entonces, el proceso básico se repetiría: la fase epizootica provocaría que la colonia de ratas quedara tan diezmada que las pulgas se sintieran atraídas por la sangre humana como fuente de alimento. En este momento, el sacerdote sería rápidamente infectado porque ahora ya formaba parte del ciclo epidemiológico completo. Lógicamente, esta alternativa significaba un aumento en el tiempo a contar desde el momento en que se produjo la primera epizootia, la que afectó directamente al parroquiano moribundo visitado por el párroco, y la muerte de este. En total, habría una diferencia de 60-61 días, o 8,6 semanas”⁵¹.

ii. La peste negra en Italia

En Italia, la peste se declaró en el mes de diciembre de 1347 y se extendió por el país, habitado por unos diez u once millones de personas, a partir de cuatro focos primarios: Reggio Calabria, tras la epidemia de Sicilia; Génova, y ya en enero de 1348, Pisa y Venecia.

Proviendo de Pisa, en febrero se reportaba en Lucca; en marzo llegó a Pistoia y afectaba toda la Toscana, incluida Florencia⁵²; y más al norte, también Bolonia y Modena. Y a partir del mes de junio, Regio Emilia, Parma y Piacenza. Al sur quedaron contaminadas Perugia y Orvieto, en abril; Siena y Ancona en mayo; y al noreste, Rimini en mayo, Cesena y Faenza a principios de junio, y Ferrara en agosto. Desde Génova, el contagio se extendió por las llanuras del norte italiano, en dirección a las regiones alpinas. En abril llegó a Ventimiglia, pequeña población fronteriza con Francia. Y a partir del mes de junio alcanzó la mayoría de poblaciones del norte y centro del país: Varese, en Lombardía⁵³, en agosto, y

⁵¹ 12 días de fase epizootica; 3-4 días hasta transmisión infectiva de pulgas; 7 días de fase endémica; 5 días hasta principio de fase epidémica; 8 días de incubación y enfermedad de los primeros afectados por la epidemia; 2 días hasta que la pulga infectada encontrara una rata huésped en la casa del párroco y la infectara. Y se inicia el ciclo nuevamente: 12 días de fase epizootica; 3-4 días hasta transmisión infectiva de pulgas y 8 días de incubación y enfermedad del párroco.

⁵² Los ciudadanos florentinos fueron exhortados a mantener sus casas y las calles limpias y los carniceros a observar las restricciones municipales en lo referente al sacrificio de animales. Las prostitutas y los sodomitas, parece ser que muy numerosos en aquella época en Florencia, fueron expulsados, y a los visitantes de Génova y Pisa se les obligaba a pagar 500 liras si querían entrar en la ciudad.

Conforme a los preceptos médicos vistos anteriormente, la gente pensaba sobrevivir a la enfermedad si huía, lo cual benefició la expansión brutal de la enfermedad. Finalmente, fue tan grande la cantidad de muertos que se prohibió publicar su número y tocar las campanas en los funerales, para que los ciudadanos sobrevivientes no se abandonaran a la desesperación.

⁵³ Curiosamente Milán, la capital de la Lombardía, quedó prácticamente exenta de esta peste, aunque posteriormente sufriría toda una serie de brotes epidémicos gravísimos. Parece ser que las medidas preventivas y de asilamiento del exterior, cerrando las puertas de entrada y salida de la ciudad, fueron muy eficaces, aunque las fuentes históricas son poco numerosas e imprecisas. Se sabe que el arzobispo milanés Giovanni Visconti tomó medidas severísimas para evitar el contagio: ordenó que las tres primeras casas en

en los siguientes meses todo el Piemonte, reportándose en Turín en el mes de noviembre. Por el sur, la peste negra fue reconocida en Nápoles y toda su provincia en el mes de mayo, pero en Roma no llegó antes del mes de agosto.

En el mes de enero de 1348, la epidemia alcanzó Venecia proveniente de la costa dálmata. Llegó a Split el 25 de diciembre de 1347, y a Dubrovnik 15 días después. El 30 de marzo de 1348, el Consejo veneciano estableció, por primera vez en la historia, una comisión sanitaria constituida por tres nobles, encargados de trabajar “*pro conservatione sanitatis*”.

Se cavaron grandes fosas sobre las islas de arena de la laguna y se organizó un sistema de transporte de cadáveres. Pero ante el peligro evidente que ello acarrearía, los ediles y personal responsable también huyó y dejaron el trabajo por hacer. Más tarde fueron creados unos reglamentos sanitarios que intentaban preservar la salud de la población.

También se engancharon muchos barcos para aislarse de las islas contaminadas, pero la epidemia fue devastadora, igual que en Padua, donde la peste se presentó en el mes de abril. En Verona la sufrieron en mayo y más al norte, en Trento, a partir de junio. En la región de Friuli, junto a las fronteras de Austria y Eslovenia, llegó en agosto.

El erudito, poeta y humanista italiano Francesco Petrarca, que vivió durante un tiempo en Montpellier y Avignon⁵⁴, escribió en su trabajo *Del Triomfo di morte* (tercer “Triunfo” de su obra *Trionfi*) el terrible sentimiento que le producía el recuerdo de aquella pestilencia: “*no me acordaré nunca de este año de 1348 sin derramar una lágrima, que nos arrebató lo que más queríamos; la muerte cortó con su guadaña implacable la vida de criaturas adorables. La posteridad no podrá apenas creer que fue un tiempo durante el cual, sin las tormentas del cielo, sin los fuegos terrestres, sin las guerras, el universo entero fue despoblado sobre toda su superficie. ¿Alguien ha visto u oído nunca explicar una cosa parecida?*”

La peste que devastó la Toscana fue bien documentada por diversos cronistas. Los más destacados fueron Agnolo di Tura, descriptor de la epidemia de Siena; Giovanni y Matteo Villani, Giovanni Boccaccio y Marchione di Coppo Stefano de Florencia. A continuación se añaden extractos de sus crónicas relativas a la peste, todas ellas extremadamente descarnadas, en las que, en algún caso, se ha omitido voluntariamente aquellos pasajes que se repiten en los diversos autores y que no aportan ninguna novedad.

Agnolo di Tura fue cronista de Siena, aunque su oficio era zapatero y más tarde recaudador de impuestos. Se casó con una mujer llamada Nicoluccia, de posición social superior a la suya. La pareja tuvo cinco hijos, y tanto ellos como la esposa murieron a causa de la peste. Tan sólo sobrevivió Agnolo, que escribió una crónica sobre los eventos ocurridos entre los años 1300-1351, basados en observaciones propias y en consultas de los registros oficiales.

“La mortalidad se inició en Siena en mayo de 1348 y fue una cosa cruel y horrible. Y no sé por donde empezar a hablar de crueldad o de acontecimientos despiadados, pues todos quedamos estupefactos ante el dolor generalizado y es imposible que la lengua humana pueda contar otra vez unos hechos tan terribles.

las que apareció la peste fueran tapiadas con sus ocupantes dentro, y tanto sanos, como enfermos y muertos fueron encerrados en una tumba común

⁵⁴ El 6 de abril de 1327, Petrarca conoció en la iglesia Sainte-Claire d’Avignon, “*a primera hora de la mañana*”, a su musa Laura, de diecinueve años de edad, probablemente Laura de Noves (o quizás un personaje anónimo idealizado), esposa del Conde Hugues de Sade. Según Petrarca, que se encontraba en Verona en aquel momento, la muerte de Laura, sin duda a causa de la peste, ocurrió “*en la misma ciudad, en el mismo mes de abril, en el mismo día seis y en la misma hora de 1348 fue apagada su luz de este mundo*”.

De hecho, para quien no hubiera visto tan horrible espectáculo, podría considerarse que estaba bendecido, pues las víctimas morían casi de manera inmediata. Aparecían hinchazones bajo las axilas y las ingles y caían muertos mientras hablaban. El padre abandonó al hijo, el marido a la esposa y un hermano al otro y parecía que esta enfermedad pudiera contagiarse con la respiración y la vista.

Muchos murieron y nadie podía encontrar quien enterrara a los muertos, ni por dinero ni por amistad. Los miembros de la propia familia llevaban a sus muertos a las zanjas como mejor podían, sin sacerdotes que celebraran el oficio divino. No sonó ni una sola campana para anunciar las defunciones. En muchos lugares fueron cavados grandes hoyos y llenados completamente por multitud de cadáveres, pues morían a centenares durante el día y la noche, y todos fueron lanzados a estas zanjas y cubiertos con tierra. Y cuando éstas quedaban repletas se cavaban otras nuevas.

Y yo, Agnolo di Tura, llamado “el gordo”, enterré a mis cinco hijos con mis propias manos. Y había otros que cubrieron a los suyos con tan poca tierra que los perros arrastraban los cadáveres y los devoraban, lo cual sucedió con muchos cuerpos. Nadie lloraba por los desaparecidos pues la muerte aguardaba a todos. Y tantos murieron que todos creyeron que era el fin del mundo y no sirvió de nada ninguna medicina ni prevención. Los responsables de la Comuna de Siena seleccionaron tres ciudadanos y les entregaron mil florines para que atendieran a los enfermos pobres y los enterraran. Y era todo tan horrible que incluso yo, el escritor, si pienso en ello, no puedo proseguir con el relato. Esta situación se mantuvo hasta septiembre, demasiado tiempo para escribir sobre ella. Se tiene la idea que durante este periodo murieron en Siena 36.000 personas de veinte años, o menos, y sumados al resto de población, de edad superior, un total de 52.000, todos en la ciudad; y en los suburbios, 28.000 personas más, de manera que la mortandad alcanzó a 80.000 personas. En esta época vivían en Siena y sus suburbios más de 30.000 hombres. Después de la enfermedad quedaban menos de 10.000.

Y los que sobrevivieron parecían personas locas y sin sentimientos. Muchas viviendas quedaron vacías y fueron abandonadas muchas pertenencias, incluso la plata, el oro o el cobre que existía en el territorio de Siena. En el campo murió mucha más gente, y tierras y aldeas quedaron vacías pues nadie permaneció ahí. No escribiré sobre el horror que sucedió en estos lugares, donde los lobos y las bestias salvajes se comieron los cadáveres mal enterrados, ni de otras crueldades que serían demasiado dolorosas para quien las leyera...

Siena parecía deshabitada pues casi nadie se encontraba en la ciudad. Entonces, cuando la peste disminuyó sus efectos, los sobrevivientes dieron rienda suelta a todos los placeres: monjes, sacerdotes, monjas, hombres de leyes y mujeres en general gozaron de todo, sin preocuparse del gasto ni del juego, pues todos pensaron que eran ricos por haber escapado de la muerte y haber ganado el mundo.

Tras la gran peste, cada persona vivió según su propio capricho y cada uno buscó su placer, comiendo y bebiendo, cazando, cogiendo pájaros y jugando. Y todo el dinero cayó en manos de “nuevos ricos”. Y nadie entendió cómo fue posible el permitirse no hacer nada... Incluso el importante y noble proyecto de agrandar la catedral de Siena, iniciado unos años atrás, fue abandonado...

Sobre la peste en Florencia, Giovanni Villani describió detalles de la infección y el trabajo infructuoso de los religiosos: “era una enfermedad que mataba al hombre en tres días. En la ingle o en las axilas aparecían unas glándulas llamadas “gavoccioli”. Otros enfermos eran llamados “bozze” y lanzaban esputos sanguinolentos.

El sacerdote que confesaba a los enfermos se contagiaba rápidamente de la pestilencia, de modo que estos eran abandonados de confesión, sacramento, medicina y vigilancia. Para consolar a los moribundos, el Papa promulgó un decreto en el que perdonaba las culpas y las penas a los sacerdotes que confesaran y administraran los sacramentos a los enfermos, los visitaran y los cuidaran.

Y esta pestilencia duró hasta (...) ⁵⁵ y dejó a la gente desolada en muchas provincias y ciudades. Por esta pestilencia, para que Dios la cesara y evitara que fuera infectada nuestra ciudad de Florencia y su entorno, se hizo una solemne procesión en el mes de marzo de 1347.

Matteo, el hermano de Giovanni Villani, informó sobre la muerte de este en el libro Primero de su obra, capítulo primero, cuando explicaba que la peste alcanzó Florencia, detectándose los primeros casos en el mes de abril de 1348 (en realidad fue en marzo) y manteniéndose la epidemia hasta septiembre de dicho año. Matteo añadía que *“habiendo empezado en nuestra ciudad de Florencia, nos sirvió la experiencia vivida por otros muchos que tuvieron la precaución de marchar a lugares solitarios, donde hubiera un aire puro y no se sospechara la presencia de personas infectadas, abasteciéndose de todas las cosas sanas para vivir.*

En diversos lugares, el juicio divino se abatió sobre aquellos que no se habían precavido de esta manera. Murió en la ciudad y el distrito de Florencia gente de todo sexo y de toda edad, el pueblo bajo, medio o alto. Sobre esta pestífera enfermedad, los médicos, en ninguna parte del mundo, tuvieron argumentos ni curación veraz, ni mediante la filosofía natural, la física o el arte de la astrología. Algunos, para ganarse la vida, visitaban a los enfermos y les recetaban sus remedios, pero vista la mortandad que seguía produciéndose, sólo demostraban que su arte era ficticio e ineficaz”.

Sobre esta peste de Florencia es fundamental la obra de Giovanni Boccaccio ⁵⁶, *Decamerón*, cuya acción se desarrolla en el año 1348, justo en el momento en que la peste desolaba la ciudad: diez jóvenes, tres hombres y siete mujeres, entre las cuales aparecía una tal Fiammetta, figura central de la obra, se reunían en la iglesia de Santa Maria Novella ⁵⁷ y tomaban la decisión de retirarse a una villa alejada de la ciudad para escapar de la peste. Para evitar recordar los horrores pasados, los jóvenes se relatan cuentos unos a otros ⁵⁸ en esta casa. En total, permanecieron en ella catorce días y se contaron historias durante diez, pues viernes y sábado descansaban. De ahí el título de la obra, *Decamerón*, que en griego significa “diez días”. Cada jornada, uno de los jóvenes tomaba el papel de “rey” y decidía el tema sobre el que versarían los cuentos, excepto el primero y noveno día, que fueron de inspiración libre. En total se contaron cien relatos de extensión desigual.

⁵⁵ Giovanni Villani no rellenó el año en que cesó la peste pues él murió de esta enfermedad en 1348, cuando la epidemia se encontraba en su momento álgido.

⁵⁶ Boccaccio describió magníficamente la gran peste de Florencia en su obra *Decamerón* (1349-1352), que obtuvo un gran éxito, a pesar de no haber sido testimonio directo de la misma. Su madrastra murió de esta enfermedad y al año siguiente también murió su padre, por lo que él se estableció de manera definitiva en Florencia para ocuparse de los bienes heredados.

⁵⁷ *“En la venerable iglesia de Santa María Novella, un martes por la mañana, se encontraron siete mujeres jóvenes, todas entre sí unidas por amistad, vecindad o parentesco, de las cuales ninguna había pasado el vigésimo octavo año ni era menor de dieciocho, discretas todas y de sangre noble y hermosas de figura y adornadas con ropas y honestidad gallarda”.*

⁵⁸ Quizás lo hicieron siguiendo el famoso consejo de los *Regimina sanitatis* en que se aconsejaba evitar los accidentes del alma y “huir” de sentimientos negativos que influían en la aparición de enfermedades: era necesario encontrar “alegría y felicidad”. Como se ha visto anteriormente, Gentile da Foligno recomendaba “melodías, cantos, historias y otros placeres similares”, pues reconfortaban el espíritu y el corazón.

Boccaccio describió esta peste en la “Primera Jornada”. Se lamentaba que su obra se iniciara con el recuerdo triste y doloroso de la mortandad pasada, “*universalmente funesta y digna de llanto para todos aquellos que la vivieron o que de otros modos supieron de ella. Pero este principio “tenebroso” no era más que “una montaña áspera y empinada después de la cual se halla escondida una llanura hermosísima y deleitosa que es más placentera cuanto mayor ha sido la dureza de la subida y la bajada. Y así como el final de la alegría suele ser el dolor, así las miserias se terminan con el gozo que las sigue...*”

Ya habían llegado los años de la fructífera Encarnación del Hijo de Dios al número de mil trescientos cuarenta y ocho cuando a la egregia ciudad de Florencia, nobilísima entre todas las otras ciudades de Italia, llegó la mortífera peste que, por obra de los cuerpos superiores o por nuestras acciones inicuas, fue enviada sobre los mortales por la justa ira de Dios para nuestra corrección. Esta había comenzado algunos años antes en las partes orientales, privándolas de gran cantidad de vivientes y continuándose sin descanso, de un lugar a otro, extendiéndose miserablemente a Occidente.

No ocurría como en Oriente, donde era manifiesta e inevitable la muerte a quien le salía sangre de la nariz, sino que al principio nacían ciertas hinchazones en las ingles o bajo las axilas a varones y hembras, que eran llamadas bubas por el pueblo, y algunas crecían hasta alcanzar el tamaño de una manzana y otras de un huevo. De las dos dichas partes del cuerpo, en poco tiempo empezaba la mortífera buba a extenderse, e inmediatamente la dicha enfermedad presentaba manchas negras o lívidas que aparecían en los brazos, en los muslos y en cualquier parte del cuerpo, a unos grandes y escasas y a otros menudas y abundantes⁵⁹. Y así como la buba había sido y seguía siendo indicio certísimo de muerte futura, lo mismo era indicio para quienes sobrevivían. Para curar tal enfermedad no parecía que valiese ni aprovechase el consejo de médico ni virtud de medicina alguna.

Esta pestilencia tuvo mayor fuerza porque los que estaban enfermos se abalanzaban sobre los sanos, contactándose, igual como hace el fuego sobre las cosas secas y engrasadas cuando se le acercan mucho. Y más allá llegó el mal: pues no solamente el hablar y el tratar con los enfermos contagiaba la enfermedad a los sanos, sino también tocar los paños o cualquier otra cosa que hubiera sido manoseada o usada por aquellos enfermos, que parecían llevar el contagio consigo.

Por tales cosas y bastantes otras semejantes a éstas, y mayores, nacieron en los que quedaban vivos miedos e imaginaciones, y casi todos se inclinaban a un remedio muy cruel como era esquivar y huir a los enfermos y a sus cosas; y haciéndolo, cada uno creía que conseguía la salud para sí mismo. Había algunos que pensaban que lo mejor era vivir moderadamente y guardarse de todo lo superfluo, pues esto debía ofrecer gran resistencia a la enfermedad. Reunida su compañía, vivían separados de todos los demás, recogidos y encerrados en casas donde no hubiera ningún enfermo y pudiera vivirse mejor, usando con gran templanza de comidas delicadísimas y de óptimos vinos. Huían de todo exceso, sin dejarse hablar por nadie ni querer oír noticias de fuera, ni de muertos ni de enfermos, entreteniéndose con el tañer de los instrumentos y con los placeres que podían tener.

Otros, al contrario, afirmaban que la medicina certísima para tanto mal era beber mucho y gozar, y andar cantando, de paseo, divirtiéndose y satisfaciendo el apetito con todo aquello que se pudiera, y reírse y burlarse de todo lo que sucediera. Y tal como decían lo ponían en obra, yendo de día y de noche ora a esta taberna, ora a la otra, bebiendo inmoderadamente y sin medida, y mucho más en las casa ajenas, haciendo solamente las cosas que les servían de gusto o placer. Todo lo cual podían hacer fácilmente porque todo

⁵⁹ Posiblemente se tratara de peste septicémica.

el mundo, como quien sabe que no seguirá con vida, había abandonado sus cosas igual que a sí mismo, por lo que la mayoría de las casas se habían hecho comunes y tanto las usaba el extraño como el propio dueño. Con este comportamiento de fieras se huía de los enfermos tanto como se podía. Y en tan gran aflicción y miseria estaba la autoridad de las leyes, la divina y la humana, caída y deshecha, pues sus ministros y ejecutores estaban enfermos, o muertos, que se habían quedado carentes de servidores y no podían efectuar oficio alguno. Por lo cual le era lícito a todo el mundo hacer lo que le viniese en gana.

Algunos eran de sentimientos más crueles y decían que ninguna medicina era mejor ni tan buena contra la peste que huir de ella; movidos por este argumento únicamente se cuidaban de sí mismos y muchos hombres y mujeres abandonaron su ciudad, sus casas, sus posesiones y sus parientes, y buscaron las ajenas, siempre en el campo, como si la ira de Dios no fuera a perseguirlos para castigar la iniquidad de los hombres; como si únicamente quisiera oprimir a los que se hallaran intramuros, como avisando que ninguna persona debía quedar en la ciudad sin ser llegada su última hora. Y aunque de estos que opinaban así no murieron todos, tampoco todos se salvaron: enfermaron muchos y en muy distintos lugares y languidecían cuando eran abandonados por los demás. Y no hablemos ya de los ciudadanos que esquivaban a los otros, pues casi ningún vecino tenía cuidado del otro, o de los parientes que raramente, o nunca, se visitaban; y si lo hacían, de lejos.

Respecto a los que enfermaban, que eran una gran multitud, tanto hombres como mujeres, no les quedaba más auxilio que la caridad de los amigos, que eran pocos, o la avaricia de los criados, que los servían a cambio de grandes salarios y abusivos contratos. Aunque, en realidad, se encontraban pocos, la mayoría de ellos de tosco ingenio y poco acostumbrados a tal servicio, pues casi no servían para otra cosa que llevar a los enfermos algo que pidieran o mirar a su señor mientras moría, y ellos mismos se perdían con tal servicio, enfermando y muriendo como los demás. Al estar abandonados los enfermos por sus vecinos, parientes y amigos, y haber escasez de sirvientes, se siguió una costumbre nunca oída: que a ninguna mujer que enfermaba, por bella, gallarda o noble que fuera, le molestaba tener a su servicio un hombre, fuese o no fuese joven, ni mostrarle en caso que la enfermedad lo requiriera, sin ningún rubor, todas las partes de su cuerpo, igual que lo hubiera hecho a una mujer de confianza.

Era costumbre, igual que ahora, que las mujeres parientes y vecinas se reuniesen en casa del muerto y allí llorasen con las más allegadas; y delante de la casa del muerto se reunían parientes, vecinos y ciudadanos varios y, según su categoría, también acudía el clero, y era llevado a hombros hasta la iglesia elegida, donde se oficiaba el funeral con pompa y hermosos cánticos. Mas luego que la peste empezó a atacar con ferocidad, cesaron estas prácticas, de manera que las gentes morían sin tener mujeres que las velaran y eran muchos los que de esta vida pasaban a la otra sin testigos. Poquísimos eran aquellos que obtuvieron llantos piadosos y amargas lágrimas de sus parientes, y en lugar de ellas eran frecuentes las risas y las agudezas y el festejar en compañía.

Eran raros aquellos cuerpos que fueron acompañados a la iglesia por más de diez o doce vecinos o parientes, que no eran llevados a hombros de honrados y amados ciudadanos, sino por una especie de sepultureros, reclutados entre la gente baja, los faquines, que hacían este servicio a sueldo, poniéndose bajo el ataúd y llevándolo con presurosos pasos a la iglesia más cercana y no a la dispuesta por el muerto. A veces, el cortejo era encabezado por cuatro o seis clérigos, todos con pocas luces o ninguna, y con ayuda de los dichos faquines, sin cansarse en un oficio demasiado largo o solemne, enterraban al muerto en cualquier sepultura desocupada, la primera que encontraban.

Sobre la gente baja, y tal vez la mediana, el espectáculo era aún más miserable, pues ya fuera por la esperanza o por la pobreza, quedaban retenidos la mayoría en sus casas, permaneciendo en sus barrios y enfermando a miles diariamente, y sin ser servidos ni ayudados por nadie, morían todos sin redención alguna. Muchos acababan en la vía pública, de día o de noche; y otros, que fallecían en sus casas, hacían sentir a sus vecinos que estaban muertos por el hedor corrompido de sus cuerpos. Era muy frecuente la costumbre de los vecinos, movidos más por el temor de la corrupción de los muertos que por el amor que sintieran por los finados, que ellos mismos, o con ayuda de algunos acarreadores, sacaran de sus casas los cadáveres y los pusieran delante de sus puertas, y especialmente por las mañanas podían verse un gran número de ellos. Hasta allí se hacían venir los ataúdes y fueron necesarios tantos que hubo casos en que si estos faltaban, se ponía el cadáver sobre una tabla. Tampoco fue un único ataúd el que se llevó juntas a dos o tres personas; ni sucedió una sola vez que estuvieran juntos la mujer y el marido, los dos o tres hermanos, o el padre y el hijo.

Muchas veces sucedió que andando dos curas con una cruz, se pusieran detrás de tres o cuatro ataúdes conducidos por fajines para acompañarlos al cementerio. Y donde los curas creían tener un muerto por sepultar, tenían seis u ocho, o tal vez más. Como la mortandad era enorme, todos los días y a casi todas las horas se enterraba a gente diversa; y como la tierra sagrada de las iglesias no era suficiente, pues toda estaba llena, se abrieron unas fosas grandísimas en las que se apilaban a centenares, puestos estibados, como se colocan las mercancías en las naves, en capas apretadas y con poca tierra se recubrían hasta que se llegaba a ras de suelo.

En el campo circundante no se ahorraron las mismas fatalidades, pues dejando los burgos, semejantes en su pequeñez a la ciudad, los labradores morían por las aldeas esparcidas míseros y pobres, igual que sus familias, sin trabajo de médico ni ayuda de servidores. Quedaban tendidos en calles, collados y casas, de día o de noche, indiferentemente, no como hombres, sino como bestias. Por lo cual estos aldeanos, tan disolutas sus costumbres como las de los ciudadanos, no se ocuparon de ninguna de sus cosas o haciendas. Y todos, como si esperasen ver venir la muerte ese mismo día, se esforzaban con todo su ingenio en consumir lo que tenían a mano en vez de ayudar en los futuros frutos de los animales y de la tierra y de sus pasados trabajos. Bueyes, asnos, ovejas, cabras, cerdos, pollos y hasta los fidelísimos perros del hombre, fueron expulsados de las propias casas y vagaban por los campos como más les placía, entre las cosechas abandonadas y sin recoger. Muchos de ellos, después de haber pastado a su antojo durante el día, regresaban por la noche a sus casas sin ninguna guía de pastor.

¿Qué más puede decirse, sino que tanta y tal fue la crueldad del cielo, y tal vez en parte la de los hombres, que entre la fuerza de la pestífera enfermedad, y por ser muchos enfermos mal servidos o abandonados en su necesidad por el miedo que tenían los sanos, a más de cien mil criaturas humanas se tiene por cierto que dentro de los muros de Florencia les fue arrebatada la vida entre los meses de marzo y julio? ¡Oh, cuántos grandes palacios, cuántas bellas casas, cuántas nobles moradas llenas de gentes, señores y damas, quedaron vacías hasta del menor infante! ¡Oh, cuántos memorables linajes, cuántas amplísimas herencias, cuántas famosas riquezas se vieron sin sucesor legítimo! ¡Cuántos valerosos hombres, cuántas hermosas mujeres, cuántos jóvenes gallardos a quienes Galeno, Hipócrates o Esculapio hubiesen juzgado sanísimos, desayunaron con sus parientes, compañeros y amigos, y llegada la tarde cenaron con sus antepasados en el otro mundo!

Otro de los relatos más conocidos es el de Marchionne di Coppo Stefani, en realidad Baldassarre de' Bonaiuti, un cronista de Florencia, autor de *Cronaca fiorentina*, en la cual narraba la historia de Florencia desde la creación del mundo hasta el año 1384. Los

capítulos (o “rúbricas”) que tratan sobre la peste son el 643 y 644, titulados “Acerca de la mortandad en la ciudad de Florencia en la cual murió mucha gente” y “Cuantos de los muertos fallecieron de la peste en el año de Cristo de 1348”:

“En el año del señor de 1348 se presentó una peste muy grave en la ciudad de Florencia y en su distrito. Fue de tal furia y tan tempestuosa que incluso en las casas que tenían criados sanos, a los que se había aislado del exterior, murieron de la misma enfermedad. Casi ningún enfermo sobrevivió más allá del cuarto día y ni los médicos ni las medicinas resultaron eficaces. Tal vez porque se trataba de una enfermedad desconocida, o quizás porque los médicos no habían tenido ocasión de estudiarla previamente, el caso es que parecía que no tuviera solución. El miedo era tan grande que nadie sabía qué hacer y cuando afectaba una casa nadie permanecía en ella excepto el enfermo. Y justo cuando morían los hombres o las mujeres, empezaban a morir los animales sensibles a la enfermedad, como perros, gatos, pollos, bueyes, ovejas y asnos, que mostraban los mismos síntomas y morían de la misma enfermedad. Y casi nadie, o muy pocos de los que se contagiaron de esta enfermedad terminaron sanando.

Los médicos no podían ser encontrados pues habían muerto como el resto de ciudadanos. Y los que aún permanecían vivos pedían grandes sumas de dinero, por adelantado, antes de entrar en las casas. Cuando lo hacían, tomaban el pulso con el rostro vuelto hacia atrás e inspeccionaban la orina a distancia y con algún producto odorífero bajo la nariz.

En toda la ciudad no había nada que hacer excepto enterrar a los muertos, que ni tuvieron confesor ni recibieron los sacramentos, y muchos fallecieron sin que nadie se ocupara de ellos. Otros muchos murieron de hambre, pues cuando presentaron los primeros síntomas de la enfermedad, los de la casa, aterrorizados, dijeron: “vamos a buscar al doctor”, y marchaban lentamente hacia la puerta, giraban a la izquierda y ya no regresaban. Abandonados por los suyos, sin alimento pero acompañados por la fiebre, se debilitaban hasta fallecer.

Hubo muchos que abandonaron a sus parientes aprovechando la oscuridad de la noche. Estos le decían a la persona enferma que procurara no despertar a los criados, que trabajaba duramente durante el día y la noche. Que tomara golosinas, vino o agua. Ellos estarían vigilando en la cabecera de la cama, tapados con mantas. Y cuando la persona enferma se dormía, entonces la dejaban y ya no regresaban.

Si el alimento le aprovechaba durante la noche y se mantenía vivo y con fuerzas, procuraba alcanzar la ventana. Si la calle no era de las grandes, podía pasarse allí más de media hora sin que nadie pasara por delante. Y si finalmente se acercaba alguien y él tenía suficientes fuerzas para gritar y ser oído, a veces obtenía respuesta y a veces no, pero nunca recibía ayuda. Nadie, o muy pocos, tenían valor para entrar en una casa donde no hubiera enfermos, y mucho menos lo hacían, por tanto, en una casa con un apestado dentro. Y ellos se decían entre sí: “está perdido, no le habléis”, y aún iban más lejos, “está así porque en su casa hay un bubón”, que es así como llaman a la hinchazón.

Muchos murieron sin que nadie los viera y permanecieron en sus camas hasta que apestaban. Los vecinos, si aún quedaba alguno, percibiendo el hedor, lo tapaban con una sábana y avisaban para que lo enterraran. La casa permanecía abierta pero nadie se atrevía a entrar ni tocar nada, pues pensaban que los objetos seguirían envenenados y quienquiera que los utilizara acabaría enfermando.

En cada iglesia, o en la mayoría de ellas, se cavaron fosas profundas, por debajo de la línea de agua, de par en par y de tamaño variable en función de lo grande que fuera la parroquia. Los allegados de los muertos los llevaban de noche, cargados a sus espaldas y

los lanzaban a la zanja; o bien pagaban altos precios para que otros hicieran este trabajo. A la mañana siguiente, si quedaban muchos cuerpos en el foso, los cubrían con cualquier material. Y entonces se ponían más cuerpos encima y se tapaban de nuevo. Se ponía una fila después de otra igual que se ponen capas de queso en una lasaña.

Los “beccamorti” (literalmente, buitres) que llevaban a cabo este servicio fueron pagados a un precio tan alto que muchos de ellos se enriquecieron. Muchos murieron mientras llevaban a los muertos, algunos ya ricos, y otros después de ganar sólo un poco, pero los precios altos se mantuvieron firmes.

Los sirvientes, o aquellos que se encargaba del cuidado de los enfermos, cobraban entre uno y tres florines por día y el precio de los productos aumentó. Lo que comía el enfermo, caramelos y azúcar, tenía un precio prohibitivo. El azúcar costaba de tres a ocho florines por libra y otros dulces costaban lo mismo. Los capones y otras aves de corral también eran muy caros y los huevos costaban entre doce y veinticuatro peniques cada uno. Y sería bendecido aquel que encontrara tres huevos al día, incluso si buscaba por toda la ciudad. Encontrar cera era un auténtico milagro, y una libra de este producto podría haber costado más de un florín si el gobierno comunal no hubiera puesto una tienda específica para que perdurara la vana ostentación de los florentinos de portar velas en los funerales. De todas maneras, fue ordenado que en los entierros sólo se llevaran dos cirios como máximo. Los “beccarmorti” y los distribuidores especializados vendían féretros, paños mortuorios y resto de implementos fúnebres a precios muy altos. Se vestían de luto, como de costumbre, con un paño de lana de precio costoso, un capote largo y una capa; y para las mujeres un velo, que en tiempos normales podía costar tres florines, aumentó de precio hasta llegar a los treinta e incluso a los cien. Los ricos se vistieron con lana modesta y los pobres con cosidos de lino.

Los precios de los bancos donde se depositaban los muertos estaban por las nubes y no se encontraban más que una centésima parte de los necesarios. Los sacerdotes no podían tocar las campanas aunque quisieran, pues el gobierno dispuso unas ordenanzas en las que se desaconsejaba su uso. También se mostró contrario a la venta de bancos y prohibió que los avisos fueran comunicados a gritos, pues los enfermos podían oírlos y quedar deprimidos, lo cual también sucedía con los sanos. Los sacerdotes y frailes acudían a servir a los ricos en gran número, por lo cual recibían grandes pagos y se enriquecían. Finalmente, las autoridades prescribieron que el número máximo de frailes que podían officiar en la iglesia parroquial local fuera de seis.

En la ciudad se prohibió la venta de todas las frutas que tuvieran un hueso en el centro, como ciruelas inmaduros o almendras sin pelar, habas frescas, higos y toda fruta inútil o malsana. Se llevaron a cabo muchas procesiones, algunas portando reliquias o mostrando la tabla pintada de Santa Maria Impruneta, con toda la ciudad pidiendo la “Gracia” y rezando hasta que se detenían en la Piazza dei Priori. Entonces pedían perdón y se hacían las paces en referencia a los grandes enfrentamientos del pasado, incluso los que habían ocasionado heridos o muertos.

Esta peste desalentó y aterrorizó de tal manera que los hombres prefirieron unirse para tener cierto confort e incluso comer juntos. Y cada tarde uno de ellos proveía comida para diez compañeros y planeaban la siguiente cena en casa de otro. Y a veces ocurría que no podían reunirse porque el anfitrión caía enfermo; o si se preparaba comida para diez, dos o tres faltaban porque habían muerto. Algunos huyeron a las segundas residencias y otros a las aldeas para cambiar de aire, siempre que no hubiera peste. Y si esta ya se había presentado, aumentaban los contagios.

En Florencia ningún gremio presentaba actividad; todas las tiendas fueron cerradas igual que las tabernas. Sólo permanecieron abiertas las boticas y las iglesias, y si se salía a pasear no se encontraba a nadie. Esta gran mortandad enriqueció a boticarios, doctores, vendedores de aves de corral, “beccamorti” y sobre todo a verduleros que vendían cataplasmas de malva, de ortigas, de mercurio y de otras hierbas necesarias para tratar la enfermedad.

Muchos laneros y vendedores de paños se encontraron con mucha mercancía a su disposición, pues el empresario para quien trabajaban había muerto. Entonces la vendían a cualquiera que pagase el precio acordado, quedándose con toda la ganancia. Cuando cesó la mortandad, todos aquellos que disponían paños o materia prima para fabricarlos se enriquecieron.

La peste se inició en el mes de marzo de 1348 y concluyó en septiembre. Entonces la población que había huido regresó para ocuparse de sus casas y pertenencias. Y quedaron tantas viviendas opulentas sin amo que uno quedaba estupefacto. Entonces aparecieron aquellos que pretendían heredar estas riquezas. Y eran tantos los que sin hacer nada se convirtieron en ricos, de manera impropia, que se vieron muchos hombres y mujeres que vestían de manera ostentosa.

Cuando a principios de octubre se comprobó que no se producían más fallecimientos por causa de la peste, el obispo de Florencia y los responsables del gobierno municipal pidieron que se investigara formalmente la mortandad acaecida. Se reportó que entre marzo y octubre, entre mujeres, niños y adultos habían muerto 96.0000 personas”.

iii. La peste negra en la Península Ibérica

Antes que llegara la peste, la población de los reinos de la Península Ibérica estaba estimada en unos seis millones de habitantes, más un millón y medio en el reino de Granada. La mortalidad pareció ser menor en este territorio que en Italia y más severa que en Francia.

El inicio de la invasión se produjo en la isla de Mallorca en diciembre de 1347. Tuvo su origen en un barco proveniente de Marsella, que probablemente habría llegado en la segunda semana de septiembre, o quizás a otras embarcaciones que, procedentes de Montpellier, llegaron durante la primera mitad de diciembre. Según el historiador Álvaro Santamaría Arández⁶⁰, la epidemia se manifestó por primera vez en la villa de Alcudia a finales de marzo de 1348 y alcanzó su mayor violencia a finales de abril. En este caso, curiosamente, no se acusó a los judíos de ser los causantes de la enfermedad, pero en cambio hubo una cierta persecución contra un esclavo turco de Alcudia al que se consideró un posible agente del contagio.

A partir de Mallorca, la epidemia se extendió por otros territorios, por vía marítima y también terrestre. En enero de 1348, la peste había contagiado el Rosellón, y a 20 de abril, el rey aragonés Pere IV declaró que, efectivamente, tuvo su origen en Mallorca. Pronto se presentó en Perpignan, probablemente en marzo o principios de abril, aunque el contagio se habría producido en enero, adquiriendo proporciones epidémicas hasta el mes de junio. A principios de abril también afectaba el valle pirenaico de la Cerdeña, probablemente introducido a mediados de febrero, y a primeros de mayo murió el obispo de la Seu d’Urgell, aparentemente por causa de la peste.

⁶⁰ *La peste negra en Mallorca*, VIIIº Congreso de Historia de la Corona de Aragón (1967)

A principios de mayo fueron hechas procesiones religiosas en Barcelona. Probablemente, el contagio se habría producido en la primera semana de marzo, proveniente del Rosellón o quizás de Mallorca. En Gerona, al norte de Barcelona, la peste fue detectada a primeros de mayo, proveniente sin duda del Rosellón, igual que en Camprodón y Vic, y al mismo tiempo en Tarragona, quizás importada de Mallorca. En estas ciudades se sufrió una intensa epidemia durante los meses de junio y julio, que decayó en agosto. En Valencia la peste también fue declarada en mayo, aproximadamente tres semanas después que en Barcelona, y su origen también pudo ser Mallorca.

Se tiene la convicción que la epidemia fue muy grave en el reino vecino de Murcia, donde comarcas enteras quedaron despobladas. Marcelino V. Amasuno Sárraga, historiador español especializado en el estudio histórico de la peste, y autor de la documentadísima obra *La Peste en la Corona de Castilla durante la segunda mitad del siglo XIV* (1996), encontró datos en el Archivo Municipal de Murcia acerca del impacto de la peste en este territorio.

De él se deduce el estado crítico en que se encontraba este territorio tras la epidemia, pues en una carta del rey Pedro I se concedía una exención en el pago de la alcabala, el impuesto que más ingresos producía a la Hacienda Real: *“Y parando mientes al estado de la tierra e veyendo como es pobre, e otrosi, la mengua que ovo en la mi tierra por la mortandat que acaesçio e aviendo piedat della, acordamos que se cogiese alcavala este año para estos menesteres en todos mios regnos del pan e del vino e de la carne tan solamente e non de otras cosas ningunas de las que cogian fasta aquí”*.

Desde Valencia, el contagio pasó a Teruel, que según el rey aragonés fue afectada el 20 de julio. Después marchó hacia Calatayud, donde llegó el 25 de octubre, y por el norte a Zaragoza, que habría sido contagiada con toda probabilidad desde Lleida en la segunda mitad de septiembre o principios de octubre. En su marcha imparable se presentó en Borja, Tarazona y después Soria y toda Castilla la Vieja. La población oscense de Almudévar fue afectada el 27 de septiembre y la capital, Huesca, entre septiembre y noviembre. Hacia el norte, en los Pirineos, llegó al monasterio de San Juan de la Peña en el mes de diciembre.

De Borja partió hacia Navarra, llegando a Tudela en el mes de mayo, aunque el contagio pudo llegar proveniente del Rosellón y de los territorios franceses. El caso es que en octubre de 1349 ya estuvo afectado todo el reino.

A esta peste le siguió una intensa hambruna, que se prolongó hasta 1350 debido a la gran cantidad de campos que, faltos de simiente, bestias y brazos, quedaron incultos⁶¹. Además, los fríos del otoño echaron a perder la cosecha de uva en gran parte de Navarra.

Según cuenta el autor navarro Peio J. Monteano en su obra *La ira de Dios. Los navarros en la Era de la Peste* (2002), la “mortandad” consiguió desorganizar la vida económica, como si la industria y el comercio también hubieran sucumbido a la enfermedad. Además, tras los desajustes sociales causados por la epidemia se desató una enorme ola de criminalidad. Las bandas de delincuentes navarros, alaveses y guipuzcoanos infestaban el país y las incursiones hacia la frontera castellana, llamada “frontera de los malhechores”, se hicieron cada vez más osadas: *“y es que, atenzados por la miseria, muchos campesinos arruinados encontraron en el bandolerismo la única forma de sobrevivir”*.

⁶¹ El descenso demográfico en Navarra fue tan grave, se habla de un 78%, que el rey pidió a los estados europeos que lo ayudaran a repoblarla. De esta manera llegó población procedente de Polonia, que se asentó en los alrededores de la iglesia-fortaleza de Ujué. Y aún hoy en día existen descendientes de aquellos polacos, como el caso de la familia de mi propia abuela materna, cuyo apellido, Nicolay, se ha mantenido vivo durante más de 650 años.

El centro y norte de la península fueron afectados a partir del año 1349; en Madrid, durante la primavera y, en Toledo entre los meses de junio y julio. A finales de año y principios de 1350 se instaló en tierras andaluzas.

Por el noroeste, la peste atacó con fuerza Santiago de Compostela, centro religioso que recibía multitud de peregrinos. Probablemente, el contagio provenía de La Coruña, puerto donde desembarcaban los fieles que iban a visitar la tumba de Santiago, y es posible que a su vez la enfermedad tuviera su origen en Bordeaux, en la costa atlántica francesa, donde la epidemia ya estaba instalada. El obispo de Santiago murió el día 22 de junio y el obispo de Tuy unos cuatro días antes, por lo que se entiende que la ciudad sufriría el contagio a principios de abril. En Galicia también fueron afectadas las ciudades de Bayona y en todo el obispado de Orense se tiene constancia de una gran disminución de labradores, quedando muchas tierras abandonadas. La peste fue reconocida en Lugo en el mes de julio y devastó la ciudad en diciembre.

Desde el epicentro de Santiago, la peste negra conquistó todo el norte peninsular. En el reino de Aragón fue especialmente grave: murió su obispo en octubre y afectó gravemente la población de Zaguán y tierras pertenecientes al obispado de Palencia. En Asturias se reportó en Oviedo, quizás infectado desde el puerto de Gijón, muriendo su obispo el día 13 de noviembre. Desde estas regiones se difundió por el valle del río Duero y se juntó con la peste que devastaba Aragón.

En el norte de Portugal, el obispo de Viseu murió a principios de julio, y los de Braga y Lamego a finales del mismo mes. En Coimbra, la peste apareció a finales de septiembre.

iv. La peste negra en las Islas Británicas

Según la *Grey Friars' Chronicle* (Crónica de los Hermanos Grises, franciscanos), que reporta información de lo sucedido en Gran Bretaña entre los años 1189-1556, la peste entró a finales de junio de 1348 por Melcombe Regis (terreno ocupado actualmente por la ciudad de Weymouth), un puerto marítimo del condado de Dorset, sudoeste de Inglaterra: “*En este año, en Melcombe, poco antes de la fiesta de San Juan Bautista, atracaron dos barcos, uno de ellos proveniente de Bristol. Uno de los marineros trajo con él, desde la Gascuña, la semilla de la terrible pestilencia, y a través suyo los hombres de la ciudad de Melcombe fueron los primeros de Inglaterra en ser infectados*”.

Otros cronistas de la época daban fechas distintas pero muy próximas entre sí: para el monje benedictino Ranulphus Higden, autor de *Polychronicon*, fue el 24 de junio; para Robert de Avesbury, clérigo que sirvió a las órdenes del arzobispo de Canterbury y autor de *De gestis mirabilibus regis Edwardi Tertii*, el día de San Pedro, 29 de junio; y para un monje anónimo de la abadía de Malmesbury (Wiltshire), autor de *Eulogium Historiarum sive temporis*, el 7 de julio. Otros cronistas la fecharon para el 25 de julio, 1 de agosto y aún más tarde, a partir del otoño de 1348.

Si aceptamos que la peste negra fue reconocida alrededor del 24 de junio, esto implicaría que el contagio habría tenido lugar a principios de mayo, y estas fechas son muy posibles, pues se sabe que los días 25 y 28 de julio, respectivamente, los obispos de los condados de Lincoln y York, mucho más al norte del país, mandaron hacer procesiones y rogativas para “*frenar la ira de Dios*” ante la inminencia de la llegada de la gran “*plague*”.

Desde Weymouth, la peste se extendió a lo largo de la costa este y oeste y pronto afectó la península de Cornualles (Cornwall), invadida completamente a finales de año. Marchó al norte hacia el canal de Bristol y afectó a su paso los condados de Devon y Somerset y más tarde los de Dorset, Wiltshire y Berkshire, donde la enfermedad llegó a mitad de octubre.

El 1 de enero de 1349 fue reportado el primer fallecimiento de un clérigo en Winchester, condado de Hampshire.

Geoffrey le Baker, monje y cronista inglés adscrito a la abadía de Osney (Oxfordshire), autor de la conocida *Chronicon Angliae temporibus Edwardi II et Edwardi III*, en la cual trata sobre los hechos sucedidos en Inglaterra entre 1303-1356, reportó que la peste afectó la ciudad de Bristol (Gloucestershire) el 15 de agosto, de manera que el contagio se habría producido a finales de junio o principios de julio.

El canónigo agustino Henry Knighton escribió que *“entonces una gran peste viajó por mar y llegó a Southampton y Bristol, donde murió casi toda la población, casi tratándose de una muerte súbita, por decirlo así, pues sólo permanecían vivos en sus camas dos o tres días, o medio día incluso. Por lo tanto, la cruel mortandad se extendía por todas partes con el paso del sol. En Leicester, en la pequeña parroquia de Saint Leonard murieron más de 380 personas y 700 en la parroquia de Saint Margaret, y así sucesivamente en el resto de parroquias, en gran número.*

El obispo de Lincoln concedió poderes a los capellanes para dar la absolución a los moribundos y permitió a todos los sacerdotes, seculares y seglares a oír confesiones y les dio autoridad episcopal para otorgar el perdón completo, excepto en materia de deuda. En este caso, el deudor debía restituir lo debido, y si no podía, se designaría a otros para hacerse cargo de su deuda cuando muriera. El Papa concedió un perdón general de todos los pecados a cualquiera que estuviera en peligro de muerte, y esto se alargó hasta la Pascua del año 1350, y cada uno podía escoger a voluntad a su propio confesor”.

Parece ser que la peste entró en Londres, con una población entre 80.000-100.000 habitantes, el 29 de septiembre, por lo cual se supone que el contagio se produjo a principios de agosto. El rey Edward III declaró que *“un Dios justo visita ahora a los hijos de los hombres y azota el mundo”*. Antes de producirse la epidemia, la ciudad y sus suburbios disponía de unos cien lugares para proceder a los entierros, pero una vez contagiados por la enfermedad, sólo fueron establecidos dos cementerios de emergencia en las afueras de Londres, que sirvieran para enterrar a los apestados.

El condado de Cambridgeshire fue invadido durante el mes de octubre, igual que en la abadía de Crowland, pocos kilómetros al norte de Cambridge pero ya en el condado de Lincolnshire. A finales de 1348, la peste había afectado toda la costa sur del país y por el noreste había llegado hasta Kent, en el río Stour, en el límite de los condados vecinos de Essex y Suffolk. Más tarde fue invadido el condado de Norwich y la ciudad de Yarmouth quedó devastada.

Desde Bristol y Gloucester, la peste avanzó hacia el norte y noroeste del país, afectando los condados de los Midlands y los que bordean País de Gales, y al este hacia el condado de Oxfordshire, de camino hacia Londres. Llegó a Cuxham (sur de Oxfordshire) en marzo de 1349, posiblemente en febrero, igual que en el condado de Buckinghamshire. En la ciudad de York, ya muy al norte, la fecha de inicio de la epidemia fue reportada el 21 de mayo de 1349, día de la Ascensión, y durante la primera mitad de ese año se estableció en el nordeste de Inglaterra.

En la parte oeste del país, la peste afectó el norte del condado de Gloucestershire; y en la diócesis de Coventry, en el condado de Warwickshire, la epidemia se inició en abril; en el arcedianato de Stafford (condado de Staffordshire), a finales de abril, y en Halesowen (condado de West Midlands) en mayo. En los condados de Derbyshire y Cheshire la mortalidad de los religiosos tuvo grandes proporciones a mitad de junio y en el de Shropshire no se tuvieron noticias de la peste hasta finales de mes.

Todo el territorio inglés fue completado por la peste en unos 500 días, y fue contaminado por tres focos: el primero, como se ha dicho, desde el sur de Inglaterra, durante el verano de 1348; y los otros dos, desde el nordeste, a partir de la primera mitad de 1349.

Los condados del País de Gales fueron invadidos rápidamente, desde Bristol y Gloucester, y en marzo de 1349 ya fue reportada en el condado histórico de Monmouthshire.

Sobre el contagio producido en Irlanda, es muy importante el testimonio del religioso franciscano irlandés John Clyn, de la congregación de los Hermanos Menores (*Ordo Fratrum Minorum*), adscrito al convento de Kilkenny, en el sudeste de la isla. En la crónica que escribió, se podía leer que la peste “*primero empezó cerca de Dublín, en Howth y Drogheda*⁶², *devastándolas y vaciándolas de habitantes, de tal manera que desde principios de agosto hasta la Natividad de Nuestro Señor, murieron únicamente en Dublín 14.000 personas*”. En esta ciudad la gente empezó a morir a principios de agosto de 1348, por lo que puede deducirse que el contagio se produjo a finales de junio.

Más adelante, John Clyn añadía que murieron ocho Hermanos de su convento, y terminaba diciendo que “*yo, el Hermano John Clyn, de la orden de los Hermanos Menores, y el convento de Kilkenny, hemos escrito estas cosas notables que han ocurrido en mi tiempo y que he creído estimables de explicar. Y para que estos hechos destacables no se pierdan en el tiempo y sean olvidados por las futuras generaciones, para que sepan de estas enfermedades y que el mundo está puesto en medio de la maldad, yo, que estoy a las puertas de la muerte, esperando que ésta acuda a mí, he escrito todo lo que he oído y verificado. Y para que el texto no se pierda con el escriba y el trabajo desaparezca, añado pergamino para el caso que alguien quede vivo en el futuro y algún hijo de Adán escape de esta pestilencia y pueda continuar el trabajo de este modo iniciado*”⁶³.

Sin embargo, la fecha dada por el religioso franciscano sobre el inicio de la peste puede ser dudosa si tenemos en cuenta un sermón efectuado en el mismo mes de agosto de 1349 por Richard FitzRalph (ca. 1300-1360), arzobispo de Armagh (Irlanda del Norte), en el cual decía que la pestilencia había matado a las dos terceras partes de los ingleses pero no había sido especialmente dura entre irlandeses y escoceses. De todas maneras, parece ser que el sur de Escocia fue invadido durante la segunda mitad de 1349 y al año siguiente todo el país quedó afectado.

Henry Knighton informaba que los escoceses habían quedado libres de la peste, y pensaron que se trataba de un castigo divino enviado a los ingleses, y por eso decidieron atacarlos, aunque no tuvieron gran fortuna: “*los escoceses, conocedores de la pestilencia que devastaba Inglaterra, la atribuyeron a la venganza de Dios y eran frecuentes los juramentos en los que estos decían “por la muerte de la asquerosa Inglaterra”. Y entonces, seguros que se trataba de un castigo divino contra los ingleses, juntaron un ejército en el bosque de Selkirk, dispuestos a guerrear contra todo el reino de Inglaterra. Pero la peste se presentó entre ellos de manera feroz y mató a más de 5.000 en un periodo de tiempo muy corto, y el resto del ejército, debilitado y sorprendido, fue perseguido por los ingleses, que mataron a muchos de ellos*”.

v. La peste negra en el resto de Europa

Noruega, Suecia y Dinamarca

⁶² Dalkey (Howth) y Drogheda se encuentran en la costa del noroeste irlandés, ambas muy cercanas a Dublín.

⁶³ Tras este texto aparecía un único párrafo, escrito en 1349, donde el copista simplemente escribió “*Videtur quod Autor hic obiit*, que puede traducirse como “parece que el autor murió aquí”.

El territorio noruego ocupaba una extensión aproximada de 350.000 km² y estaba habitado por unas 350.000 personas, la mayoría de ellas dispersas, de las cuales únicamente unos 15.000 vivían en centros urbanos. La peste llegó por barco desde Inglaterra y probablemente la primera ciudad afectada fue Oslo, a finales de otoño de 1348, extendiéndose por el sudeste del país durante el verano siguiente, incluyendo las islas de Shetland, Orkney, Hébridas y Faroe. No hay evidencias que la peste llegara a Groenlandia ni a Islandia (ver páginas siguientes).

En los Anales escritos por el religioso islandés Einar Haflidason (1307-1393), conocidos como *Anales Lawman*, puede leerse que *“en aquel momento, un barco zarpó de Inglaterra con mucha gente a bordo. Llegó al puerto de Bergen y se descargó una pequeña parte de la mercancía. Entonces, toda la gente del barco murió y tan pronto como aquellos productos llegaron a la ciudad, sus habitantes empezaron a morir. Por otro lado, la pestilencia se extendió por toda Noruega y causó tal estrago que no sobrevivió más que una tercera parte de la población. El barco inglés fue hundido junto a su capitán, los hombres muertos y la mercancía restante. Más barcos de carga y muchos otros barcos fueron hundidos o quedaron vagando por los alrededores⁶⁴. La misma pestilencia visitó las islas Shetland, Orkney, Hébridas y Faroe. Esta enfermedad provocaba que la gente no viviera más que uno o dos días y sufriera una aguda punzada de dolor. Después empezaban a vomitar sangre y entonces los abandonaba el espíritu. De esta enfermedad murió el arzobispo Arnes y los canónigos de la catedral de Nidaros⁶⁵, excepto uno que sobrevivió, llamado Lodi, que dispuso la elección del abad Olaf de Nidarholm como nuevo arzobispo. También murió el obispo Thorstein de Bergen, el obispo Guttorm de Stavanger⁶⁶ y el obispo Hallvard de Hamar. Esta peste no llegó a Islandia”*.

Los *Anales Gottskalk*, escritos por otro religioso islandés, Gotskalk Jonsson, también reportan información sobre esta epidemia: *“Una gran pestilencia mortal llegó a Noruega y Shetland. Murió el Dominus arzobispo de Arnes y el abad Thorkell Einarsson del monasterio de Helgafell⁶⁷. Siete parroquias en Agder (sur de Noruega) fueron desoladas en un corto periodo de tiempo. El obispo de Stavanger envió allí varios clérigos y diáconos y sus sirvientes, y todos murieron rápidamente. La pérdida de vidas en Bergen fue tan grande que ochenta cadáveres llegaron a la iglesia en un sólo día, entre los que se encontraban trece sacerdotes y seis diáconos. Murió el Dominus Bjarne, el Dominus Peter y el Dominus Olaf. Murió el obispo Thorstein de Bergen, el obispo Guttorm de Stavanger, los Hermanos Hamund y Thorval, el “anima” Runolf y muchos otros hombres en el barco Thorlak, que finalmente no zarpó hacia Islandia”*.

Se cree que Bergen fue contaminada en el mes de julio, por lo que la fase epidémica tuvo lugar a mediados de agosto. Precisamente, en la primavera y verano de 1349 la peste había devastado los condados ingleses de Norfolk y Lincolnshire, de donde salían habitualmente barcos que transportaban grano hacia esa ciudad noruega.

⁶⁴ Hecker reportaba que la peste *“se difundió por todo el país y no sobrevivió más de una tercera parte de sus habitantes. Los marineros no encontraron refugio en sus embarcaciones y los navíos podían verse a menudo en medio del océano o a la deriva frente a las costas, con toda la tripulación muerta a bordo”*.

⁶⁵ No hay ninguna fuente que relate la historia de la peste negra más al norte de Nidaros (actual Trondheim), por lo que esta población constituye el límite norte de la epidemia en Europa.

⁶⁶ Según otras fuentes, el obispo de Stavanger murió el 7 de enero de 1350 y fue una de las últimas referencias de la presencia activa de la epidemia, que ya había disminuido notablemente durante los meses de noviembre y diciembre, probablemente a causa del aumento del frío.

⁶⁷ Arnes y Helgafell se encuentran en Islandia. Es de suponer que los dos religiosos murieron mientras se encontraban de viaje en Noruega.

La población danesa era más numerosa que la noruega o la sueca, y existían tres zonas densamente habitadas, Scania, Halland y Blekinge⁶⁸. Alrededor del año 1300 tenía más de setenta ciudades y estaba mucho más urbanizada que los otros países nórdicos. En la Crónica de Zealand se informaba que la peste llegó en 1348 y al año siguiente todo el país sufrió una gran mortandad. Sin embargo, parece razonable pensar que en ese año no pudo producirse el contagio, aunque existiría la posibilidad que la epidemia se hubiera introducido en el otoño de 1348 a través de uno o varios barcos procedentes de cualquier puerto del sudeste inglés. Para Ole J. Benedictow, lo lógico sería pensar que la enfermedad llegó en primavera o verano desde el sur de Noruega o desde Inglaterra.

En Halmstadt (provincia de Halland) la peste llegó probablemente a principios de julio y en la catedral de Ribe (península de Jutlandia) fue reportada a finales de otoño de 1349, y a partir de enero ya se produjeron grandes mortandades en esa ciudad y en el resto del territorio. La provincia de Sjaelland (isla de Selandia) quedó afectada a mediados de 1349. En Copenhague, el contagio se produjo durante la segunda mitad de junio y la fase epidémica tuvo lugar en agosto y septiembre; de allí pasó a Roskilde, ciudad donde se produjo una gran mortandad entre los meses de octubre y noviembre.

En Suecia existían alrededor de 1.750 parroquias y una población aproximada de medio millón de habitantes. Se cree que la peste fue introducida desde alguno de los puertos de la provincia de Halland, y en Lödöse (provincia de Västra Götaland) ya se reportó la enfermedad a finales de agosto. A partir del año 1350 se extendió por toda la costa báltica; en Estocolmo se presentó a finales de marzo y en la provincia e isla de Gotland a finales de otoño, como fue el caso de la ciudad de Visby, probablemente introducida por barcos provenientes de Prusia, Pomerania, Inglaterra o Noruega. El rey Magnus II, en vista de la gran catástrofe que vivía su país, ordenó *“ayunos los viernes y reposo absoluto los domingos para apaciguar la ira divina”*.

Austria, Alemania y Holanda

El territorio austriaco fue invadido al mismo tiempo que Suiza, en agosto de 1348. En Trento, al sur del Tirol, fue reconocida en junio de ese año y en septiembre devastaba las regiones del norte de esa provincia igual que el valle de Vinschgau. De aquí marchó hacia el oeste de Innsbruck, donde llegó en otoño. A principios de octubre infectó el valle de Pusteria (Pustertal) y Salzburg a principios de noviembre. Según la Crónica escrita en el monasterio de Neuberg (Mürztal, Styria), la peste se originó en Venecia y marchó hacia el norte de Italia, invadiendo después Carintia y Styria. En el noroeste de Italia, en las provincias de Istria y Friuli la peste fue reportada en agosto y en Villach (Carintia) se presentó en el mes de enero de 1349, año en el que se produjo una gran mortalidad en la mayor parte del país. En Viena, la epidemia fue reconocida el 12 de abril y no terminó hasta el 29 de septiembre.

El doctor Justus Hecker reportaba que *“en Viena, donde morían 1.200 habitantes diariamente, el entierro de difuntos en los cementerios y en las iglesias fue inmediatamente prohibido; y los muertos fueron depositados en capas, a miles, en seis enormes fosas fuera de la ciudad, y muchos fueron enterrados de forma secreta. En muchos lugares corrió el rumor que los apestados eran enterrados vivos”*⁶⁹.

⁶⁸ Scania, Halland y Blekinge son tres provincias escandinavas que formaron parte de los territorios históricos de Dinamarca, hasta que pasaron a Suecia tras la firma del Tratado de Roskilde (1658).

⁶⁹ Según un cronista anónimo, cada uno de estas fosas contenía 40.000 cadáveres, y añadía que en algunas casas murieron hasta setenta personas y muchas de ellas quedaron completamente desiertas.

En Alemania, la peste entró por diversos frentes: por el sur, desde Austria y Suiza; por el oeste, desde el noreste de Francia, y por el norte, desde Inglaterra y Noruega; Londres, Oslo o Bergen pudieron contagiar la enfermedad a las ciudades alemanas del mar del Norte y mar Báltico en verano u otoño de 1349. Sin embargo, las fuentes históricas son muy pobres y escasas y se limitan a relatos cortos y referencias secundarias. Probablemente la peste se introdujo en Alemania, como muy pronto a finales de otoño de 1348, desde el sudeste de Baviera, procedente del Tirol austriaco. El naturalista Konrad von Megenberg, testimonio de los hechos, informaba que la ciudad de Passau (en la frontera austriaca, cerca de Linz) fue la primera ciudad bavuesa que sufrió el contagio, posiblemente a finales de abril de 1349⁷⁰, y durante el verano llegó Regensburg y Augsburg. La ciudad de Ulm, en la provincia de Baden-Württemberg, fue afectada durante la primavera de 1349, y Lichtenau, más al norte, en mayo.

Frankfurt am Main, 200 km. al norte de Strasbourg, recibió el contagio a finales de julio, lo cual implica que la infección se habría producido en la primera semana de junio. A partir de ahí fue invadida la ciudad de Mainz, también en verano, extendiéndose por la provincia de Hesse y llegando a Erfurt⁷¹, ya en Turingia, en los primeros meses de 1350.

Desde Basilea, a través del río Rin, la peste marchó hacia el norte, contagiando Colonia a principios de noviembre, donde se produjo la epidemia hacia el 20 de diciembre. Durante los primeros meses de 1350 afectó las ciudades de Paderborn y Minden (Renania del Norte-Westfalia), Osnabrück y poco después Hannover (Baja Sajonia).

El norte de Alemania, la costa hanseática, fue invadida por la peste negra en otoño de 1349. Primero Kiel y después las ciudades de Bremen, Hamburgo y Lübeck⁷², esta en mayo de 1350, igual que Halberstadt y Magdeburgo, en la Alta Sajonia (Sachsen-Anhalt).

Por el nordeste, en Prusia, la ciudad de Elbing (actual Elbląg, norte de Polonia) fue devastada entre julio y diciembre de 1350. Stralsund, en Pomerania, quedó contaminada a finales de ese mismo año, y al mismo tiempo se producía una gran mortandad en Königsberg (actual Kaliningrado, Rusia), en la antigua Pomerania oriental y en toda la península de Samland (actual Sambia).

La actual Holanda contaba con unos dos millones de habitantes cuando se produjo la epidemia. En las provincias de Friesland y Groninga apareció a finales de 1349, quizás proveniente del norte de Inglaterra, posiblemente de Escocia, del sur de Noruega, o aún de Alemania. Deventer, en la provincia de Overijssel, fue infectada a principios de la primavera de 1350, igual que la provincia de Gelderland.

Rusia

Se estima que la población rusa ascendía a unos 10 millones de habitantes. Según la *Crónica de Nikon*, en 1349 se produjo una gran mortandad en Polatsk (norte de

⁷⁰ Sin embargo, William of Ockham, fraile franciscano y filósofo escolástico inglés murió de peste en un convento de Munich (Baviera) un poco antes, el 9 de abril de 1349.

⁷¹ El doctor Hecker reportaba que “*en Erfurt las iglesias quedaron llenas y 12.000 cadáveres fueron lanzados en once grandes hoyos, y lo mismo sucedió en otras grandes ciudades. Las ceremonias fúnebres, como última consolación de los sobrevivientes, fueron simplemente imposibles de llevar a cabo*”.

⁷² Según el doctor Ozanam, en Lübeck hubo tal devastación que “*los mercaderes llevaban sus tesoros a los claustros de las iglesias, los depositaban a sus pies y entonces dejaban fríamente la vida. Pero los sacerdotes y los monjes no osaban tocar este oro, pues contagiaba la enfermedad. Los monasterios cerraron sus claustros y se tiraba la plata por encima de los muros pretendiendo con estos dones desarmar la cólera celeste*”.

Bielorrusia), 600 km. al noreste de Elbing (devastada por la peste en la segunda semana de julio. Pero no es posible que la epidemia hubiera viajado tan deprisa y la mayoría de autores descartan esa fecha y atribuyen la mortalidad a otro tipo de enfermedad. Esta misma crónica, igual que la *Crónica de Pskov* y las *Crónicas de Novgorod* mencionan epidemias de peste en el año 1352. Letonia fue invadida por la peste en 1351 desde el sur y después pasó a Livonia (actual Letonia y Estonia), marchando a finales de 1351 hacia el territorio del “Gran Novgorod”⁷³ y afectando la ciudad de Pskov (frontera con Estonia) a principios de la primavera de 1352.

En la Crónica de Novgorod, que abarca desde el año 1016 al 1471, se menciona esta epidemia: *“En el mismo año, hubo una enfermedad tal en la ciudad de Pskov y en los alrededores, que la muerte se producía con mucha frecuencia. Moría toda clase de gente, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, niños y sacerdotes, monjes y monjas. Presos de pánico y sin conocer ni ver ninguna posibilidad para defenderse de tal miseria, los peskovianos marcharon a Novgorod y suplicaron al arzobispo Vasiliy que visitara Pskov, que celebrara un servicio divino y diera su bendición a la ciudad, pues ellos estaban convencidos que aquella desgracia era un castigo de Dios. El arzobispo llegó a Pskov a finales de mayo y encabezó una espléndida y solemne procesión por toda la ciudad, y a los pocos días inició el regreso hacia Novgorod. Sin embargo, cayó enfermo en el camino y murió de peste. Los novgorodianos le ofrecieron un solemne funeral en el que participó mucha gente, que permaneció apiñada para observar el evento. Poco tiempo después, la peste afectó la ciudad y no lo hizo con menos furia que en Pskov. En otoño, la enfermedad devastaba con fuerza en Novgorod y las poblaciones del lago Ladoga”*⁷⁴.

La *Crónica de Nikon* también informaba que *“la peste no sólo se produjo en Novgorod, sino en todas las tierras. En el mismo año se produjo una severa epidemia en Smolensk (Rusia occidental), en Kiev y Chernigov (norte de Ucrania), en Suzdal (a unos 200 km. al este de Moscú) y en todas las tierras rusas. Y hubo un gran miedo y sobresalto en todos los seres humanos. En Glukhov (actual Hlukhiv, Ucrania) no quedó ninguna persona viva y lo mismo sucedió en Belozersk (junto al lago Beloye)”*.

En estas Crónicas no se menciona la afectación que tuvo la peste en Moscú. Únicamente se sabe que el *Feognost*, etimológicamente “hombre rico”, el líder de la Iglesia ortodoxa rusa, murió en Moscú en 1352, y que al año siguiente, el Gran Duque Simeon “Gordiy” (el Orgullosa) de Moskova murió el 27 de abril junto a sus siete hijos y su hermano Andrei.

Este único dato representa la confirmación que la peste negra alcanzó Moscú. De la misma manera que en Alemania, probablemente el transporte de mercancías a lo largo de los diversos y grandes ríos rusos propició la diseminación de la enfermedad por todo el país.

Paradójicamente, mientras todo el occidente europeo quedó infectado por la peste, algunas regiones escaparon temporalmente al contagio: los valles montañosos del Bearn (Pirineos franceses), el Brabante en Holanda; el Hainaut, Limbourg y Bujas en Bélgica; Milán en Italia; Nürenberg en Alemania, y una parte de Hungría y Rumanía. No es posible conocer la razón precisa por la cual estas regiones se mantuvieron a salvo, excepto quizás las cuarentenas efectivas llevadas a cabo en Milán, aunque indudablemente se trató de motivos geográficos, ecológicos y climáticos. Sin embargo, todas estas zonas fueron afectadas en la oleada de peste que se produjo unos años más tarde, entre 1360-1363, y en las numerosas epidemias que tuvieron lugar posteriormente.

⁷³ La República de Novgorod fue un extenso estado medieval (siglos XII-XV) que ocupaba territorios de la actual Rusia y Bielorrusia.

⁷⁴ El arzobispo Vasiliy murió el 3 de julio y la epidemia en Novgorod se inició el 15 de agosto.

Está aceptado que la peste no llegó a Islandia y posiblemente la razón sea que ningún barco navegó desde Noruega en 1349. Tampoco hay ninguna evidencia que la enfermedad afectara Finlandia, con una población aproximada de 65.000 personas diseminadas por todo su vasto territorio.

Según el doctor alemán Robert Hoeniger, autor de la obra *Der Schwarze Tod in Deutschland* (1882), Polonia quedó al margen de la peste negra. Sin embargo, se sabe que el golfo de Gdansk fue invadido a finales de julio de 1349; en agosto afectó las poblaciones de Elblag, Frombork y Braniewo. Al siguiente año Malbork y Gdansk, y en 1351, más al sur, la ciudad de Torun. Probablemente en ese mismo año fue invadida la provincia de Silesia, pero no se tiene constancia de mayores afectaciones⁷⁵, quizás porque las cuarentenas establecidas en sus fronteras resultaron efectivas.

El reino de Bohemia, la actual Chequia, tenía una población estimada de 1,5 millones de habitantes hacia el año 1300 y ocupaba un territorio de 120.000 km². Hoeniger también informaba que este territorio había quedado libre de peste, aunque de la misma manera que en el caso polaco, era difícil de aceptar en términos epidemiológicos⁷⁶.

Para aclarar esta contradicción, en el *Chronicon Pragense*, o Crónica de Praga, se comentaba el caso de unos estudiantes que volvían a Bohemia desde Bolonia: *“en aquellos tiempos, algunos estudiantes que regresaban de Bolonia, vieron que en la mayoría de ciudades y castillos por los que pasaban pocos permanecían con vida, y en algunos casos habían muerto todos. En muchas casas, los que escaparon con vida estaban tan debilitados por la enfermedad que ni siquiera podían darse de beber unos a otros ni ayudarse de ninguna manera; y así pasaron mucho tiempo con gran dolor y aflicción. Los sacerdotes, administradores de sacramentos, y los doctores en medicina, también fueron infectados y murieron. Muchos marcharon de esta vida sin recibir confesión ni sacramentos de la Iglesia, pues los religiosos habían muerto. En general, se cavaron grandes y profundos hoyos en los que eran enterrados los cadáveres. En muchos lugares, además, el aire estaba muy infectado y era más mortífero que un alimento envenenado, pues la corrupción de los cadáveres no cesó hasta que todos fueron enterrados. Y de los referidos estudiantes, sólo uno consiguió volver sano a Bohemia, pues todos sus compañeros murieron durante el viaje”*.

Probablemente, tanto Bohemia como Moravia y Silesia sufrieron la peste en el año 1350. Y puede constatarse la epidemia en estas regiones cuando en 1351, el Margrave de Moravia prometió la exención de las tasas por cuatro años a todos los residentes en las ciudades de Brno y Znojmo, pues habían quedado vacías a causa de la peste. En el vecino reino de Hungría la peste entró entre enero y febrero de 1350. Sin embargo, según el historiador Erik Fügedi⁷⁷, parece ser que este país se vio poco afectado y no presentó una gran mortandad, probablemente porque el país no tenía puertos marítimos y se hacía difícil la importación de la epidemia. Sea como fuere, el caso es que la población húngara no cesó de crecer desde el siglo X hasta finales del siglo XV (de 1300 a 1526 se pasó de dos millones de habitantes a tres y medio o cuatro). Por tanto, ni las fuentes históricas ni las condiciones numéricas analizables dejan entrever que se produjera una catástrofe parecida a la que golpeó todo el oeste europeo.

⁷⁵ Hecker informaba que “en Polonia la infección atacó con vómitos de sangre y en pocos días murió mucha gente, y se dice que escasamente sobrevivió una cuarta parte de su población”.

⁷⁶ De todas maneras, hay que tener en cuenta que Hoeniger escribió su obra a finales del siglo XIX, y fue anterior a los trabajos de Yersin y Kitasato, de manera que su percepción se fundamentaba en la teoría miasmática y no en términos microbiológicos.

⁷⁷ *Pour une analyse démographique de la Hongrie médiévale* (París, 1969)

Mortandad

Las informaciones ofrecidas por los autores antiguos varían mucho en cuanto a los porcentajes de mortalidad, que podían cambiar significativamente según la localidad. Así, se informaba que en Cerdeña y Córcega murieron dos tercios de la población; en Marsella, según el músico Louis Heyligen, residente en corte de Avignon, morían cuatro de cada cinco habitantes; en Mallorca, ocho de cada diez; en Venecia, tres sobre cuatro, y en Pisa, siete sobre diez. Se dijo que la peste fue muy destructiva en Francia y que en muchos lugares no sobrevivieron más que en una proporción de 2 a 20. Jean Froissart (ca. 1337-ca. 404), uno de los cronistas más importantes de la Francia medieval, ofreció un dato interesante: “*en ese tiempo corría por todo el mundo una enfermedad llamada generalmente epidemia, de la cual murió la tercera parte de la población*”.

La peste afectó Italia en mayor grado que la Península Ibérica, pues a pesar de tener menor extensión, tenía mayor número de habitantes y la densidad de población tres veces superior. Incluso se llegó a decir que murieron las nueve décimas partes de los habitantes de los países infectados⁷⁸.

En cuanto declinó la epidemia, el Papa Clemente VI mandó realizar una estadística sobre la mortandad total producida por la enfermedad, que fue fijada en cerca de 43.000.000 de personas: casi 24 millones en Asia; 12 millones en Alemania; 530.000 en Sicilia; 350.000 en Polonia, y el resto de países en proporciones algo menores. Según reportaba el doctor Ozanam, la relación fue la siguiente:

Localidad	Mortandad	Localidad	Mortandad
Asia	23.840.000	Basilea	14.000
Venecia	100.000	Erfurt	16.000
Florenia	100.000	Weimar	6.000
Roma	80.000	Limbourg	2.500
Nápoles	100.000	Sicilia	530.000
Marsella	16.000	Franciscanos alemanes	124.434
Siena	70.000	Franciscanos italianos	30.000
París	80.000	Moscú	35.000
Saint Denis	1.400	Smolensk	20.000
Avignon	30.000	Polonia	350.000
Londres	100.000	Yarmouth	7.052
Nordwich	52.100	El Cairo	80.000
Strasbourg	26.000	Lyon	45.000
Alemania	12.000.000	Borgoña	80.000
Lübeck	9.000	Provenza	120.000

Total	42.836.486⁷⁹
--------------	--------------------------------

⁷⁸ Andreas Gallus, en su obra *Fascis de peste, peripleumonia pestilentialis cum sputo sanguinis* (1565).

⁷⁹ Ozanam añadía que en esta tabla no estaba contabilizada “*ni Suecia, ni Noruega, ni Dinamarca ni Groenlandia*” (que no la padeció). Pero la suma de los parciales no da el total, por lo que es de suponer que faltarían añadir numerosas poblaciones menos afectadas, sobre todo la mortandad producida en la Península Ibérica.

El doctor Hecker estimaba, a mediados del siglo XIX, que la valoración más correcta sobre el número de vidas perdidas en Europa durante la peste negra sería de una cuarta parte, y añadía que *“si tenemos en cuenta que en el continente podían vivir alrededor de 100.000.000 de habitantes no sería exagerado asumir que murieron unos 25.000.000 de ellos”*.

Hecker reportó una nueva relación sobre la mortandad producida en algunas ciudades europeas, más creíble según la información conocida de la época, que en algunos casos coincidía con la antigua estadística del Papa Clemente VI: Florencia, 60.000 muertos; Venecia, 100.000; Marsella 16.000; Siena, 70.000; París, 50.000; Saint Denys, 14.000; Avignon, 60.000; Strasbourg, 16.000; Lübeck, 9.000; Basilea, 14.000; Erfurt, 16.000; Weimar, 5.000; Limbourg, 2.500; Londres, 100.000; Norwich, 51.100; Hermanos franciscanos en Alemania, 124.434; Hermanos franciscanos en Italia, 30.000.

Sin embargo, como bien decía el propio doctor alemán, lo cual permanece vigente y probablemente inalterable, *“no tenemos medidas ciertas para estimar la mortandad ocurrida durante la peste negra, pues la contabilización no se llevaba como en los tiempos modernos. Y además, los recuentos de estas pérdidas son muy vagos y las fuentes sólo pueden considerarse como conjeturas”*.

Por tanto, no es posible confiar en las informaciones de los cronistas y es necesario recurrir a otras informaciones, también insuficientes, como son las recaudaciones de impuestos, los censos o los escasos documentos conservados en las iglesias, en donde se recogen nacimientos y defunciones.

Actualmente, los historiadores creen que el porcentaje total de mortalidad durante la peste negra debería situarse entre el 30%-50%. Probablemente, la población mundial pasó de 450 millones de habitantes a muchos menos de 350. Se estima que incluyendo las regiones del este, la India y la China⁸⁰, la muerte negra podría haber matado, al menos, a unos 75.000.000 de personas. África habría perdido alrededor de un octavo de su población, y habría pasado de 80 a 70 millones de habitantes.

Hay autores que aumentan la cifra total de muertos hasta los 200 millones, y de acuerdo con la escala de Foster (ideada por el geógrafo canadiense Harold D. Foster), que mide la magnitud de los desastres humanos y es parecida a la de Richter para los terremotos, la peste negra se habría convertido en la segunda catástrofe más grande de la humanidad. Sólo sería superada por la Segunda Guerra Mundial, que produjo más muertos, destrucción física y sufrimiento emocional.

En Europa, para el periodo 1348-1350, murieron entre una y dos terceras partes de su población, pasando de 75-85 millones de habitantes al inicio de la pandemia a 45-50 millones veinte años después⁸¹. Se sabe que al menos el 25% de los núcleos habitados quedaron despoblados, sobre todo en las comunidades más pequeñas⁸², y en el caso de las grandes ciudades hubo pocos supervivientes.

Conviene recordar que las mayores ciudades de Europa en aquel momento eran París, Florencia, Venecia y Génova, con una población aproximada de 100.000 habitantes. Le

⁸⁰ Hay autores que sostienen que China perdió alrededor de la mitad de su población, pasando de 123 a 65 millones de habitantes.

⁸¹ Para Ole J. Benedictow, la población europea estaría constituida por unos 80 millones de habitantes, de los cuales murieron alrededor de 50 millones, el 60%.

⁸² Hecker estimaba que *“un gran número de pequeñas ciudades y pueblos, poco más de 200.000, perdieron prácticamente a todos sus habitantes”*.

seguían a poca distancia Gante, Brujas, Milán, Palermo, Bolonia y Roma. Nápoles y Colonia tenían poco más de 50.000 habitantes. A continuación, y cercanas a esta cifra, se encontraban las ciudades de Londres, Bordeaux, Tolouse, Montpellier, Avignon, Lyon, Marsella, Barcelona, Sevilla, Toledo, Siena o Pisa. Todas estas ciudades fueron afectadas, sin excepción.

El descenso demográfico fue brutal y la despoblación provocó graves consecuencias: debilitó la defensa de los territorios de las distintas monarquías; fallecieron personalidades de relevancia, políticos, notarios, juristas, religiosos, médicos, pensadores o artistas; disminuyeron las rentas públicas; se efectuaron ocupaciones ilegales de bienes sin propietario; se abandonaron los trabajos del campo y se regularon los salarios. La peste significó un problema muy grave ya que puso en peligro la estabilidad de todo el sistema establecido.

Benedictow cree que la mortandad en Francia fue aproximadamente de el 60%, aunque se tiene poca información fiable, básicamente del Languedoc, Provenza y el Condado de Saboya. Según el doctor Guy de Chauliac, en Avignon murieron 17.000 personas, aunque posiblemente fueran unas 30.000. El canónigo inglés Henry Knighton reportaba que en un sólo día murieron 1.312 personas, y en otro, 400 o más. El canónigo francés Louis de Boeringen escribió el 27 de abril de 1348 que habían quedado deshabitadas unas siete mil casas. Este cronista, igual que otros, impresionados por tanta acumulación de cadáveres, ofrecieron cifras exorbitantes y elevaron el número de muertos a 62.000 o incluso 120.000, cuando la población total de la ciudad no sobrepasaba los 50.000 habitantes.

Perpignan perdió probablemente el 50% de su población y en 1378 se registraban únicamente 3.640 fuegos, unos 14.500 habitantes (deben multiplicarse los fuegos por 3,5-4). En Narbona, el número de fuegos pasó de 6.029 (24.000 personas) en 1336 a 2.500 en 1361 (10.000 personas), una reducción del 58%. El caso de Béziers fue aún más dramático, pues en 1304 contaba con 14.000 habitantes y un siglo más tarde sólo tenía 4.000, una reducción del 72%. Los historiadores creen que el decrecimiento poblacional medio de todo el Languedoc fue del 60%.

En la Provenza se produjo la misma reducción (60%). En Marsella se reportó la muerte de 16.000 personas sobre una población de 25.000 habitantes, un 64%; en Aix-en-Provence alrededor de un 45% y en Apt el 52%. La mortandad aproximada en Saboya fue del 60%, igual que en la provincia del Dauphiné, donde desaparecieron cuatro molinos sobre cinco y un horno de cada dos. Más al norte, en Auvernia, murió el 57% de la población. En Lyon murieron alrededor de 45.000 personas y en Strasbourg, según Hecker, *“sólo 16.000, que espiraban entre el tercer y cuarto día”*.

En París, la ciudad más grande de Europa, habitada por unas 200.000 personas, se produjo una gran mortandad en 1349, cuando diversas fuentes afirmaron que habían fallecido 50.000 personas, 80.000 y aún la mitad de su población. Los monjes de la abadía de Saint Denis, autores de la *Grande Chronique de France*, dijeron que un sólo día se enterraron 800 cadáveres.

En Suiza, la reducción poblacional fue también evidente. En 1300 estaba habitada por unas 800.000-850.000 personas, y en 1400, un siglo más tarde, sólo 600.000-650.000, lo que significa un descenso del 25%, cincuenta años después de haberse sufrido la peste negra.

Probablemente Italia fue el país que padeció más duramente los efectos de la epidemia. Además, la aparición de la peste coincidió con un gran terremoto que asoló todo el país desde Nápoles a Venecia, dejando un rastro de destrucción que colaboró a aumentar la psicosis de fin del mundo. Los historiadores modernos admiten que la peste podría haber

matado al 50-60% de sus habitantes, y entre septiembre de 1347 y agosto de 1348 habrían muerto unos cinco millones de personas. Pero sólo se conocen algunos datos del tercio norte de la península, sobre todo la región de Toscana (50-60% de mortandad), habitada por unos dos millones de personas. Lo que no hay duda es que todo el territorio sufrió una enorme catástrofe.

Se dijo que en Florencia, una de las ciudades más importantes y pobladas de Italia, unos 110.000 habitantes, la peste mató de tres a cuatro quintos de su población. Boccaccio hablaba de 100.000 muertos, prácticamente el 100%, y Marchionne di Coppo Stefani, 96.000. En 1351, tras la epidemia, su población se había reducido a unas 50.000 personas. Probablemente murió entre el 50-60%, unos 55.000 habitantes en total, tal vez más. En Siena se pasó de 42.000 a 15.000 habitantes, una mortandad del 65%; y en Pisa morían 500 personas diarias, en total un 30% de su población al finalizar la epidemia. En San Gimignano, también en la Toscana, el número de fuegos se redujo de 2.745 (10.900 personas) en 1332 a 714 (2.850 personas) en 1350, un 61%; y en Prato, 45%.

Algunas fuentes dijeron que Venecia perdió dos tercios de su población, e incluso las tres cuartas partes y únicamente el día 10 de junio de 1348, murieron 600 personas. En realidad, la mayoría de historiadores estiman que sobre una población de 110-120.000 habitantes, murieron entre 38-50.000, el 35-50%. Sin embargo, el autor norteamericano Frederic Chapin Lane (1900-1984), historiador de la ciudad, elevaba este porcentaje hasta el 60%, reportando que en total murieron 72.000 personas, una cifra ciertamente extraordinaria. En Padua, también en el Véneto, la peste apareció en el mes de abril y se dijo que murieron las dos terceras partes de su población. Antes de la epidemia, Bolonia estaba habitada aproximadamente por de 35.000-50.000 personas y la mortandad pudo alcanzar el 40-45%. Génova, poblada por 80.000-90.000 personas, perdió el 30% de sus habitantes y toda la región del Piemonte alrededor del 52%.

Es difícil ofrecer cifras sobre la mortandad acaecida en la Península Ibérica, pues apenas existen fuentes bibliográficas fiables. De todas maneras, Benedictow opina que la disminución poblacional debería situarse entre el 60-65%.

Se sabe que en el reino de Aragón la población disminuyó un 40% entre 1342-1385 y muchos lugares quedaron completamente deshabitados. Barcelona, que entonces contaba con unos 50.000 habitantes, perdió alrededor de 15.000, el 30%. En 1378 existían 7.295 fuegos (29.000 habitantes) en la ciudad, lo que significa una reducción del 42% respecto a la población existente durante la peste negra. En la Plana de Vic, al norte de Barcelona, la mortandad pudo alcanzar el 66% de la población.

El historiador Jean-Pierre Cuvillier⁸³, estudiando los contratos matrimoniales en Cataluña, pudo constatar que durante esa época, las personas huérfanas de padre y madre, pasaron, para las mujeres, del 10-12% en años normales al 65-75% a partir de 1348; y en los hombres, del 30-40% a más del 85%. Para Benedictow, la mortalidad en toda Cataluña debería situarse entre el 50-70%.

El historiador aragonés Jerónimo Zurita, autor de *Anales de la Corona de Aragón*, explicaba que Mallorca se despobló en un mes y que “*de cada 100 personas morían 80*”, añadiendo que en muy poco tiempo murieron más de 30.000 habitantes, 960 en Palma, su capital. El 14 de mayo de 1349, Gilbert de Centelles, gobernador de la isla, se dirigió al rey Pere “el Ceremoniós” rogándole que le enviase hombres de armas, ya que a causa de la mortandad provocada por la peste no le era posible hallar apenas ninguno. En cambio, los

⁸³ *La population catalane au XIV siècle* (París, 1969)

estudios efectuados posteriormente sobre la incidencia de la peste en la isla, parecen indicar que se produjo una mortalidad muy inferior, excepcionalmente baja, alrededor del 16%, pues en 1343 se contabilizaron 11.258 fuegos (45.000 habitantes) y 9.461 (37.800) en 1350.

El mismo Zurita reportaba que en Zaragoza se producían 300 muertos diarios, cifra que posiblemente es una exageración. Y el historiador J.C. Russell⁸⁴ informaba sobre el retroceso demográfico en Teruel y sus aldeas, indicando que la capital contaba con 1.521 fuegos (6.000 habitantes) en 1342 y sólo 959 (3.800) en 1385, lo que significa una reducción del 37%.

En la merindad de Estella, en la Ribera de Navarra, se habían contabilizado 6.538 fuegos (26.000 personas) en 1330, y 2.408 (9.600) en 1350, un 63% menos. En la merindad de Pamplona la reducción pudo llegar al 57%⁸⁵ y en todo el Reino de Navarra una mortalidad cercana al 65%. También se sabe, según el historiador José Yangua⁸⁶, que de los 400 moros que vivían en la corte de Navarra, sólo sobrevivieron 60.

Se sabe muy poco sobre la despoblación en Castilla, y un pobre ejemplo podría ser el catastro del arzobispado de Palencia, tras una encuesta encargada por el obispo para saber los beneficios del clero. Allí se constató que de las 420 poblaciones que lo componían en 1345, quedaron absolutamente devastadas 82 de ellas, únicamente el 19,5%, pues ya no aparecían en el siguiente recuento. Este porcentaje, obviamente, no da una idea cierta sobre la magnitud real que la peste negra pudo causar en aquellas tierras, a pesar que también se argumenta que la ausencia de guerras y de hambre pudo suavizar la mortandad.

Está claro que, como reporta el historiador catalán Jaume Sobrequés i Callicó⁸⁷, el aumento de los precios y las pretensiones salariales de los campesinos y menestrales como consecuencia del retroceso demográfico, obligaron a la monarquía a fijar el precio de los jornales y salarios de estos trabajadores. Y en el Ordenamiento de Menestrales de las Cortes de Valladolid de 1351 podía leerse que *“dizen que la mortandad que ovo en el tiempo pasado, los dichos menestrales e los labradores que han á labrar las heredades, que son encarecidas en tal manera que los más de los que biven en el mio senorio, dexan de labrar las heredades que han por la careza de los menestrales e labradores, e por ende que son yermas las más de las heredades que han”*.

Sobre las islas Británicas, únicamente se disponen datos de Inglaterra. Los anales contemporáneos reportaban que sólo sobrevivió una décima parte de su población, aunque en realidad la mortandad debió oscilar entre el 20-50%. Quedaron despoblados unos dos mil pueblos y la mayoría de las grandes ciudades sufrieron enormes pérdidas.

Pero si el análisis se hace entre el año 1300, cuando vivían en Inglaterra entre 4,5-6 millones de personas, y 1450, cuando se estima la presencia de 2-2,5 millones de habitantes, la pérdida, excepcional, se situaría entre el 45-70%⁸⁸. Para Benedictow, la mortandad general debería valorarse en el 62,5%. En el condado de Durham pudo fallecer el 50% de su población y en Essex, el 46%.

⁸⁴ *The medieval “monedatge” of Aragon and Valencia* (1962).

⁸⁵ Según Benedictow, sumadas las dos epidemias de peste, la de 1348 y la de 1362, la despoblación en la Ribera navarra podría haber ascendido al 75%.

⁸⁶ *Diccionario de Antigüedades del Reino de Navarra* (Pamplona, 1964).

⁸⁷ *La peste negra en la Península Ibérica*. Anuario de Estudios Medievales (Barcelona, 1970-1971).

⁸⁸ En esta dramática disminución poblacional también debe tenerse presente la mortandad que generaron las pestes de 1360 y 1369.

Robert de Avesbury escribió que *“la pestilencia fue tan grande en Londres que entre el 2 de febrero de 1349 y el 12 de abril del mismo año, más de 200 cadáveres fueron enterrados en el nuevo cementerio de Smithfield”* (ya desaparecido). Y en el siglo XVI, el historiador y anticuario inglés John Stow informaba que en su época, en Smithfield se encontraba una inscripción donde podía leerse que *“en la gran peste de 1349 fue consagrado este cementerio y en él fueron enterradas más de cincuenta mil personas”*. Esta cifra sin duda es exagerada, y actualmente se estima que allí podrían haberse enterrado entre 17.000 y 18.000 cuerpos. Se cree que en la peste de Londres, que en 1365 contaba con 65.000 habitantes, podrían haber muerto unas 30.000 personas, menos del 50% de su población.

Los Anales Lawman reportaban que en Noruega murieron dos terceras partes de la población, lo cual coincide en gran parte con las suposiciones de Benedictow, cuando opina que la mortandad de este país se situó en el 63%.

Austria perdió probablemente unas 40.000 personas, entre el 25-35% de su población total. En Viena, según el doctor Ozanam, *“morían 1.500-1.600 personas al día y fue necesario cavar inmensas fosas alrededor de la ciudad para enterrar las montañas de cadáveres”*.

A pesar de que diversos autores sostuvieron que la peste en Alemania fue menos grave que en otras partes de Europa, se estima que la población se redujo a la mitad. Según el doctor Hecker, *“de acuerdo con un cálculo probable, parece ser que murieron 1.244.434 habitantes de este país”*⁸⁹.

Tradicionalmente, la peste empezó en junio de 1349, y en la ciudad bavaresa de Mühldorf murieron 1.400 personas; en Erfurt, 12.000; en Mainz, 11.000 y en Frankfurt “únicamente” 2.000. En las ciudades del norte de Alemania murió el 35% de sus habitantes, aunque este porcentaje fue ampliamente rebasado en Magdeburgo (50%), Hamburgo (65%) y Bremen (70%). Según diversos autores, en Lübeck se produjo una gran mortandad el día 10 de agosto de 1350, aunque no coinciden las cifras, que varían entre 1.500, 1.700 y 2.500.

Los datos sobre la mortalidad en Rusia son escasísimos y probablemente el más sorprendente trata sobre Smolensk, donde se reportó que únicamente sobrevivieron quince personas, en una ciudad que ya estaba muy poblada en aquella época y que cuenta en la actualidad con 350.000 habitantes⁹⁰.

La peste afectó más a la población pobre que a la rica, por vivir aquella más hacinada y disponer de menos recursos, pero de todos modos, la enfermedad no respetó ni a los grandes ni a las gentes más notables. Lady Joan, la segunda hija del rey Edward III de Inglaterra, debía convertirse en la nuera del rey Alfonso XI de Castilla “el Justiciero”, pues se había acordado su matrimonio con el heredero, el futuro Pedro I, llamado el Cruel. Sin embargo, una vez iniciado el viaje que la debía conducir al reino castellano para casarse, contrajo la peste en Bordeaux, y allí murió, el 3 de septiembre de 1348, en el castillo de l’Ombrière. El rey inglés, compungido por la pérdida de su hija, escribió una carta desgarradora al rey castellano, de la cual se reproduce un pequeño fragmento:

⁸⁹ Es probable que esta cifra esté equivocada o sea un error de transcripción, pues es demasiado coincidente con la que este mismo autor reporta sobre la muerte de Franciscanos alemanes, 124.434, claramente una exageración. En cambio, en la estadística del Papa Clemente VI se habla de una mortandad para Alemania de 12.000.0000 de personas.

⁹⁰ Las crónicas rusas reportan nueve pestilencias entre 1158 y 1344, aunque en ninguna de ellas puede interpretarse que se tratara de peste bubónica. En todo caso, en Smolensk se dice que fueron enterradas 32.000 personas en el año 1230 y 6.000 en Novgorod, a la que siguió una terrible hambruna en la que se vendían los hijos por comida, y se alimentaba de hierbas, gatos y perros.

“Estamos seguros que su Magnificencia conoce como, tras la complicada negociación acerca de la prevista boda entre el Príncipe Pedro, su hijo mayor, y nuestra más querida hija Joan, acordada para consolidar una paz perpetua y crear una unión indisoluble entre nuestras Casas Reales, mandamos a nuestra hija a Burdeos, en ruta hacia los territorios de Castilla. Pero vea con qué amargura intensa del corazón debemos decirle esto: que lamentablemente la destructiva Muerte, que acomete tanto a jóvenes como a viejos y no respeta nada y pone a ricos y pobres al mismo nivel, nos ha arrebatado a ambos a nuestra hija más estimada, que queríamos más que a ninguna, como sus virtudes demandaban.

Ningún espíritu humano quedaría sorprendido al vernos absolutamente desolados en nuestro fuero interno por tan amarga tragedia, pues también somos humanos. Pero nosotros, que hemos puesto nuestra confianza en Dios y nuestra vida en sus manos, que la ha cuidado de cerca en muchos grandes peligros, le damos las gracias porque alguien de nuestra propia familia, libre de toda mancha, a la que hemos amado con nuestra vida, haya sido enviada al Cielo para residir entre los coros de las vírgenes, donde podrá interceder ante Dios mismo por nuestras ofensas”.

Como ya se ha comentado anteriormente, el propio rey Alfonso XI de Castilla moriría más tarde de peste, el único rey de toda Europa que falleció por causa de esta enfermedad, contagiado durante el asedio militar a Gibraltar (27 de marzo de 1350).

En Francia, el 11 de septiembre de 1349 murió Bonne de Luxembourg, hija de Juan I, conde de Luxemburgo y rey de Bohemia, esposa del delfín Jean, el futuro rey Jean II de Francia. Dos meses más tarde, el 12 de diciembre de 1349 también murió su suegra, la reina Jeanne de Borgoña, mujer del rey Philippe VI de Valois y madre de Jean, conocida como la “reina coja”.

En Navarra, el 6 de octubre de 1349 murió la reina Juana II, hija del rey Luis I de Navarra y X de Francia. El rey catalán Pere III el Cerimoniós y IV de Aragón, perdió en el espacio de seis meses a su segunda esposa, la reina Elionor de Portugal (30 de octubre de 1348), hija del rey Alfonso IV de Portugal, con la que se había casado el año anterior; a su hija la infanta María de Aragón (hija de su primera esposa María de Navarra) y a una sobrina⁹¹.

También se vieron afectados por la peste Ioannes VI Cantacuzenos, el emperador de Bizancio, pues como se ha comentado anteriormente, vio morir a su hijo Andronikos, de trece años. Louis I d’Anjou, llamado “el Grande”, rey de Hungría y Polonia, perdió a su esposa la reina Margaret de Luxembourg el 7 de septiembre de 1349, cuando esta sólo contaba catorce años de edad. Y el rey Magnus II de Suecia o VII de Noruega perdió a sus dos hermanastros Håken y Knut.

En cuanto al clero, la mortandad varió según el rango, a excepción de la Corte papal de Avignon, donde se concentraban las mayores dignidades de la cristiandad. Así, durante el año 1348 murieron seis cardenales, cien obispos y un gran número de sacerdotes, el 14% de toda la curia. Henry Knighton informaba que *“de los Carmelitas, murieron en Avignon sesenta y seis antes que los ciudadanos supieran qué sucedía, pues al principio pensaron que se habían matado entre sí. En Avignon no sobrevivió ni uno de los frailes agustinos, ni ninguno de su orden”.*

⁹¹ El rey aragonés, junto a su Corte, abandonó Barcelona huyendo de la peste. Marchó a Teruel, pero el contagio acechaba y partió hacia Zaragoza. Después regresó a Teruel, cuando parecía que le epidemia se calmaba, pero volvió a avivarse y la reina Elionor quedó infectada. Fue trasladada nuevamente, pero en vano, pues murió en la villa de Egerica, Reino de Valencia.

Entre los obispos se calcula que murió uno de cada veinte; en cambio, los sacerdotes sufrieron igual que el pueblo llano, aunque en muchos lugares abandonaron sus deberes y huyeron por miedo al contagio. En los sitios cerrados como los monasterios, la infección de una única persona podía significar el contagio de todas, como ocurrió en los conventos franciscanos de Carcasona y Marsella, donde murió prácticamente toda la comunidad religiosa. Knighton añadía, por ejemplo, que “*de los 140 frailes dominicos que residían en Montpellier tan sólo sobrevivieron siete, y de los dominicos de Provenza murieron 358 entre marzo y abril de 1348*”.

Se sabe que en Italia, en el monasterio dominico de Santa Maria Novella, el mismo que citaba Boccaccio en su Decamerón, de los 130 miembros que componían su comunidad, murieron 86, el 66%; en el monasterio de la congregación de los Camaldolesi, en Santa Maria degli Angeli de Florencia, sólo sobrevivieron 7 de los 28 que lo integraban, el 75%; y en el monasterio de la Santa Croce del Corvo, en la Liguria (cerca de Génova), murieron 60 franciscanos. Gerardo, el hermano de Petrarca, miembro de un monasterio de cartujos, enterró a su prior y a treinta y cuatro compañeros, uno por uno, hasta que se quedó sólo con su perro y tuvo que buscar refugio en otra parte.

Se calcula que en la Península Ibérica murieron el 37% de los obispos. Se sabe que en Barcelona, en 1344, había 616 clérigos que daban servicio a la ciudad. A pesar que en 1350 el número seguía siendo el mismo, entre mayo de 1348 y mayo de 1349, durante el periodo que duró la peste, quedaron 380 vacantes, lo que significa una mortandad del 61,7%. En el momento álgido de la epidemia, entre junio y septiembre de 1348, murieron 237 y 104 de ellos en el mes de julio. En cambio, en la Orden de los Hospitalarios de Aragón se produjeron pocas muertes (sólo 2 frailes de los 16 que acudieron al capítulo de la Castellanía de Amposta), y según el historiador Anthony Luttrell⁹² ello se debió a que la mayoría habitaban lugares montañosos y apartados y no recibieron el contagio.

En Portugal, en la iglesia de São Pedro de Coimbra, según reportaba la historiadora Virginia Rau⁹³, murieron el prior, el chantre (maestro cantor) y todos los beneficiados, y sus sucesores se vieron en dificultades para conocer la regla de la referida iglesia y la manera como debían repartirse los bienes, las rentas y los derechos.

Por una siniestra coincidencia, en Inglaterra murieron sucesivamente los tres arzobispos de Canterbury, los dos últimos a causa de la peste. El 23 de agosto de 1348 falleció el arzobispo John de Stratford, que fue sustituido por John de Ufford, muerto el 2 de mayo de 1349. Entonces, Thomas Bradwardine, llamado “*Doctor Profundis*”, marchó a Avignon para recibir la confirmación del Papa como nuevo arzobispo de Canterbury. Pero tan sólo cuarenta días después de haber sido consagrado, cuando ya había regresado para tomar posesión de su cargo, murió en Rocheseter el 26 de agosto del mismo año.

Los monasterios se vieron muy afectados por la peste. El historiador británico Philip Ziegler, autor de la obra *The black death* (1969), afirmaba la mitad de los frailes, monjes y monjas de Inglaterra perecieron en los dos primeros años de peste. Ralph de Shrewsbury, obispo de Bath y Wells, en la provincia de Canterbury, escribió en enero de 1349 que “*la presente pestilencia, cuyo contagio se propaga por todos lados, ha dejado muchas parroquias vacías de religiosos. Como no se encuentran más, numerosos enfermos mueren sin recibir los últimos sacramentos. Anuncié a todos que, si están seguros que van a morir pronto, pueden confesarse entre ellos, e incluso una mujer puede hacerlo si no hay disponible ningún hombre*”.

⁹² *Los hospitalarios en Aragón y la peste negra* (Barcelona, 1966)

⁹³ *Un document portugais sur la peste noire de 1348* (Toulouse, 1966)

En agosto de 1349 se reportaron grandes pérdidas en dos comunidades religiosas situadas cerca del río Otter, en el condado de Devon: se trataba de la iglesia de Ottery St. Mary, en la cual murieron la mayoría de sus canónigos, y la abadía cisterciense de Newenham, cercana a la población de Honiton (a 10 km. de Ottery), donde murieron 23 de los 26 hermanos que la integraban. En el verano del mismo año se produjo un terremoto cerca de la abadía cisterciense de Meaux (Yorkshire, actualmente desaparecida), y poco después murieron 40 de sus 50 monjes, entre ellos el abad. En el condado de Yorkshire murieron entre el 40-50% de sus religiosos y en Southampton el 66%.

Benedictow reportó las mortandades sufridas en diversas diócesis inglesas: Exeter, 51,5%; Bath and Wells, 47,6%; Winchester, 48,8%; Ely, 57-60%; Norwich, 48,8%; Worcester, 44,5%; Hereford, 43,2%; Lincoln, 40,2%; Coventry/Lichfield, 40,1%; York, 44,2%.

En el monasterio de Kilkenny, en Irlanda, ya se ha comentado anteriormente que el religioso franciscano John Clyn también se encontró solo, rodeado de compañeros muertos, y escribió lo sucedido en su crónica para que *“las cosas que deben ser recordadas no perezcan con el tiempo y sean borradas del recuerdo de quienes vendrán tras nosotros”*. Únicamente en la catedral de San Esteban (Stephansdom), en Viena, murieron cuarenta y cinco religiosos. En Escandinavia murieron el 32% de los obispos y según reportaba el doctor Ozanam, únicamente en la provincia de Westgothland murieron 466 sacerdotes.

Entre los médicos, la mortalidad fue también muy alta: en Montpellier, sede de la principal escuela médica de la época, se dijo que a pesar del gran número de médicos y estudiantes que residían allí, muy pocos sobrevivieron al azote de la peste, y en Perpignan murieron 6 de los 8 médicos que ejercían en la villa.

En Florencia fallecieron 60 médicos y cirujanos; en Venecia, de los 24 médicos que tenía la ciudad, 20 murieron por causa de la peste, aunque se murmuró que la mayoría de ellos simplemente huyeron de la ciudad o se escondieron en sus casas y dejaron su trabajo en manos de los cirujanos, con menor cualificación. Las autoridades se vieron obligadas a lanzar un ultimátum, que incluía a los empleados municipales, en el que se daban ocho días de plazo para volver al trabajo o perderían su empleo.

Los funcionarios públicos y el personal con cargos en el gobierno tampoco fueron perdonados por la epidemia y su pérdida contribuyó a aumentar el caos general: en Francia murió un tercio de los notarios reales, de manera que la recogida de impuestos se redujo tan considerablemente que el rey Philippe VI sólo pudo recaudar una parte del subsidio que le habían concedido los Estados Generales en el invierno de 1347-1348.

Parece ser que en la ciudad de Perpignan murieron alrededor de 125 legisladores, la mayoría notarios, abogados y jueces, lo que suponría el 58-68% de todos los efectivos de este grupo profesional.

En Siena fallecieron cuatro de los nueve miembros de la oligarquía gobernante; en Venecia, de los 1.250 patricios del *Maggior Consiglio*, sólo sobrevivieron 291 y en Orvieto murieron seis de los siete Consejeros de la ciudad. En Barcelona murieron cuatro de los cinco *Consellers* y casi todos los miembros del Gobierno del *Consell de Cent*. Y en Bristol murieron quince de los cincuenta y dos consejeros de la ciudad, el 30%.

En Florencia, entre notarios y abogados, murieron 600, y la pérdida de estos profesionales, muy numerosa en todos los países, ocasionó grandes problemas a la hora de celebrarse juicios, dictar sentencias, efectuarse transacciones comerciales o adjudicar herencias.

Un ejemplo de las dificultades que podían encontrar los hombres de leyes a la hora de impartir justicia en el tema de las herencias podemos encontrarlo en el caso de un magistrado marsellés, un tal Señor Aycart, quien explicaba un hecho particular sucedido en abril de 1348: un viejo campesino llamado Jacme de Podio reclamaba la propiedad de la dote de Ugueta, su nuera, que había muerto por causa de la peste. Normalmente, cuando una mujer moría sin atestar, como era el caso, su dote pasaba automáticamente a su hija.

Pero Jacme aseguraba que su nieta también había fallecido aquel mismo día, igual que otras muchas personas. Incluso presentó al tribunal a varios vecinos de Ugueta que corroboraron sus palabras. Uno de ellos dijo al magistrado que, efectivamente, vio a la niña por la calle poco tiempo después que muriera su madre. Y después, simplemente desapareció. El magistrado le preguntó entonces porqué sabía que la niña estaba muerta, y el vecino le respondió que algún día después, por casualidad, vio el cuerpo difunto de la niña en uno de los carros que transportaban muertos al cementerio de Notre Dame des Accoules. La siguiente persona en la línea de esta herencia era Peire, hijo de Jacme y esposo de Ugueta. El magistrado preguntó por su suerte y el viejo campesino respondió que también estaba muerto y un testimonio aseguró que había fallecido después que su mujer y su hija, quizás dos días más tarde, aunque no estaba completamente seguro de la fecha, pues moría tanta gente que era difícil precisar el momento con exactitud. Una semana después de celebrarse esta vista, el Señor Aycart dictó sentencia a favor de Jacme de Podio. Pero este tampoco pudo cobrar la dote, pues también había fallecido.

El sentimiento de pecado que la peste produjo entre toda la población encontró alivio en la indulgencia plenaria que se ofreció en el Jubileo del año 1350 para todos aquellos que emprendiesen la peregrinación a Roma. El Jubileo, establecido por Bonifacio VIII en el año 1300, debía celebrarse cada cien años. Pero el primero tuvo un éxito tan grande, se dice que dos millones de peregrinos acudieron a la Ciudad Santa, que Roma, empobrecida por la marcha de la corte papal a Avignon⁹⁴, rogó a Clemente VI que acortase el intervalo a cincuenta años.

El Papa opinaba que *“un pontífice debe hacer feliz a sus súbditos”*, de manera que concedió lo que le pedían. Así, durante el año 1350 los peregrinos se agolparon en los caminos que llevaban a Roma y se dijo que cada día entraban o salían cinco mil personas de la ciudad⁹⁵.

A pesar de haber perdido una buena parte de su potencial humano, la Iglesia emergió más rica pero más impopular que antes, pues mucha gente, temerosa de una muerte repentina y angustiada por marchar de este mundo en pecado, donaba sus bienes a las congregaciones religiosas, algo que no había ocurrido hasta aquel momento con tanta frecuencia.

El convento de Saint-Germain l'Auxerrois de París, por ejemplo, recibió cuarenta y nueve herencias en seis meses, mientras que en los ocho años anteriores sólo había contabilizado setenta y ocho. La Compagnia di San Michele della Pace de Florencia ingresó trescientos cincuenta mil florines en concepto de limosnas para los pobres, aunque se acusó a sus receptores de usar el dinero para sus propios fines, a lo que ellos alegaron que los pobres y necesitados ya no necesitaban aquel dinero pues estaban muertos.

⁹⁴ Roma, una ciudad poblada en la Antigüedad por más de medio millón de personas, sólo esta habitada en aquellos momentos por unos 35.000 residentes.

⁹⁵ Petrarca también asistió a este Jubileo, aunque tuvo que permanecer una semana en cama por culpa de una herida en la pierna causada por una caída de caballo. En cuanto pudo andar, escondido entre la muchedumbre, el humanista se humilló y lloró sus penas sobre las tumbas de los apóstoles y quedó tan reforzado espiritualmente que desde ese momento dijo que ya no gimió más por causa de sus debilidades.

Enriquecidas por los donativos, las órdenes religiosas provocaron una gran animadversión entre el pueblo. Cuando Henry Knighton se hizo eco del fallecimiento en Marsella de 150 franciscanos, víctimas de la peste, y sólo uno pudo explicar lo sucedido, añadió que aquello era *“bene quide”* (buena cosa); y de los 7 frailes que sobrevivieron de los 170 que vivían en la Madeleine de París, escribió *“y con esos ya hubo bastante”*.

En Portugal, el historiador Luis Antonio de Oliveira⁹⁶ reportaba que *“el enriquecimiento de la Iglesia, como consecuencia de los legados recibidos, la puso en contra de los municipios, a causa de negarse aquellos a satisfacer los gravámenes que pesaban sobre algunas de las tierras recibidas, y que, antes de pasar a la Iglesia, pagaban determinados censos a los Consejos. Los municipios llegaron a denunciar esta situación en las Cortes de 1352, alegando que dentro de poco todo Portugal pertenecería a la Iglesia, “nomeadamente às Ordenes religiosas”*.

Las agrupaciones religiosas no podían ser perdonadas por sentirse atraídas por el dinero y por tanto, la epidemia aceleró el descontento con la Iglesia, momento en que la población necesitaba más apoyo espiritual que nunca. Clemente VI, impresionado por el mal comportamiento del clero que dirigía, estalló furioso contra sus prelados cuando estos le pidieron en 1351 que aboliese las órdenes mendicantes. Les respondió que *“si lo hiciese, ¿qué podríais predicar entre la gente? Si es sobre humildad, vosotros sois los más orgullosos del mundo, creídos y pomposos; si es sobre pobreza, sois tan codiciosos que todos los beneficios os parecen pocos; si es sobre castidad... mejor no hablemos de esto, porque Dios sabe lo que hace cada hombre y cómo algunos de vosotros satisfacéis vuestros deseos”*.

Sin embargo, parece ser que la celebración de este ansiado Jubileo propició una nueva erupción de la epidemia, y se dijo que apenas se salvó uno de cada cien peregrinos. El doctor Ozanam añadía que *“este gran encuentro de peregrinos tuvo los resultados más funestos y apenas se escapó uno sólo e Italia fue nuevamente devastada por la peste”*.

⁹⁶ *Consequências económicas da Peste Negra* (Braga, 1967).